ERLE STANLEY GARDNER



PERRY MASON

Shelma Anson acude a visitar a Perry Mason tras encararse con un detective aficionado que la sigue desde hace más de una semana. Mason se hace cargo del caso y encarga a Paul Drake que investigue a ese sujeto. El asunto se complica cuando la señora Anson es acusada de fraude a una compañía de seguros y de haber asesinado a su marido.



Erle Stanley Gardner

El caso del cupido descuidado

Perry Mason - 79

ePub r1.0

Titivillus 28.12.2014

Título original: *The Case of the Careless Cupid*
Erle Stanley Gardner, 1968
Traducción: Ramón Margalef Llambrich

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

ANSON Selma: No es la viuda alegre precisamente. Su pasatiempo predilecto era la taxidermia. Pero, ¿qué era lo que coleccionaba? ¿Pájaros o esposos?
ARLINGTON Daphne: Sobrina de Delane. Aspiraba, simplemente, a que se hiciese justicia.
ARLINGTON Delane: Todo lo que quería era casarse con la viuda y vivir feliz el resto de sus días.
ARLINGTON Lolita: Desgraciadamente, su famosa ensalada de cangrejos gustaba a todo el mundo.
ARLINGTON Mildred: Quería que todo quedara dentro de la familia, especialmente el dinero de su tío.
BOLTON Herman J.: Su compañía de seguros aspiraba a que le fuese devuelto su dinero. Ahora bien, esto habría significado que se había cometido un crimen.
BRIER Pinky: Ella proporcionaba alas a Cupido.
BURGER Hamilton: El fiscal del distrito prefería creer que los clientes de Perry Mason eran culpables, en tanto no fuese demostrada su inocencia.
DRAKE Paul: El detective se dedicaba a perseguir a perseguidores.
FINDLAY George Foster: El novio de Mildred estaba dispuesto a hacer lo que fuera con tal de probar que había sido cometido un crimen.
MASON Perry: El famoso abogado dirigía, aparentemente, casi una especie de agencia matrimonial.
MONROE Duncan Harris: El experto del detector de mentiras que ayudó al esclarecimiento de la verdad.

PICKENS Bill: Un reportero muy servicial.
STREET Della: Era una especie de Cupido ayudante de Mason… con faldas.
TRAGG, Teniente: Viajó toda una noche para adelantarse a Perry Mason y, como de costumbre, se quedó bastante atrás.

Prólogo

No son muchos los téjanos que saben que uno de sus auténticos pioneros vive en Corpus Christi. Esto es de lamentar por el hecho de que el doctor John Pilcher es un adelantado en el campo todavía descuidado de la medicina forense.

Existen muchas probabilidades de que la muerte de cada uno de los lectores de este libro dé lugar a problemas de orden legal. El fallecimiento de una persona puede implicar el pago de una doble indemnización con cargo a una póliza de seguro. Esta misma póliza puede contener una cláusula en la que se señale que la compañía no pagará un solo centavo si el beneficiario se suicida dentro de los dos años siguientes a la fecha de entrada en vigor del documento.

Hay otras cuestiones de carácter laboral y posibles litigios que arrancan de la producción de un accidente de automóvil u otro tipo de riesgos. Muchas muertes originan también raros y vitales problemas hereditarios. ¡Y aún no hemos hablado de los casos de homicidio!

La ley distingue cuatro categorías, en las que encajan todas las muertes: *causas naturales, accidente*, *homicidio o suicidio*. Esta clasificación, sin embargo, no se aplica automáticamente. Un treinta por ciento de las muertes que se producen son muy difíciles de clasificar correctamente. Algunas que todo el mundo mira como suicidios resultan ser accidentales tras la investigación de los expertos. Puede darse el caso de que el conductor de un automóvil sufriera un ataque cardíaco antes del accidente, averiguándose que éste realmente fue originado por el fallo del corazón y no éste por el accidente.

Existen cuestiones *médicas* muy enrevesadas, y la *causa médica de la muerte* debe ser señalada siempre por un especialista diestro y experimentado en el campo de la *medicina forense*.

En el Estado de Texas, solamente cuatro ciudades disponen de un sistema por el que se especifica que esta cuestión *médica* debe ser resuelta por un patólogo forense. En los restantes lugares de Texas, un juez de paz actúa como forense, por cuya razón un hombre que nada tiene que ver con la medicina se ve obligado a resolver un problema de carácter esencialmente médico. Tan anticuados métodos no son privativos de Texas, desde luego.

Hay treinta y nueve estados más que no han progresado nada en este terreno.

Primeramente, John Pilcher abogó por la necesidad del establecimiento de una medicina forense, a lo largo de seis años (1931-1937), durante los cuales fue profesor de Patología en la Facultad de Medicina de la Universidad de Texas, Galveston Branch. Al establecerse, en 1937, en Corpus Christi, ofreció sus servicios médicos a la administración de justicia.

«Durante muchos años —recuerda Pilcher— yo fui el único patólogo en el sudeste de Texas, sur de Houston y este de San Antonio, viéndome obligado a desarrollar mi actividad en un radio de 120 kilómetros. Por aquella época no se consideraban necesarias las autopsias en casos de muerte por armas de fuego, arma blanca y otras causas. El antiguo sheriff, o el juez de paz echaban un vistazo a la víctima de turno y declaraban que habían disparado sobre ella o que había sido apuñalada. Ya no había más. A continuación, el sheriff decidía quién era el culpable antes de que el caso fuese estudiado en la Audiencia. ¡Y ya estaba resuelto definitivamente!».

En los archivos de John Pilcher se encuentran las historias criminales más intrigantes de todos los tiempos. Durante un período de dos años se vio amenazado de muerte y por consejo del fiscal y del juez llevaba encima un revólver del «45» para poder defenderse en caso de verse agredido. Sus colegas le llamaban «el patólogo del revólver».

«Todavía estamos luchando —dice John Pilcher— por conseguir el establecimiento de un sistema a base de un examinador-médico. De este modo serán aplicadas técnicas policíacas y médicas científicas en las investigaciones de todas las muertes. Todavía no se dispone de suficientes patólogos forenses. Hemos de llevar a cabo una investigación médica exhaustiva ante cada faceta de la muerte. Solamente entonces podremos impedir muchas de las injusticias que

se cometen en muchos casos, criminales o no, debido a que las causas de las muertes no fueron adecuadamente investigadas y valoradas».

Etta Mae, la abnegada esposa de John Pilcher, ha trabajado incansablemente, durante muchas horas, junto a su marido, en el laboratorio. Experta en fotografía, a ella se deben las ilustraciones de numerosos y sorprendentes casos.

Los Pilcher han visitado mi rancho. Nuestra amistad data de años atrás, de cuando John y yo fuimos nombrados miembros de la Academia Americana de Ciencias Forenses. Siempre he admirado su calma, el recto profesionalismo con que aborda los problemas de la muerte, que son realmente los problemas de los vivos. Y, sinceramente, siempre he apreciado muchísimo su leal amistad.

Por consiguiente, para mí constituye un placer dedicar este libro a un pionero moderno en un campo vitalmente importante. A:

John Pilcher, Doctor en Medicina Patólogo Forense Corpus Christi, Texas.

ERLE STANLEY GARDNER

Capítulo 1

Selma Anson apuró el contenido de su taza de café, colocándola con el platillo sobre la mesa. Cogió luego la nota depositada en la bandeja metálica, la sumó y añadió debajo: «20 por ciento de propina». Seguidamente, firmó, poniendo el número de su habitación.

En el momento de abandonar ella su asiento, un hombre que había estado desayunando calmosamente en una de las mesas del rincón del local, dejó el periódico que había estado leyendo entre sorbo y sorbo de café. Poniéndose en pie, se abotonó el gabán, acercándose con paso tranquilo al hombre de la caja.

Aquel individuo, evidentemente, entregó el importe exacto de su consumición, ya que no tuvo que esperar. Cruzó con naturalidad el comedor, pasando al lujoso vestíbulo del hotel por apartamentos. Seguía muy de cerca a Selma Anson.

Ella acortó el paso.

El hombre vaciló junto a la puerta.

Selma Anson le dijo:

—Supongo que usted y yo tenemos algo que decirnos.

El hombre continuó mirando hacia la calle, aparentemente concentrado en sus pensamientos.

—Le estoy hablando —insistió Selma Anson.

El desconocido pareció sobresaltarse, volviendo la cabeza hacia ella, mirándola como si hubiese estado observando el rostro de una persona que presentase síntomas de demencia.

—No se haga el inocente —dijo ella—. Hace más de una semana que me sigue, sometiéndome a una estrecha vigilancia. Deseo saber a qué viene todo esto.

—¿Qué yo he estado siguiéndola? —protestó el hombre.

—Usted ha estado siguiéndome, sí —dijo Selma Anson, con

firmeza.

El desconocido contaría treinta y tantos años de edad, siendo de mediana altura y complexión corriente. Vestía un traje gris. Lucía una corbata de tonos discretos. Inmerso en un grupo de gente, a la entrada del Metro, no habría merecido de nadie una segunda mirada.

—Creo que está usted equivocada, señora —manifestó, disponiéndose a apartarse de ella.

Selma Anson había rebasado ya la cincuentena. Había sabido conservar su figura, su aplomo, su sentido del humor y su orgullosa independencia. A partir del fallecimiento de su esposo, un año atrás, habíase esforzado por vivir su vida, no tolerando las intrusiones. Decía, frecuentemente: «Me gusta lo que me gusta y no lo que se supone que tiene que gustarme en virtud de una escala de conveniencias establecidas por la masa. Y me disgustan muchísimo las cosas que no me agradan».

En aquel instante, al parecer, el hombre a quien había estado dirigiéndose pertenecía al grupo de las cosas que le desagradaban profundamente.

—No sé qué es lo que usted persigue —manifestó—, pero lo cierto es que anda detrás de mí desde hace una semana, que yo sepa. A dondequiera que vaya me encuentro con usted y he de advertirle que me he presentado a veces en sitios que habitualmente no frecuento sólo para comprobar si continuaba siguiéndome.

»Usted, invariablemente, se encontraba en ellos.

»Voy a decirle algo ahora… No me gustan las escenas. No sé concretamente qué derechos me asisten, pero la próxima vez que le vea, le abofetearé. Y a partir de este momento, le abofetearé siempre que le vea. He de acabar con esta situación como sea.

Los ojos del hombre la miraron, indignados.

—Proceda usted así si tal es su deseo —replicó—. Le enseñaré algo de carácter legal sobre este tipo de agresión, exigiendo una indemnización por daños personales, ejemplares y compensatorios. Y si usted estima imposible que pueda darle un mordisco a su cuenta corriente, hable de ese asunto con un buen abogado.

Dicho esto, el desconocido se encaminó a la puerta giratoria, saliendo a la calle y perdiéndose entre la gente que circulaba por la acera.

Capítulo 2

Della Street, la secretaria de confianza de Perry Mason, dijo:

—Dispone de media hora libre hasta su próxima entrevista. ¿Podría ver a la señora Selma Anson?

Perry Mason frunció el ceño. Apartó la vista de los documentos que estaba leyendo, e inquirió:

—¿Qué es lo que quiere, Della?

—Un hombre ha estado siguiéndola y desea saber qué es lo que puede pasarle si lo abofetea.

—¿Una chiflada? —preguntó Mason.

—No pertenece a esa clase de mujeres que se forjan fantasías a cada paso —repuso Della Street con un movimiento denegatorio de cabeza—. No es una neurótica. Resulta una persona agradable, con sus opiniones propias, según me imagino. Yo supongo que está dispuesta a abofetear a su perseguidor y… con fuerza.

—¿De qué edad?

—Ha rebasado la cincuentena.

—¿Con dinero?

—Lleva unos zapatos de treinta dólares. Su bolso es de piel de cocodrilo. Sus ropas son discretas, pero caras. Va muy acicalada y…

—¿Es bajita y gruesa? —inquirió Mason, interrumpiendo a su secretaria.

—Posee una buena figura, pero no puede parecer a nadie llamativa. Se experimenta la impresión ante ella de que ha vivido bastante y de que ha aprendido lo suyo.

—La veré —repuso Mason—. Escucharé su historia. Sin embargo, Della, usted sabe muy bien lo que suele ocurrir: son muchas las personas que se creen seguidas por alguien. Se empeñan en hablar con un abogado y luego este descubre que se las tiene que haber con una neurótica (o un neurótico, es igual). Entonces, uno

no ve ya la manera de quitarse al consultante de encima.

Della Street manifestó, enfadada:

—Bueno, ¿y por qué cobro yo aquí un sueldo? Yo sé distinguir a esas personas nada más verlas. Y no me faltan facultades para ahuyentarlas.

Mason sonrió.

—Está bien, está bien. Hablaré con la señora Anson, aunque sólo sea para comprobar hasta qué punto se acercó a la realidad. Ya sabe que únicamente dispongo de unos minutos…

Della Street asintió. Salió a la oficina y regresó con la señora Anson.

—El señor Mason —dijo, presentando al abogado.

Selma Anson, brevemente, inspeccionó al hombre que tenía delante, fijándose especialmente en sus ondulados cabellos y en sus severos rasgos faciales. Finalmente, sonrió.

—Mucho gusto, señor Mason. He explicado a su secretaria, en términos generales, lo que deseaba. Alguien está siguiéndome constantemente. No se trata de una figuración mía. Sé que ha de entrevistarse con otra persona dentro de unos minutos.

»Es usted un hombre ocupado. Va usted a exigirme un dinero por mi consulta. Estoy dispuesta a abonarle el que sea razonable.

—Y, exactamente, ¿qué es lo que usted quiere? —inquirió Mason—. ¿Qué espera que haga yo? Bueno, haga el favor de sentarse, señora Anson.

Ésta se acomodó en el asiento destinado normalmente por Mason a sus clientes, diciendo:

—He venido soportando la presencia de ese hombre a mi alrededor hasta que me he cansado.

»Esta mañana me encontraba desayunando en el comedor de mi hotel. Él estaba también allí, observándome, intentando descubrir a dónde me dirigía hoy.

—¿Qué hizo usted?

—Lo abordé, comunicándole que estaba ya harta de tanta persecución y de verle siempre a mi alrededor. Añadí que si lo veía una vez más le abofetearía, dondequiera que nos encontráramos. Esta escena se repetiría siempre que coincidiéramos en algún sitio.

—¿Y qué le contestó él? —preguntó Mason.

—Me dijo que lo mejor que podía hacer era entrevistarme con

un abogado, ya que de este modo podría enterarme de lo que me pasaría. Agregó que me demandaría, exigiendo una indemnización por daños reales… y de otra clase.

—¿Daños ejemplares? —inquirió Mason.

—Creo que sí. ¿Conseguiría una indemnización doble?

—Según como se presenten los hechos —explicó Mason—. La indemnización por daños normal se concede para compensar a una persona por los perjuicios que haya podido ocasionarle una acción mal intencionada de otra. La indemnización por daños ejemplares o punitivos, que también se llaman así, se impone a la persona que ha injuriado a otra en determinadas circunstancias, cuando ha habido un deliberado mal proceder u opresión. Esta indemnización constituye una manera de castigar al autor de la ofensa, quedándose como ejemplo para quienes pudieran sentir la tentación de hacer la misma cosa.

—¿A cuánto puede ascender? —quiso saber la señora Anson.

—A cuánto puede ascender… ¿qué?

—Esta indemnización por daños ejemplares o punitivos de que acaba de hablarme.

Mason se echó a reír.

—¿De veras que está decidida a abofetear a ese hombre, señora Anson?

—No hablé por hablar, desde luego.

—Yo le aconsejaría que no hiciera eso, al menos mientras no sepamos algo más acerca de la situación planteada. Si él ha estado realmente siguiéndola, un jurado, por supuesto, podría dictaminar que estaba en su derecho al abofetearle, pero…

—No se trata de nada que yo me haya inventado.

Mason consultó su reloj, diciendo:

—Paul Drake, de la Agencia de Detectives Drake, tiene su oficina en este mismo piso. Ha colaborado en muchas ocasiones conmigo.

»Le aconsejo que se entreviste con él. Valiéndose de uno de sus auxiliares, podría someter a estrecha vigilancia al hombre que la persigue, informándose de detalles relativos a su persona, de cuáles son sus pretensiones. Sólo de esta manera puede saberse si se trata de un chiflado o si sólo trata de establecer relación con usted. También podría averiguarse así si es algún detective privado contratado por otra persona, y hasta descubrir la identidad de la

misma. ¿Conoce a alguien interesado en colocarla bajo la vigilancia de un detective?

—No.

—¿Es usted viuda? ¿Cómo vive? ¿Se aísla? ¿Vive en contacto con algún círculo de amigos?

—Soy viuda —respondió la señora Anson—. Desde hace un año. Intento vivir mi vida. Me interesa el teatro y asisto a las representaciones teatrales. Hay programas de televisión que me agradan y otros que no. Me gustan los libros, visito las bibliotecas y de vez en cuando paso toda una tarde entregada a la lectura.

—¿Tiene usted coche? ¿Lo conduce usted misma?

—No tengo coche. Cuando quiero hacer un desplazamiento por la ciudad, tomo un taxi. Si voy al campo, cosa que hago con frecuencia, alquilo un coche con conductor.

—¿Siempre es la misma agencia?

—Sí.

—¿Y cree usted haber sido seguida viajando en uno de esos coches alquilados?

—Estoy segura de que sí.

—¿Por el mismo hombre?

—Creo que sí. Sí. Algunas veces no le he visto bien. Otras, lo vi perfectamente.

—¿Le siguió hasta aquí?

—No lo creo. No lo vi. Me parece que esta mañana lo asusté. No sé por qué, tengo la impresión de que en una escena callejera a él no le agradaría ser el centro de la atención de todos.

Mason sonrió.

—El hombre tendría que ser un completo exhibicionista para acoger con toda naturalidad a una mujer que le abofeteara en público.

—He ahí lo que intento hacer. Usted anda ocupado. Su tiempo vale dinero. Usted cree que yo debo buscarme un detective privado. ¿Cuánto puede costarme?

—Alrededor de cincuenta dólares por día. ¿Puede usted hacer frente a tal gasto?

—Sí.

—¿Quiere que le ponga en contacto con Paul Drake?

—¿Podría él venir aquí?

—Siempre que no esté ocupado —manifestó Mason.

—Me gustaría que las cosas se hicieran así. Deseo que usted intervenga en este asunto. ¿Qué piensa cobrarme, señor Mason?

—Deme, para empezar, cien dólares —respondió Mason—. No le cobraré ninguna cantidad adicional, a menos que surja algo imprevisto. Le aconsejaré, sin embargo, que se mantenga en contacto con Paul Drake.

—Me parece bien —dijo ella, abriendo su bolso.

Mason echó un vistazo a Della Street, asintiendo.

Della Street descolgó el teléfono, llamando a la Agencia de Detectives Drake. Luego comunicó:

—Paul Drake no tardará en presentarse aquí.

La señora Anson había sacado un libro de cheques y una pluma estilográfica. Extendió uno a nombre de Perry Mason.

Se lo alargó a él.

—Cincuenta dólares al día por el detective. ¿Cuántos días serán necesarios?

—No más de dos o tres, probablemente —repuso Mason—. Será mejor que hable de eso con Paul Drake. Está al llegar. Ya lo tenemos aquí.

Sonó en la puerta del despacho la llamada característica de Drake. Della Street abrió aquélla. La señora Anson continuaba escribiendo en su libro de cheques.

—Señora Anson —dijo Mason—: le presento a Paul Drake, de la Agencia de Detectives Drake. Es un hombre competente y honesto. Puede usted confiarse a él, como se confiaría a un abogado o a un médico.

—Encantada de conocerle, señor Drake.

Drake hizo una leve reverencia.

—Mucho gusto, señora Anson.

Habló Mason:

—Paul: estamos trabajando contra reloj. Dentro de unos minutos he de recibir a otra persona.

»La señora Anson tiene un problema. Hace más de una semana que la sigue un hombre. Es posible que esté siendo vigilada desde hace más tiempo, pero el caso es que ella se ha dado cuenta de ese hecho recientemente.

»Esta mañana se enfrentó con el individuo en cuestión después

de abandonar el comedor del hotel en que vive, comunicándole que le abofetearía si no dejaba de perseguirla, añadiendo que haría eso, en lo sucesivo, cada vez que lo viera.

Drake sonrió.

—El, la amenazó con demandarla —continuó diciendo Mason—, sugiriéndole que fuese a ver a un abogado para que pudiese estar al tanto de las consecuencias que podría tener su acción. Yo, a mi vez, le aconsejé, hace unos momentos, que se entrevistara con un detective para que fuese vigilado el hombre que la sigue a todas partes. ¿Puede echar mano de alguno de sus colaboradores, Paul?

Drake asintió, respondiendo:

—Sí. Seguiremos al perseguidor de la señora Anson.

—De ser posible —manifestó Mason—, hay que averiguar si se trata de un conquistador, de un loco o de un detective privado. En este último caso, habría que saber para quién trabaja.

—Para eso necesitaríamos llevar a cabo otras gestiones —señaló Drake.

—De no tratarse de un detective privado —repuso Mason—, su colaborador podría hacerse pasar por hermano de la señora Anson o por un amigo de su difunto esposo. Si se muestra agresivo, decidido, es posible que el seguidor de la señora Anson se asuste de veras y que la cuestión quede definitivamente zanjada.

Drake miró a la señora Anson.

—¿Puede usted describirme a su perseguidor?

—Lo conozco perfectamente. Es un hombre como tantos otros, que…

—¿Cómo viste? —inquirió Drake, interrumpiendo a la mujer.

—De una manera muy corriente.

—¿Qué talla le calcula?

—Alrededor de un metro y setenta centímetros.

—¿Y el peso?

—Es de complexión normal, de modo que andará por los setenta kilos.

—¿Se fijó en su corbata?

—Sí. No era nada llamativa. Vestía un traje de un tono discreto, de corte tradicional.

—A mí me parece que nos hallamos ante un detective —opinó Drake—. Sin embargo, observo algo extraño…

—Explíquese.

—No coincide su indumentaria con su comportamiento.

—Ahora le entiendo menos —replicó la señora Anson.

Drake miró a Perry Mason.

—Explíqueselo, Perry.

El abogado manifestó:

—El detective, señora Anson, puede enfrentarse con dos tipos de perseguidores. El corriente es bastante difícil de descubrir. Procura siempre pasar inadvertido ante el sujeto. Cuando piensa que ha sido descubierto, telefonea a su jefe para que designen en la oficina a otro individuo.

»El otro tipo es de signo totalmente contrario, ya que intenta hacer saber al sujeto que está siendo observado. Hace todo lo que el sujeto cree que podría hacer un detective, portándose de tal manera que más tarde o más temprano aquél lo descubre.

—Pero… ¿con qué motivo puede recurrirse a una cosa como ésa? —preguntó la señora Anson.

Mason sonrió.

—Ellos trabajan siempre en pareja.

—¿Qué quiere usted decir?

—El segundo tipo de seguidor de que acabo de hablarle es el «lazo».

—¿A quién se designa con ese nombre?

—Un «lazo» —prosiguió diciendo Mason— es la persona que se gana la confianza del sujeto, alguien conocido por éste casualmente, con quien traba rápidamente una estrecha amistad.

—Yo no soy de esas mujeres que se hacen amigas de cualquier persona en poco tiempo —declaró la señora Anson.

—Voy a ponerle un ejemplo. Examinemos las cosas así… Supongamos que por pura casualidad usted entabla relación con una persona que tiene sus mismas aficiones, la cual se muestra desde el primer momento viva, sensible y simpática. Es difícil que se le ocurra a usted pensar que ha habido alguien que ha estado estudiando su carácter, sus aficiones, sus gustos, dándoselos a conocer a una persona con la que, extrañamente, coincide en todo.

»Es lo que usted descubre cuando en virtud de determinadas circunstancias, durante varios días, conoce a aquélla. Ese ser es el designado con el nombre de «lazo».

—Continúe —dijo Selma Anson.

—Luego —manifestó Mason—, en el momento adecuado, el «lazo» le señala a su perseguidor. Éste empieza a seguir al sujeto, hasta que éste se vuelve hacia el «lazo» para decirle: «¿Se ha dado cuenta de ese hombre que nos sigue? Ya lleva dos o tres días detrás de mí».

»O bien, si el sujeto no saca a colación el tema, el «lazo» dirá: «Fíjese en esa persona que nos sigue. No vuelva la cabeza ahora. Espere a que haya doblado la esquina y mírele bien. Creo que nos está siguiendo».

—¿Y luego, qué? —inquirió Selma Anson, muy interesada.

—Luego, es posible que el tema sea dejado a un lado. Pero al día siguiente, quizás, el seguidor volverá a su trabajo de nuevo y entonces el «lazo» dirá: «Ahí está ese individuo otra vez». El sujeto pasará a formular este comentario: «¡Santo Dios! No sé por qué ha de seguirme a mí nadie». Y el «lazo» se quedará pensativo un momento, declarando: «Bueno, existen ciertas probabilidades de que ése me esté siguiendo a mí».

»«¡Dios mío! ¿Por qué?», preguntará el sujeto.

»Es cuando el «lazo» pasa decididamente a la acción… Supongamos que el sujeto ha suscitado algunas sospechas con motivo del envenenamiento de unos gatos.

—¡Del envenenamiento de unos gatos! —exclamó Selma Anson.

—Sí, en efecto —confirmó Mason.

La señora Anson frunció el ceño.

—Entonces, el «lazo» dirá: «Quizás esté siguiéndome. Donde yo vivo hay unas cuantas personas que sospechan de mí, teniéndome por el causante del envenenamiento de unos gatos. La verdad es que yo odio a esos animales y que la gente lo sabe. Alguien de la vecindad se ha dedicado a eliminarlos y algunos sospechan de mí. Es posible que ese hombre me siga con la intención de conseguir algunas pruebas. La semana pasada murió envenenado un gato de mucho valor y su dueño llegó a amenazarme directamente, acusándome de haber dado muerte al animal».

Selma Anson era toda oídos ahora.

—Después —prosiguió explicando Mason—, es muy probable que el sujeto se vuelva hacia el «lazo» para preguntarle: «¿Hizo usted eso realmente?».

»Y el «lazo» contestará: «Bien. Se lo diré. No me atrevería a confesarlo ante ninguna otra persona, pero… La verdad es que sí. Odio a los gatos. Son unos animales destructores. Se meten en todas partes y matan a los pájaros que yo intento domesticar. Poseo un alimentador de ventana y los pajaritos se posan en ella para comer, puntuales, con la seguridad de un reloj. Les pongo comida y observo sus idas y venidas, divirtiéndome mucho de esta manera.

»Posteriormente, los gatos descubrieron lo que ocurría en mi casa. Todos los de la vecindad se concentraban allí. Yo creo que la gente debiera ocuparse de sus gatos, no dejándolos vagar de un lado para otro.

»Cuando una persona tiene un perro, se esfuerza por saber dónde para a cada momento. Se niega a dejarlo correr de acá para allá, por la vecindad. En cambio, las que poseen gatos se lavan siempre las manos, no quieren responsabilidades. Esos horrorosos animales se metían entre mis matorrales, intentando atrapar a mis pajaritos. Comuniqué a mis vecinos que por el hecho de dedicarme yo a cuidar de unos pájaros, debían procurar que sus gatos no salieran de sus casas. Y como todo continuó igual, me hice por último de un veneno muy activo, untando con él unos trocitos de carne, que coloqué en diversos sitios, con la esperanza de acabar con aquellas odiosas bestias».

—¿Y qué más? —inquirió la señora Anson, más interesada que nunca.

—A continuación, el sujeto contestará: «¡Válgame Dios! Tenemos, sin duda, los mismos gustos. La verdad es que yo también me he entretenido cuidando de varios pájaros y sacándoles fotografías. Conseguí algunas muy buenas… Luego, aparecieron los gatos. Lo cierto es que no fui tan lejos como usted, pero si es verdad que coloqué en un sitio idóneo un poco de veneno destinado al más agresivo de los gatos, uno que no se movía prácticamente de mi casa».

»A esto, el «lazo» contestará: «¿Tuvo usted dificultades a la hora de conseguir el veneno?». Y entonces, el sujeto se explayará y dará toda clase de detalles acerca del sitio en que obtuvo el veneno, refiriendo todo lo concerniente al caso.

»El «lazo» es, desde luego, un detective privado muy inteligente, quien, probablemente, lleva convenientemente escondido en su

indumentaria un pequeño magnetófono, en el que graba todo lo que el sujeto le cuenta respecto al envenenamiento del gato. Tal procedimiento es caro, por supuesto. Ahora bien, en ocasiones uno tropieza con gente dispuesta a aportar todo el dinero que haga falta con tal de llegar a conclusiones definitivas, irrebatibles.

—Le he comprendido perfectamente —declaró Selma Anson, sin que en su voz se notara ninguna inflexión especial.

—¿Se ha hecho usted últimamente de algún amigo o amiga a quien se haya confiado o piense confiarse? —le preguntó Mason.

Selma Anson se quedó pensativa. Tras unos segundos de silencio, contestó:

—Pues sí… En cierto modo.

—Hábleme de esa persona.

La señora Anson repuso:

—Me disponía a asistir a una conferencia sobre Méjico y la civilización maya. Deseando poseer algunos conocimientos sobre el tema, me dirigí a una biblioteca, donde localicé varios libros que se ocupaban de Yucatán.

»La mujer que llegó allí para sentarse al otro lado de la mesa, consultaba también unos libros que trataban de Yucatán. Se dio cuenta de lo que yo estaba leyendo. Yo noté a mi vez qué era lo que había atraído su atención. Intercambiamos una sonrisa y le expliqué que me estaba documentando para comprender mejor la conferencia a que pensaba asistir aquella noche. Resultó que ella abrigaba el mismo propósito que yo…

—¿Cuál era su nombre? —preguntó Mason.

—Dorothy Gregg.

—¿De qué edad?

—La mía, aproximadamente.

—¿Casada o soltera?

—Viuda.

—¿Se han estado viendo?

—Tomamos café después de la conferencia. La invité a tomar un cóctel conmigo esta noche.

—¿Y a cenar?

—Estoy citada con una persona para la cena.

Mason enarcó las cejas.

Repentinamente, Selma Anson cambió de tema.

—Bueno, señor Drake… Aquí todos andamos ocupados. El señor Mason ha tenido la amabilidad de recibirme entre dos entrevistas. Estimo en mucho su deferencia. ¿Qué dinero tengo que entregarle? ¿Cuándo cree usted que podemos empezar?

—Puede usted entregarme ciento cincuenta dólares —respondió Drake—. Mi colaborador le costará cincuenta dólares por día y hay gastos que cubrir: los de taxis y otros por el estilo.

»La vigilará a partir del momento en que abandone este edificio. Cuando el hombre que ha estado siguiéndola se deje ver, saque su pañuelo y páseselo por el ojo derecho, como si le hubiese entrado en el mismo alguna motita de polvo. Luego, se guardará el pañuelo, mirando al hombre por un momento. Seguidamente, apartará la vista de él.

—¿Qué tengo que hacer seguidamente?

—Nada —repuso Drake.

Selma Anson se puso en pie.

—Han sido ustedes muy atentos conmigo y deseo que sepan que les estoy muy agradecida.

»El señor Mason me facilitó el nombre de la Agencia de Detectives Drake, y yo extendí un cheque por doscientos dólares al disponerme a abonar al señor Mason la cantidad por él fijada como abogado.

»Ahora, supongo que usted querrá que entre en su despacho para que su colaborador me conozca, para que nos conozcamos los dos…

—Todo lo contrario —manifestó Drake—. Estimo que es mejor que usted no sepa quién es él…

—Pero es que así sabré cuándo empieza a seguirme.

—Tratándose de uno de mis colaboradores, no lo descubriría nunca —manifestó Drake—. Además, él no va a seguirla a usted. Andará detrás de su perseguidor.

—Entonces, ¿qué es lo que he de hacer?

—Un momento.

Drake descolgó el teléfono de Mason y marcando apresuradamente un número dijo:

—Paul Drake al habla. Treinta y dos, ochenta y seis, noventa y uno. Inmediatamente.

A continuación, colgó.

—¡Dios mío! Le veo un tanto misterioso —declaró Selma Anson.

Drake se echó a reír.

—Se trata de una comedia que solemos representar de vez en cuando ¿Quiere usted acompañarme al ascensor, señora Anson?

Ella sonrió.

—De esta manera, su colaborador podrá localizarme, ¿no?

Drake movió la cabeza, denegando.

—Vamos, vamos —dijo la señora Anson—. Él utilizará el ascensor al mismo tiempo que yo y no voy a ser tan ingenua que…

—Seré yo quien descienda con usted en el ascensor —indicó Drake—. Pienso comprar un puro en el puesto existente en el vestíbulo.

—Comprendido —contestó ella.

Drake abrió la puerta del despacho, inquiriendo:

—¿Nos vamos?

Capítulo 3

Durante dos días y medio, Mason no tuvo ninguna otra noticia sobre el caso del misterioso perseguidor. Por fin, Paul Drake hizo sonar en la puerta del despacho del abogado la señal de llamada convenida y Della Street descorrió el cerrojo para que el detective entrara allí.

Paul Drake, un hombre alto, ágil, inclinado a disimular una gran ternura bajo una máscara de mundano cinismo, se acomodó en el sillón de cuero, preguntando a su amigo:

—Querrá saber algo más acerca del asunto del perseguidor, ¿verdad?

—¿Qué es lo que hay de nuevo?

—Creo que está zanjado.

—¿Quiere hacerme el favor, Paul, de informar a su cliente, indicándole que debe ponerme a mí luego al corriente de todo?

—Ya me puse al habla con ella, Perry. Quiso que le dijera lo que yo había averiguado. Abrigo una sospecha: su cliente le oculta algo.

—Puede aplicar esas palabras al noventa por ciento de las personas que solicitan la ayuda del abogado, Paul. No sé si los pacientes se portan así con sus médicos. Esas personas van en busca de determinado profesional para requerir su ayuda y luego, casi invariablemente, se esfuerzan por deformar los hechos. ¿Qué pasa con Selma Anson? ¿La seguía alguien realmente?

—La seguía alguien, verdaderamente. Eso no era fruto de su imaginación.

—¿Qué tipo de perseguidor era el suyo? Usted conoce tan bien como yo las variantes del juego.

Drake denegó con un movimiento de cabeza.

—Haga una suposición, Perry.

—No podía tratarse de un detective privado competente.

—No, en efecto.

—¿Qué era entonces?

—Un aficionado.

—¿Lo localizó enseguida su hombre?

—Se demoró un poco la cosa —explicó Drake—. La señora Anson, evidentemente, logró asustar a aquel individuo. Le dijo que pensaba abofetearla la próxima vez que lo viera y no hablaba en broma, seguramente. El tipo la seguía a distancia… Mi auxiliar necesitó más de medio día para localizarle.

—¿Y luego, qué?

—Entonces, empezamos a vigilar al perseguidor —repuso Drake —. Esta tarea ya no encerró dificultades. El tipo en cuestión se llama Ralph Bell Baird. En lugar de alquilar un coche para su labor, utilizaba el propio.

»Mi colaborador se hizo con el número de su matrícula y telefoneó. Realizamos una rápida indagación, averiguando quién era el sujeto y sus señas, detalles que constituyeron una gran ayuda.

»Este auxiliar mío no tuvo necesidad de seguirlo todo el tiempo. Una vez localizado, procuró no perderlo de vista mientras seguía a su cliente. Luego, al iniciar el regreso a su casa, mi colaborador se mantuvo alerta, por si Baird intentaba efectuar alguna maniobra especial. Al parecer, en ningún momento se le pasó por la cabeza la idea de que alguien podía estar imitando su juego.

»No fue difícil averiguar para quién trabaja Baird. Se trata de un tipo que responde al nombre de George Foster Findlay, quien vive en el número 1035 de Montrose Heights. Es una casa por apartamentos: la Montrose Arms. Baird se presenta allí al final de cada jornada, dando cuenta a Findlay de lo que ha hecho durante el día.

—¿Y quién es Findlay? —preguntó Mason.

—Acaba de hacerme toda una pregunta… —manifestó Drake—. Me hice de la información, dando cuenta de todo a la señora Anson. En el momento en que le comuniqué que Baird dependía de George Findlay, quiso saber más.

»Le conté todo lo que había averiguado acerca de Ralph Baird, en consecuencia. Es un agente de la propiedad inmobiliaria, que trabaja a base de comisiones. Dispone así de la oportunidad de trabajo a las horas que a él le agradan y descansa cuando quiere.

Eso le permite seguir a la señora Anson y redactar los informes correspondientes.

»Findlay cuenta veintiocho años. Es vendedor de coches de segunda mano. Es soltero y gasta su dinero con rapidez, probablemente con la misma rapidez que lo gana. O quizá vaya más de prisa.

»No he dispuesto de tiempo aún para saber qué es lo que existe entre Baird y Findlay. Es posible que éste haya vendido al otro un automóvil, o que Baird haya vendido a Findlay alguna finca.

»El caso es que los une un lazo amistoso de una clase u otra. Y ese lazo amistoso se basa en una transacción comercial de cualquier tipo.

»Sea lo que fuere, cuando notifiqué a Selma Anson que Ralph Baird trabajaba para George Findlay, al cual pasaba sus informes, ella se comportó como si hubiese acabado de asestarle un fuerte golpe. Su cliente, Perry, está asustada.

»Le dije que podíamos ampliar nuestra información sobre George Findlay si tal era su deseo, pero que eso iba a costarle más dinero, añadiendo que si no había por en medio alguna razón particular no debía seguir haciendo más gastos.

»Ella agradeció mis palabras, pidiéndome la cuenta definitiva. Agregó que no deseaba saber nada más.

»Le expliqué que si ella quería quitarse de encima a su perseguidor, podíamos intentarlo, corriendo todo a cargo de mi colaborador.

—¿Procediendo cómo? —inquirió Mason.

Drake esbozó una sonrisa.

—Existen muchos métodos con tal fin. Uno de los mejores es el que consiste en poner al colaborador sobre los pasos del perseguidor del sujeto, siguiéndolo durante una hora, aproximadamente. Finalmente, de pronto, el colaborador aborda al otro, acusándole de estar vigilándolo.

»Estamos hablando de un colaborador que es hombre fuerte y corpulento, que sabe desenvolverse en circunstancias extremas, que posee experiencia en cuanto a la lucha. El hombre no tiene más que agarrar al otro por las solapas y zarandearlo un poco, propinándole, si acaso, algún cachete. El intruso se siente muy a gusto normalmente cuando lo dejan en paz y opta a partir de ese

momento por ocuparse de sus asuntos personales de un modo total y exclusivo.

—¿Qué contestó a eso la señora Anson?

—No quiso saber nada de tal proyecto. Me contestó que ahora, al tanto de lo que ocurría, sentíase capaz de arreglárselas sola.

—En otras palabras: esa mujer conoce a George Findlay.

—No me lo dijo, pero yo creo que así es.

—Bueno —murmuró Mason, caviloso—, no me agrada cobrarle unos servicios que no le han sido prestados… Probablemente, podremos hacerle una rebaja… ¿Tiene su dirección, Della?

Della Street asintió.

—Llámela por teléfono —dijo Mason— y comuníquele que Paul Drake nos ha puesto al corriente de todo. Añada que, dadas las circunstancias que concurren en su caso nos limitaremos a cobrarle treinta y cinco dólares a modo de compensación por el tiempo que le dedicamos al ponerla en contacto con la Agencia de Detectives.

Mason se volvió hacia Drake, agregando:

—Si ella recibe parte del dinero que me pagó es posible que se sienta animada a decirle que prosiga en su trabajo, redactando un informe sobre Findlay.

Drake movió la cabeza, dubitativamente.

—Yo tengo la impresión de que conoce a Findlay. Algo me dice también, Perry, que esa mujer sabe a qué viene todo esto.

—¿Se refiere precisamente a la persecución de que ha sido objeto?

—Ciertamente. Y la señora Anson está asustada.

Mason contestó:

—Se trata de una mujer serena, refinada, que gusta de vestir bien, de ir acicalada. Es viuda. Tiene ya algunos años. ¿Qué podría conseguir Findlay, u otro hombre cualquiera, por el hecho de someterla a una estrecha vigilancia?

—Ahí está el misterio —admitió Drake—. No se le puede hacer ningún reproche, desde luego, en lo que atañe a su forma de emplear el tiempo. Se ocupa de sus asuntos exclusivamente, pero pudiera estar relacionada con alguien que haya suscitado el interés de Findlay.

—¿No le facilitó ningún dato susceptible de ser utilizado como pista?

—Se cerró en banda —explicó Drake—. Me pidió una factura, cerrando la cuenta con los gastos habidos. Se la facilité y en eso quedó la cosa.

—Muy bien. La llamaremos para abonarle parte de su dinero. Tal vez conmigo se explaye más.

—Lo dudo —declaró Drake—. Ha cerrado el pico y no creo que vuelva a abrirlo para nosotros.

El detective se estiró, bostezando. Luego, abandonó con cierta pesadez el sillón.

—Bueno, Perry, he de volver a lo mío. No tenga prisa a la hora de ponerse en contacto con ella con motivo de lo del descuento. Entérese, si puede, de lo que hay primeramente. Supongo que no tardará en verla de nuevo aquí.

Della Street dedicó una sonrisa al detective.

—Buen trabajo, Paul —dijo.

—¡Gracias, guapa! —respondió Drake, abandonando el despacho.

Mason hizo un gesto a Della Street y ésta se volvió hacia el teléfono.

Sonó el zumbador del intercomunicador cuando Della Street se hallaba a punto de hacer la llamada.

Levantó el receptor izquierdo:

—¿Qué pasa, Gertie?

Seguidamente, enarcó las cejas en un exagerado gesto de asombro, para que Mason estuviese prevenido.

Tapó el micrófono, mirando a Mason.

—¿A qué no sabe quién está ahí fuera?

—¿No se tratará de Selma Anson?

—Es ella, sí.

—Pregunte a Gertie si le ha parecido alterada. Paul Drake insinuó que estaba asustada. No me la imagino así. Yo creo que Paul se halla en un error.

Della Street levantó la mano, apartándola del micrófono.

—¿Qué impresión te ha producido esa mujer, Gertie? ¿Está… está…? Siempre dice que lo que la trae aquí es urgente… Dile que es difícil ver al señor Mason sin concertar previamente la entrevista… Ya… Una cosa realmente urgente, ¿eh…? De acuerdo. Voy a ver lo que puede hacerse, Gertie.

Della Street comunicó a Mason:

—Está trastornada… Otra cuestión urgente.

—Es lo que acabo de deducir de su conversación con Gertie. ¿Cuál es mi programa de trabajo para hoy? ¿Es la hora ya de mi entrevista con Smythe?

—Lleva cinco minutos de retraso en este momento.

—Conforme. Haga entrar a esa mujer. Haremos esperar a Smythe cinco minutos, si es necesario… Y esperemos que lo que la ha traído aquí sea de veras urgente. Voy a verme obligado a quitarle a la señora Anson la costumbre de presentarse sin previo aviso.

Della Street se trasladó apresuradamente a la oficina exterior, volviendo en compañía de Selma Anson.

Mason dijo a la recién llegada:

—No ando sobrado de tiempo, señora Anson. Tengo que recibir a un cliente que se ha retrasado cinco minutos y puedo escuchar lo que tenga que decirme, pero habrá de ser forzosamente breve. ¿Puede usted ir directamente al grano?

Ella asintió, dejándose caer sobre el sillón que había delante de la mesa. Suspiró profundamente y miró fijamente al abogado.

—Paul Drake ha averiguado el nombre de la persona que está vigilándome.

—Pase eso por alto —replicó Mason—. He estado hablando con Drake de tal cuestión. Sé, en términos generales, qué es lo que averiguó.

—Bien —dijo la señora Anson—. Ralph Baird, mi perseguidor, es amigo de George Findlay, un vendedor de automóviles de ocasión.

—Y ese apellido, Findlay, evidentemente, representa algo para usted, ¿no? Drake me dijo que usted se puso muy seria nada más enterarse de que andaba por en medio un tal Findlay.

—Escúcheme, señor Mason —dijo ella—. Sé que es usted un hombre muy ocupado. Me consta que no he procedido correctamente al presentarme aquí sin más… Le estoy robando un tiempo que pertenece a otro cliente. Le explicaré lo que quiero explicarle con la mayor rapidez posible.

Selma Anson fue interrumpida por el zumbador del intercomunicador. Della Street atendió la llamada, diciendo luego a Mason:

—El señor Smythe se encuentra ahí fuera.

Mason respondió:

—Dígale a Gertie que le explique que me estoy ocupando de un asunto urgente, inaplazable. Que le señale que llega con algún retraso y que le ruego que aguarde unos minutos.

Della Street procedió tal como acababa de indicarle su jefe. Mason se volvió hacia Selma Anson.

—¡Oh! —dijo ella—. Nunca puede imaginar que me vería en una situación semejante… Soy viuda y creo estar enamorada. Él se llama Delane Arlington. Es un hombre maravilloso. Viudo también. No tiene hijos. Tiene parientes, sí, sobrinos y sobrinas, hijos de dos hermanos, Douglas y Oliver Arlington.

»Los dos hermanos y sus respectivas esposas murieron. Entre esos sobrinos y sobrinas hay personas agradables; otras no lo son. Delane se quedó viudo hace siete años.

»Al cabo de tanto tiempo, Delane se ha fijado en una mujer, en mí. Una de las sobrinas cree que esto es algo magnífico. Pero hay otra que cree todo lo contrario, que me tiene por una especie de animal de rapiña, que, está convencida de que su tío anda necesitado de protección.

»Me imagino que esta sobrina, Mildred, podría ser una amiga estupenda de cualquier persona de su agrado, pero no observa una actitud amistosa precisamente hacia mí. Se empeña en proteger a su tío. Se excede en su propósito… Y, naturalmente, yo soy el blanco de todos sus disparos.

—¿Y qué más? —inquirió Mason, apremiante.

—Mildred es la novia de George Findlay, George Findlay, a mi juicio, piensa hacer una buena operación si se casa con ella. Guiándome por cuanto he oído contar acerca de ese hombre, diré que es un cazadotes.

—¿En consecuencia?

—En consecuencia, este hombre, Findlay, quisiera reforzar su posición junto a Mildred averiguando algo acerca de mí que pudiera utilizar ella para predisponer a su tío en contra mía. Daría cualquier cosa por hallar lo que fuese capaz de hacer ver al tío que yo ando tras su dinero.

—¿Va usted detrás de su dinero? —inquirió Mason.

—No.

—¿Es usted rica?

—Vivo con cierto desahogo.

—¿Qué hay acerca de Delane?

—Es muy rico.

—Él podría llegar a entenderse con sobrinos y sobrinas sobre una base de tipo económico.

—Ésos lo quieren todo.

—¿No ha dicho usted antes que una de las sobrinas se mostraba bien dispuesta?

—Se trata de Daphne. Ella dice que el dinero de Delane es suyo y que debe gastarlo a su antojo, en lo que le apetezca. Alega que si quiere casarse eso es cosa suya y opina que es lo mejor que puede hacer.

—¿Ha llegado usted a conocer a Daphne?

—Daphne fue en mi busca. Me miró francamente a los ojos, diciéndome lo que pensaba. Me explicó que había querido averiguar si yo era una mujer que me había propuesto hacer feliz a su tío o una simple buscadora de oro.

—Un poco brusco me parece eso, ¿no? —declaró Mason.

—Si conociera a Daphne no pensaría así. Es una joven sincera, honesta, franca.

—Hábleme de la otra.

—Se llama Mildred, la hija del otro hermano. Viene a ser, justamente, el polo opuesto. Es arbitraria, egoísta, astuta, intrigante y tremendamente ruda. Bueno, señor Mason… Entiendo que no debo entretenerle más. Quiero añadir que en las presentes circunstancias deseo ponerlo todo en sus manos.

—¿Todo? ¿A qué se refiere usted?

—Mis intereses…

—Exactamente, ¿cuáles son sus intereses? —preguntó Mason, con los párpados entreabiertos.

—Mi felicidad —dijo ella.

—Todo parece indicar que eso es cosa suya y de Delane Arlington. Para asuntos de este tipo no son requeridos los servicios de un abogado.

—No dispongo de tiempo para explicarle… —dijo la señora Anson—. Usted no tiene ahora tiempo para escucharme… Sin embargo, hay cosas… hay cosas que…, mire, señor Mason…

—Adelante. Entre en detalles.

Ella suspiró profundamente.

—George Findlay le dijo a Mildred que yo andaba en busca de dinero.

—Siga. Ya ha aludido a eso anteriormente.

—Le dijo también que… yo había asesinado a mi esposo con objeto de cobrar la póliza de seguro suya.

—¡Ah! ¡Ah! —exclamó Mason.

La señora Anson guardó silencio, mirando fijamente al abogado.

—¿Asesinó usted a su esposo? —inquirió Mason.

—Por supuesto que no.

—¿Cuál fue la causa de su muerte?

—El certificado de defunción especificaba que una aguda gastroenteritis debida a la ingestión de alimentos envenenados, con otros factores complicatorios.

Mason frunció el ceño.

—George Findlay no paró hasta lograr echar un vistazo al certificado de defunción. Se ha portado, simplemente, como un canalla.

—¿Hasta qué punto lo conoce usted?

—He hablado con él. Pero no le he dedicado jamás más de veinte minutos. Acostumbra a atacar manteniéndose en el fondo, actuando como un francotirador, envenenando la cuestión cada vez que se le depara una oportunidad.

»Para entrar en más detalles, señor Mason, habría de concederme usted un tiempo de que ahora no dispone… Quiero que proteja mis intereses. El cielo es el límite. Deseo que contrate los servicios del señor Drake para llevar a cabo una labor de investigación, la que usted estime necesaria. Pero pretendo que una persona y sólo una, esté en el secreto de esto. No me atreví a referirle nada al señor Drake.

»He extendido un cheque por un millón de dólares, señor Mason. Aquí está. No quiero entretenerle más. Y le prometo que la próxima vez que nos veamos llamaré antes para concertar nuestra entrevista. Pero es que hoy me sentía muy alterada… Sencillamente: tenía que verle. Como fuera.

—Un momento —contestó Mason—. El señor Smythe llegó con unos minutos de retraso. No le va a pasar nada malo si espera otros

tantos.

Ella sacudió la cabeza resueltamente, manifestando:

—Tendría que ponerle al corriente de muchos detalles, señor Mason. Y yo, de momento, lo que quería era que usted se ocupara de este asunto. Adelante, pues, y represénteme con toda la eficiencia de que sea usted capaz.

Mason respondió:

—Voy a necesitar algunas direcciones. Necesitaré las señas de Delane Arlington y…

—¡Cielos! No pensará usted visitarle, ¿verdad?

—Desde luego que no —declaró Mason—. No obstante, quiero conocer a las diversas personas implicadas en el caso. Deseo saber las señas de esos sobrinos y sobrinas. Mi recepcionista, Gertie, está ahí fuera… Ella tomara nota de nombres y direcciones. Hable con ella al salir. Salga por la oficina de acceso.

Mason se volvió hacia Della Street.

—Bueno, Della —dijo—. ¿Quiere comunicar al señor Smythe que estoy dispuesto a recibirle?

Capítulo 4

Della Street dijo:

—En la oficina se encuentra D. A. Arlington. Le acompaña una joven. No me dijo su nombre. El señor Arlington se limitó a manifestar que deseaba verle para tratar de una cuestión muy importante.

—Arlington… Arlington… —repitió Mason—. Este apellido me suena.

—Es el maduro novio de Selma Anson —repuso Della Street—, a mi juicio. Sin embargo, el nombre de aquél era Delane Arlington. ¿Usted cree que puede tratarse, efectivamente, de la misma persona?

—¡Santo Dios! —exclamó el abogado—. Por supuesto que sí… Vamos a acabar transformándonos en una agencia matrimonial si no andamos con cuidado. Esto, ciertamente, complica la situación.

—¿Qué es lo que cree que busca? —inquirió Della Street—. Me dijo que su problema era tan estrictamente personal que sólo podía ocuparse de él, con usted.

Mason respondió:

—Ésa es la cuestión, Della. ¿Cuál es la ética de la situación presente? Si represento a Selma Anson, no puedo representar muy bien a Arlington al mismo tiempo… Tendría que confiarme a Selma Anson y saber cuál es su postura… No sé por qué, además, pienso que él tampoco se avendría a eso…

»De otro lado, yo no puedo decirle que Selma Anson es mi cliente… Es decir, si es que ignora el hecho. Tengo la impresión de que Selma Anson quiere que nuestra relación sea enteramente confidencial.

—Y en el fondo de todo esto —manifestó Della Street— se halla el novio de Mildred, quien insiste en que Selma Anson asesinó a su

marido para cobrar un seguro, para heredar su dinero.

—Bueno, recibamos al señor Arlington para ver si se trata de la misma persona… si no, hágase con su nombre completo y señas, Della. Sepamos de una vez quién es.

Della Street utilizó el teléfono interior, diciendo a Gertie, la recepcionista:

—Gertie: procúrate las señas del señor Arlington. Dile que el señor Mason dispone de unos minutos para atenderle, pero que esta mañana andamos muy, muy ocupados… ¡Oh! ¿Las tienes…? Ya… perfectamente. Dile que aguarde unos instantes.

Della Street colgó el teléfono, y miró a Mason.

Selma Anson nos dio la dirección de Delane Arlington y Gertie consiguió la de D. A. Arlington cuando vino esta mañana. Ya sabemos, pues, quién es… Se trata de las mismas señas.

—Conforme. Hágalo pasar, Della.

Della Street salió del despacho, regresando en seguida con un hombre de unos cincuenta y cinco años de edad, derecho como una vela, aseado, esbelto. En sus oscuros cabellos campeaban algunas canas.

La joven que le acompañaba tendría veinticinco años. Era una rubia de buena estatura. Sus azules ojos traslucían una gran franqueza.

Arlington tendió su mano al abogado, diciéndole:

—Gracias por recibirnos, señor Mason. Yo soy D. A. Arlington. Esta señorita es mi sobrina Daphne. Estoy dispuesto a abonarle lo que usted estime conveniente, pero he de advertirle que el asunto que me trae aquí es de carácter estrictamente confidencial. Quiero…

Mason interrumpió a su visitante levantando la mano.

—Un momento —dijo—. Tenemos que ocuparnos antes de ciertos detalles.

Daphne Arlington dio un paso adelante, ofreciendo su mano al abogado con una sonrisa.

—Tío Dee es un hombre impulsivo, señor Mason.

—Cuando he de hacer algo no suelo andarme con rodeos —declaró Arlington—. ¿A qué detalles se refiere usted?

—Le diré, en primer lugar, que un abogado, cuando ha conseguido abrirse paso profesionalmente, suele enfrentarse con

más trabajo del que puede abarcar. Entonces, claro está, apela a la selección. Está en su derecho, ¿no? Intenta determinar anticipadamente qué tiempo y esfuerzos requerirá el caso que se le ofrece, optando luego por aceptarlo o rechazarlo.

»Tenga presente además que el abogado que tiene mucho trabajo presenta numerosas ramificaciones. Por ejemplo: yo represento a un par de compañías de seguros. Antes de aceptar un caso he de averiguar si…

—Aquí es donde podemos chocar —repuso Arlington—, ya que pretendía hablarle precisamente de una compañía de seguros.

—¿Qué compañía?

—La que lleva este nombre: «Doble Indemnización Accidente y Vida».

Mason reflexionó un momento, contestando después:

—Un abogado tiene forzosamente que hablar con los posibles clientes, para averiguar qué problemas legales le traen. Pero si resulta que representa intereses que se hallan en conflicto puede ser que una de las declaraciones formuladas por el cliente en perspectiva resulte embarazosa…

»Voy a sugerirle una cosa, señor Arlington. Dígame en términos generales, muy generales, qué es lo que le preocupa y procure eludir las informaciones que usted se negaría a facilitarme si yo representase, efectivamente, a la «Doble Indemnización Accidente y Vida».

—¿Representa usted a esa firma? —inquirió Arlington, mostrándose hostil de pronto.

Mason respondió, sonriente:

—No percibo de esa entidad ninguna cantidad fija anual, pero creo haber representado a algunos de sus hombres en asuntos de carácter personal. Y tuvimos un caso en el cual la compañía se hallaba directamente interesada. Pero, en fin, en términos generales, como ya le he dicho, señor Arlington, explíqueme de qué se trata. Consultaremos nuestros archivos para ver hasta qué punto estamos comprometidos.

Arlington, ligeramente apaciguado, repuso:

—¿Conoce usted a un hombre llamado Herman J. Bolton, representante de la «Doble Indemnización Accidente y Vida»?

Mason frunció el ceño.

—Creo que no, pero, en fin, confirmaremos esto luego, cuando me haya explicado qué papel desempeña el señor Bolton en su caso. Llevamos aquí un fichero por orden alfabético, en el que anotamos los nombres de todas las personas que han tenido relación de carácter profesional con nosotros. En términos generales, señor Arlington, muy, muy generales, ¿de qué se trata?

Arlington contestó:

—Quiero casarme… Y este hombre, Bolton… ¡Maldito sea! Seguramente, si yo…

—Bueno, cálmate, tío Dee —medió Daphne—. Procura no excitarte. Recuerda lo que el médico te dijo acerca de tu tensión.

Arlington suspiró, relajándose un poco.

—Verá usted, señor Mason… Ésta es una de esas cosas que…

—Adelante. No puede usted imaginarse la cantidad de extrañas historias que tenemos que oír los abogados.

—Bill Anson era amigo mío. Actuaba en la esfera de los negocios de la propiedad inmobiliaria. Quería venderme una finca y yo estaba realmente interesado por ella. Todo parecía indicar que íbamos a cerrar un buen trato.

»He sido un lobo solitario a lo largo de varios años. Creo que esto se debió principalmente al afecto de mis parientes más próximos.

—¿Qué parientes, concretamente?

—Los hijos de dos hermanos míos ya muertos, Douglas y Oliver Arlington, en general. De un modo particular, Daphne, aquí presente…

—¿Cuántos son los descendientes? —preguntó Mason.

—Cuatro —respondió Arlington—. Está Daphne, mi sobrina; su prima, Mildred, hija de Oliver; luego, están los dos hijos de Douglas: Fowler Arlington, casado con una mujer encantadora que cuida de mí como si yo fuese su padre, y Marvin, más joven, también casado.

—¿Quiere usted hacer el favor de continuar?

—Bien… Fowler Arlington y su esposa Lolita organizaron una fiesta familiar. Iba a haber un asado al aire libre y por ser el día de mi cumpleaños sería elaborado mi plato favorito: una ensalada de cangrejos.

»Bill Anson tenía que comunicarme algo importante con relación

a la adquisición de la finca a que aludí antes, por cuya razón deseaba verme. Fowler me dijo entonces: «¿Por qué no invitas a Bill y a su esposa a tu cena de cumpleaños? Después de la misma tendréis ocasiones sobradas para hablar».

—¿A Bill Anson y a su esposa? —preguntó Mason.

—Sí, naturalmente —replicó Arlington, irritado—. En aquellas circunstancias no podía invitar sólo a Bill, excluyendo a su esposa.

—¿Conocía usted a la esposa tan bien como a Bill?

—Sí, la conocía de antes —contestó Arlington—. Pero Fowler tenía más confianza que yo con Bill y Selma, es decir, la esposa de éste. Habían realizado algunos negocios juntos y eran amigos.

—Continúe.

—Aquella reunión fue de las más desdichadas; como ya le he dicho, mi plato favorito es la ensalada de cangrejos. Lolita hizo por tal razón una buena cantidad de ella. A mí me ocurre que cuando ando pensando en algún negocio suelo estar preocupado con exceso. No estoy muy bien de tensión, especialmente cuando observo algo fuera de lo normal.

»Había en aquella transacción un detalle que no era de mi agrado. Tenía que ver con la propiedad a adquirir, naturalmente. Me sinceré con Bill. Él se quedó un tanto desconcertado. A Bill le sucedía lo contrario que a mí. Siempre que estaba preocupado comía mucho. Decía que la comida aplacaba sus nervios.

»Resultó que la famosa ensalada no se encontraba en buenas condiciones. Todos caímos enfermos. No fue culpa de Lolita. Creo que tuvo la culpa de eso el hombre que le vendió los cangrejos. Éste insistió en que Lolita o Mildred habían mantenido la ensalada fuera del frigorífico demasiado tiempo. Mildred y Lolita habían estado en la peluquería aquella tarde. Fue un día caluroso aquél y me inclino a pensar que no se acordaron de guardar el plato en el frigorífico después de su preparación. No sé qué fue… El caso es que todos nos pusimos malos. Y la indisposición, en Bill, resultó algo fatal. Había comido mucho y tuvo otras complicaciones. Tenía, creo, una úlcera de estómago o algo por el estilo. Fowler llamó a un médico: Daphne hizo lo mismo. Fue un envenenamiento por ingestión de alimentos en mal estado, uno de esos sucesos que uno quisiera olvidar.

»Naturalmente, Lolita y Mildred se hallaban en una posición muy delicada… Mildred tiene un amigo que es abogado y éste le

aconsejó que no admitiera jamás haber dejado fuera del frigorífico la ensalada esa tarde. Al menos, ésta es mi forma de entender las cosas… Las dos temían verse procesadas.

»Tras aquel episodio vi con relativa frecuencia a Selma Anson. No podíamos, desde luego, volver a la vida a Bill y…

—Un momento —dijo Mason, interrumpiendo a Arlington—. ¿Cómo es que empezaron a verse con frecuencia?

—En aquellas circunstancias —manifestó Arlington—, me sentí obligado a llevar adelante la transacción de que le he hablado. Bill trabajaba sobre la base de una comisión y pensé que Selma podía necesitar dinero… Decididamente, no conocía bien a la esposa de Bill…

—¿Qué quiere darme a entender con eso? —inquirió Mason.

—Selma Anson es un genio de los negocios —manifestó Arlington—. Bill se había hecho una póliza de vida por cien mil dólares. Con este dinero, ella se metió de lleno en el asunto de la propiedad inmobiliaria, con éxito. Después, operó en la Bolsa. A partir de entonces no ha cesado de lograr beneficios.

—¿Cuánto tiempo hace de todo eso? —quiso saber Mason—. ¿Cuándo tuvo lugar esa reunión en la que el señor Anson resultó envenenado?

—Hace unos trece meses.

—¿Y de qué compañía de seguros se trataba?

Arlington hizo un gesto que denotaba su impaciencia.

—Ya se lo he dicho antes: la «Doble Indemnización Accidente y Vida».

—No —repuso Mason—. Usted me dijo que tenía problemas con esta compañía de seguros, pero no me dijo, en cambio, que fuera la del señor Anson, la entidad con quien éste tenía contratada una póliza de vida.

—Bueno, el caso es que el seguro era por cien mil dólares. La firma los pagó inmediatamente, pero se han puesto a revisar el asunto.

—¿Y qué es lo que les ha llevado a proceder así? —preguntó Mason.

—Es una larga historia —explicó Arlington—. Empecé a tratar a Selma Anson y me di cuenta de que era una persona sensible, atractiva y… Se lo diré de una vez, señor Mason: quiero volver a

casarme.

—¿Con Selma Anson?

—Sí.

—¿Existe algo que impida esa boda?

—Existe alguien.

—¿Quién?

—Selma.

—¿Qué quiere usted decir?

—Ella se niega…

—¿Quiere usted decir que no le corresponde? —dijo Mason.

—Ella le ama —aclaró Daphne.

Arlington miró a su sobrina, frunciendo el ceño, enfadado.

—Selma no quiere admitirlo.

—Quizá yo pueda poner en claro algunos puntos —alegó Daphne—. La familia se opone a ese enlace… Todos se oponen decididamente.

—¿Sobre qué base?

—¿Quiere usted conocer las razones reales o las que esgrimen ellos? —inquirió Daphne.

—¿Por qué no me pone al corriente de unas y otras?

Daphne repuso, irritada:

—He aquí las razones reales: todos temen que la unión de tío Dee con Selma Anson de lugar a una pareja feliz, compenetrada, y que si tío Dee muere primero Selma Anson herede su fortuna.

—¿Y las razonas ostensibles? —preguntó Mason.

Daphne vaciló.

—Siga.

—Ellos piensan que no está bien que tío Dee se case con la viuda de un hombre que murió por haber ingerido unos alimentos envenenados…

Mason se volvió hacia Arlington.

—A raíz de la muerte del esposo usted empezó a ver a Selma Anson con cierta frecuencia, enamorándose de ella.

—Sí.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo… qué?

—¿Cuándo se enamoró de ella?

—Estas cosas no se pueden concretar tanto —repuso Arlington,

enfadado—. Ya con algunos años a cuestas, enamorarse no es como fracturarse una pierna o algo así. Nadie puede decir, por ejemplo: «Me enamoré a las dos y media, en la tarde del jueves, día veinte».

—¿Cuándo se enamoró de ella? —repitió Mason.

—Le he dicho que no lo sé.

—Aproximadamente.

—¡Oh! Está bien —dijo Arlington—. Supe que estaba enamorado de ella un par de meses después de la muerte de Bill, pero supongo también que estaba enamorado de Selma mucho antes de que yo estuviese dispuesto a admitirlo.

—¿Antes de que muriera Bill Anson?

—¿A dónde quiere usted ir a parar, señor Mason?

—No pretendo ir a parar a ningún sitio —contestó el abogado—. Quiero imponerme bien de las circunstancias del caso.

—Yo no soy ningún tenorio —manifestó Arlington—. Bill Anson era mi amigo. Ciertamente, pensaba que había acertado al elegir a Selma por esposa, pero yo no había concebido en ningún momento ningún propósito deshonesto, ni insinué nada raro o censurable… si es que usted ha pensado en eso.

—Yo no he pensado en tal cosa. Usted se lo está diciendo todo.

—Bueno —alegó Arlington—, es que ha habido insinuaciones para todos los gustos… Por parte de Mildred, particularmente. Ella sostiene que yo daré un escándalo si me caso con Selma. Y luego… aparece este hombre de la compañía de seguros.

—¿Cómo me ha dicho que se llama?

—Herman Bolton.

—Bien. ¿Qué es lo que quiere?

—Ese hombre inició una investigación, poniéndose al habla con cada una de las personas que habían estado en aquella reunión de cumpleaños. Al parecer, la compañía, pese a haber pagado la indemnización correspondiente, no se siente satisfecha. Se ha hablado de la conveniencia de considerar de nuevo el caso. ¿Puede hacer tal cosa esa gente, señor Mason?

—Depende de determinadas circunstancias —respondió Mason —. Ellos pueden alegar, desde luego, que el dinero de la póliza fue abonado en unas condiciones que les permiten ahora intentar recobrarlo.

—¿Qué condiciones son ésas? —quiso saber Arlington.

—No puedo informarle en este aspecto con entera exactitud. Esa gente puede haber abonado el dinero por equivocación, como consecuencia de un fraude, o…

—¿Podrían conseguir hacerse de nuevo con el dinero?

—Aquí entramos de lleno en la cuestión de las pruebas. La compañía podría hacer ver que mediando determinadas circunstancias el dinero había sido abonado erróneamente a Selma Anson, añadiendo que ella es una depositaria constructiva, que retenía la cifra consignada en la póliza para beneficio de la compañía de seguros.

—¿Qué clases de circunstancias? —preguntó Arlington.

Mason vaciló.

—Considera la posibilidad de que Selma Anson hubiese envenenado deliberadamente a su esposo —manifestó Daphne, con firmeza.

—¡Estoy hablando con el señor Mason! —exclamó Arlington, impaciente.

—Es que el señor Mason no quiere abordar directamente esa cuestión para expresarla con toda franqueza —razonó Daphne.

—Sinceramente —declaró Mason—: no conozco los hechos. ¿Qué es lo que le llevó a concebir esa idea, señorita Arlington?

—El tipo de las preguntas que ha venido formulando Bolton. Al parecer Bolton piensa que Bill no murió a consecuencia de haber ingerido alimentos en mal estado… Él sostiene que el hombre cayó enfermo a causa de eso y que se estaba recobrando cuando le fue administrada por alguien una fuerte dosis de veneno activo, la cual resultó mortal.

Arlington habló ahora:

—No digas esas cosas, Daphne. Nosotros no sabemos qué es lo que Bolton piensa.

—No lo sabrás tú. Yo sí… —replicó Daphne.

—¿Quieres decir que Bolton te ha contado cosas que a mí me ocultó? —inquirió Arlington.

—Yo creo que me ha revelado más cosas de las que se proponía darme a conocer. Es decir, he sabido leer entre líneas —declaró Daphne, convencida—. Tienes que enfrentarte con esas cuestiones tal como son, tío Dee.

—Todo eso me ayudaría a salir de la sartén para lanzarme al

fuego —dijo Arlington—. Selma jamás accedería a casarse conmigo si la compañía de seguros empezase a hacer circular rumores de esa clase.

—La compañía no ha puesto en circulación ningún rumor —aclaró Daphne—. Ahora bien, Bolton me abordó, preguntándome por mis síntomas y los síntomas de los demás; quiso saber qué cantidad de ensalada había ingerido cada uno y me preguntó quién era la persona que había dejado la fuente sobre la mesa de la cocina mientras Mildred y Lolita se encontraban en la peluquería.

»Me preguntó también qué era lo que yo sabía acerca de aquellas indisposiciones y si no me había extrañado a mí el hecho de que todos padecieran leves trastornos, de los cuales se recobraron rápidamente, en tanto que Bill Anson, en franca vía de recuperación, empeoró de pronto, falleciendo.

—Bueno, señor Mason —dijo Arlington—, ya está el gato en la talega. Lo que yo quiero es espantar a esa gente de la compañía de seguros, tenerlos a raya, mantenerlos alejados. Ya tengo bastantes problemas tal como se encuentra la cosa.

—¿Usted cree que esa investigación por parte de la firma impedirá que la señora Anson acceda a su proposición de matrimonio?

—Estoy convencido de ello. Añadiré algo más: esta mujer no es de las que fuerzan las cosas, de las que se abren paso a codazos, si hace falta, donde nadie las quiere. Mientras mis familiares se muestren hostiles, no accederá a casarse conmigo.

—Desde luego —manifestó Mason—, usted puede arreglar esa cuestión con una reunión de familia. Podría explicar a los suyos cuáles son sus intenciones desde el punto de vista financiero. También podría señalar que está en su mano redactar un testamento desheredando a sobrinos y sobrinas…

—Nunca haría eso —especificó Arlington—. Nunca iría tan lejos, decididamente. Ellos son mis familiares. Constituyen mi única familia. Pero si yo quiero casarme de nuevo y redactar un testamento dejando a mi esposa la cantidad de dinero que a mí se me antoje, estoy en mi derecho, soy libre de proceder así. No quiero ver a mi alrededor un puñado de parientes diciéndome a cada paso qué es lo que debo hacer y lo que no puedo hacer.

—No todos ellos piensan así —puntualizó Daphne.

—Todos, no. Pero algunos sí, ¿verdad? —preguntó el abogado.

Daphne vaciló. Finalmente, miró a los ojos a Mason.

—Sí, en efecto. Hay algunos que piensan de ese modo —declaró.

—En las circunstancias actuales, señor Arlington —manifestó el abogado—, no creo hallarme en condiciones de poder aceptar una cantidad de usted a manera de señal por mis servicios.

—¿Y por qué no?

—Usted no va a emprender ninguna acción contra la compañía de seguros —replicó Mason—. En todo caso, tendría que ser la señora Anson, quien podría demandar a la firma por difamación. Usted puede sugerir a la señora Anson que consulte conmigo. Yo tal vez la representara entonces. Pero usted no tiene motivos para emprender una acción de este tipo: no puede demostrar que se le ha causado un perjuicio.

—¿Que yo no puedo demostrar que se me ha causado un perjuicio? —saltó Arlington—. Si los miembros de esa compañía se van de la lengua y ponen en circulación determinadas habladurías, causantes de que Selma no quiera casarse conmigo, destrozará los últimos años de mi vida.

—Miraba la cosa desde el punto de vista de una acusación legal —aclaró Mason—. Y pensaba también en la personalidad de cada cliente. Probablemente, yo podría representar a Selma Anson en un asunto de este tipo, no hallándome en condiciones de representarle a usted, en cambio.

Medió Daphne:

—Vamos, tío Dee… Eso está bien claro. Convence a Selma para que venga a ver al señor Mason.

—Yo no puedo abordar a Selma con esta idea —alegó Delane Arlington—. Ella no sabe qué es lo que ese condenado detective de la compañía de seguros intenta desvelar.

—¿Cómo sabe usted que ella ignora tal cosa? —inquirió Mason.

—Es lo que deduzco de su forma de comportarse. Le preocupan otras cosas. Piensa en mi familia y en la actitud que han adoptado sus miembros. Ya no hay más.

—Tío Dee —dijo Daphne, enérgicamente—: te estás excitando con todo esto y el médico te ordenó que te mantuvieras relajado, que no perdieses nunca la calma. Mira; voy a tener un breve cambio de impresiones con Selma Anson. Eso queda de mi cuenta. Me voy a

enterar de hasta qué punto se halla informada sobre lo que está en marcha.

»Vámonos. Ya hemos consumido el tiempo que podía dedicarnos el señor Mason.

Daphne decidida, se puso en pie.

Delane Arlington hizo lo mismo, pero más lentamente.

—¿Qué le debo, señor Mason?

—Nada —repuso el abogado—. Ha hecho una declaración general del caso para mí. Entiéndase bien: no me ha dicho nada de carácter estrictamente confidencial. Subrayó solamente las circunstancias del tipo de trabajo que usted quería. Le he explicado que no estoy en condiciones de aceptarle una cantidad de dinero como señal por mis servicios. He intentado explicarle mi postura con la mayor claridad posible.

—Entonces, no puede usted hacerme ningún bien —declaró Arlington, ya que Selma, ciertamente, jamás recurrirá a un abogado con el propósito de poner fin a esto.

—Tú no sabes lo que ella puede hacer o dejar de hacer —dijo Daphne—. Espera a que hable con Selma, a que las dos hablemos de mujer a mujer. Y ahora, vámonos, tío Dee.

Arlington, ya en la puerta, vaciló.

—Puedo cederle como señal la cantidad que usted fije, cualquiera, siempre dentro de los límites de lo razonable —indicó.

Mason sonrió, denegando con un movimiento de cabeza.

—De momento, por lo menos, señor Arlington, no. No creo que usted tenga motivos para emprender una acción legal. Selma Anson sí que los tiene, en cambio.

—Ya le he dicho que ella no hará nada en tal sentido —dijo secamente Arlington.

Daphne obsequió a Mason con una sonrisa, cogió a su tío por un brazo y lo llevó hacia la puerta.

Mason se volvió hacia Della Street.

Una vez se hubo cerrado la puerta, manifestó:

—¡Qué bonita situación! Piense en que Selma Anson vino a verme para referirme una parte de la historia.

—Puede que sea la única parte que conoce —opinó Della.

—Es posible —convino Mason—. Pero el caso es que ella ha estado siendo vigilada y que la compañía de seguros intentará

probar que asesinó a su esposo.

—Inspirada, quizá, por una breve llamada telefónica anónima, hecha por uno de los miembros de la familia Arlington, por una de las personas que no quieren que Delane contraiga matrimonio de nuevo —apuntó Della Street.

—Se trata de algo que no sabemos, desde luego, aunque constituye una posibilidad. Sin embargo, se ha llegado al planteamiento de una especial situación: nos enfrentamos aquí con una compañía de seguros que desea reconsiderar el caso; hay por en medio un perseguidor que se hace visible; conocemos la existencia de un contacto, de alguien que puede ser muy bien un «lazo» profesional y…

»Todo parece indicar que alguien, entre los sobrinos y sobrinas, anda haciendo un juego muy astuto.

—¿Un juego en el cual vamos a tener nosotros algunas cartas? —preguntó Della.

—Me inclino a pensar que sí —declaró Mason—. Supongo que no tardaremos en ver por aquí a Selma Anson. Y espero que entre las cartas que vengan a parar a nuestras manos haya una o dos. A ver si puede establecer contacto con Paul, Della.

Los ágiles dedos de Della marcaron rápidamente el número del teléfono privado de Drake.

Unos segundos después, Della Street hizo un gesto a Mason, al tiempo que decía:

—El jefe quiere hablar contigo, Paul.

Mason se puso al habla.

—Paul: el caso de Selma Anson va tomando derivaciones.

—¿Cómo es eso? Yo creí que había sido liquidado definitivamente —respondió Drake.

—La señora Anson me confió sus asuntos, diciéndome que me dejara llevar de mi buen juicio —explicó Mason—. A él estoy recurriendo. ¿Quiere hacerme el favor de cederme dos de sus colaboradores para este trabajo, rápidamente?

—¿Qué clase de colaboradores? ¿Para qué tipo de trabajo? —inquirió Drake.

—Empezaremos con George Findlay. Quiero un perseguidor de los que se dejan ver para Ralph Baird y un «lazo», o «ligón», como quiera llamarlo, da igual, para el primero.

—¡Un momento, un momento! —exclamó Drake—. No le comprendo. Habitualmente, el «ligón», como usted dice, trabaja sobre la persona que es vigilada. Luego, el sujeto confía al primero que está siendo seguido. El «ligón» pregunta inmediatamente por qué razón ha de ser seguido, suponiendo que el sujeto, entonces, contará su historia.

—De acuerdo. Esa es la técnica que vamos a aplicar esta vez, pero con variaciones individuales.

—Conforme. Usted desea al «ligón» para George Findlay. Eso no será difícil de arreglar.

—Hágase con un buen auxiliar —recomendó Mason—. Ha de ser un tipo de la edad de George Findlay, aproximadamente… Búsquese un hombre activo, capaz de actuar con celeridad.

»George Findlay es así. Es vendedor de coches usados, hablará mucho; irá en seguida al grano, a lo que le interesa. Lo más seguro es que su colaborador no tenga que perder mucho tiempo con él. Es probable que no sea preciso alargar mucho la comedia.

—Pero usted quiere que Ralph Baird sea seguido —observó Drake—. No lo entiendo.

—Quiero un perseguidor que se deje ver para Ralph Baird, sí —confirmó Mason.

—¿Cuándo debe empezar su trabajo?

—Inmediatamente.

—De acuerdo. Ha de dejarse ver, ha dicho… Eso tiene muchos matices.

—Me inclino por el procedimiento más rápido —contestó Mason, colgando.

El abogado miró a Della.

—Si esa gente quiere juego, se lo daremos. Sabemos cómo hacerlo… Ahora, Della, póngame al habla con Selma Anson.

—¿A través de la centralilla?

—Si tiene su número, márquelo desde aquí —ordenó Mason—. Estamos corriendo a contrarreloj.

Al cabo de unos momentos, Della Street dijo por el teléfono:

—Éste es el despacho del señor Mason, señora Anson. El señor Mason de sea hablar con usted de una cuestión de cierta importancia. Un momento, por favor.

Mason tomó el teléfono, manifestando:

—Señora Anson: existe siempre la posibilidad de que su línea esté intervenida. En consecuencia, muéstrese prudente por lo que a esta conversación respecta.

—¿Mi línea intervenida? —preguntó ella, incrédula.

—Ya le he dicho que existe tal posibilidad —repitió Mason—. Quiero hacerle ver ciertas cosas… Esta cuestión puede ser más importante de lo que entrevemos… Podría ser que me equivocara también. De todas maneras, no quiero correr riesgos.

»Escúcheme atentamente. Usted trabó relación con alguien recientemente… con una mujer que se sentía interesada por Yucatán. ¿Me oye bien?

—¡Sí, sí! ¡Continúe!

—Tenga mucho cuidado con lo que usted le dice a esa mujer. Deslíguese de ella por unos días si puede hacerlo sin parecer brusca. Si la ve, si por cualquier razón tiene que estar con ella en alguna parte, compórtese como si se sintiese la más despreocupada de las mujeres. Sea natural, pero no le facilite ninguna información.

—¿Puede usted darme alguna explicación sobre esto?

—Puedo, pero éste no es el momento más oportuno, a mi juicio. Haga acopio de energías. No se muestre preocupada ni asustada, pase lo que pase. Manténgase tranquila, procure no perder la cabeza en ningún momento, dé muestras de sangre fría.

—¿Por qué me dice todo eso? —inquirió la señora Anson—. ¿A qué vienen tantas recomendaciones?

Mason contestó:

—A la muerte de su esposo, usted cobró una póliza de seguros que él tenía concertada con una compañía, ¿verdad?

—Pues sí. Tenía una póliza y me la hicieron efectiva.

—¿Y qué hizo con el dinero usted?

—Lo invertí.

—¿Atinadamente?

—Con mucha suerte.

—¿Obtuvo beneficios?

—Obtuve muy, muy sustanciosos beneficios.

—Bueno. Es probable que, en primer lugar, la compañía de seguros intente alegar que el dinero le fue pagado erróneamente, y que usted fue una especie de depositaría o administradora de la suma, en su nombre, lo cual la faculta para recobrar la suma, con

los beneficios que haya podido conseguir invirtiéndola.

—Pero… ¡No puede ser que esos señores salgan ahora con tal cosa!

—No he dicho que lo hayan hecho —respondió Mason—. Le estoy diciendo que puede darse esa probabilidad.

—Es que… es que eso sería terrible.

—He ahí el motivo de que le esté recomendando prudencia. Quiero que se ponga en contacto conmigo en el momento en que se produzcan nuevos acontecimientos; deseo que tenga cuidado con lo que dice. Veamos ahora… ¿Ha establecido contacto con usted un hombre llamado Bolton?

—No. ¿Quién es?

—Su nombre completo es Herman J. Bolton —explicó Mason—. Representa a la compañía de seguros. La visitará, probablemente. En este caso, lo más normal es que se presente ante usted con una cartera de mano que procurará colocar a su lado o enfrente. Luego, le hará unas cuantas preguntas.

»En esa cartera de mano llevará un magnetófono… Se trata de uno de esos aparatos especiales que se hallan dotados de un micrófono supersensible.

»Quiero que le diga al señor Bolton que hay algo en litigio y que siendo usted una de las partes no procede la entrevista, a menos que su abogado se encuentre presente. Después, mirándole francamente a los ojos, le preguntará si su cartera contiene algún magnetófono.

»Intente obtener una respuesta a su pregunta, afirmativa o negativa. Él se sentirá terriblemente embarazado.

»Entonces, si procede, se mostrará usted irritada, ordenándole que se marche e informándole que sólo le concederá una entrevista hallándose presente su abogado. ¿Obrará de acuerdo con mis instrucciones?

—Haré todo lo que acaba de indicarme. Pero, señor Mason… esto resulta muy alarmante.

—¿Alarmante? ¿Por qué?

—Bueno, le diré que sus palabras me han producido una impresión terrible. Yo creía que todas esas cosas pertenecían al pasado, que una vez abonado el importe de la póliza ya todo quedaba zanjado… ¿Es que no existe ninguna disposición de carácter legal que imponga limitaciones en lo concerniente a la

revisión de ciertas medidas?

—Nos enfrentamos con una situación muy peculiar —dijo Mason—. Esa gente puede alegar que hubo fraude deliberado y que gracias a su habilidad no lograron descubrirlo hasta hace unos días. La compañía de seguros puede alegar asimismo que su esposo se suicidó, o que fue asesinado.

—Eso tendría que ser obra de George Findlay —manifestó la señora Anson—. Él es quien sembró esa semilla.

—Exactamente —repuso el abogado—. Bueno, ahora sea reservada, no se confíe a nadie. Una cosa es el rumor y otra muy distinta un pleito.

—Muy bien. Intentaré hacer lo que me indica… Sin embargo, todo esto resulta muy inquietante… Esa pretensión de la compañía de recobrar su dinero… Es algo que supondría mi ruina.

Mason repuso:

—Hay algunas otras cosas que todavía no le he referido, cosas que saldrán a la luz en las horas que se avecinan. Me ocupo de sus intereses, señora Anson, poniendo en juego toda mi capacidad. Procure vigilarse a sí misma y utilice su cabeza.

»¡Adiós!

—Adiós, señor Mason —dijo ella, débilmente.

Mason colgó el teléfono.

—¿Impresionada? —preguntó Della.

Mason replicó al cabo de unos segundos:

—Asustada.

Capítulo 5

El lunes por la mañana, al entrar en su despacho, Perry Mason encontró a Della Street muy excitada.

—¿Oyó el boletín de noticias de las ocho, en la radio? —le preguntó la joven.

Mason movió la cabeza.

—¿Hubiera debido escucharlo?

—Habría oído algo sumamente interesante.

—Explíquese de una vez, Della.

—El fiscal del distrito, en un movimiento de sorpresa, se procuró una orden para conseguir la exhumación del cadáver de William Harper Anson, quien murió hace unos trece meses, a consecuencia de haber ingerido, al parecer, alimentos en mal estado. El locutor señaló que a raíz del examen preliminar se ha podido descubrir la presencia de arsénico en el cuerpo.

—¡Oh! ¡Oh! —exclamó Mason.

—La radio dijo también que había otra prueba en poder de las autoridades, que no sería revelada por la policía ni por el fiscal del distrito a los medios informativos, ya que éstos no deseaban privar a la persona acusada de la menor oportunidad de ser juzgada imparcialmente.

—¿La persona acusada? —repitió Mason—. ¿Dieron su nombre?

—No.

—Todo eso es propaganda de la peor índole. Es como decir: «Por razones de ética, no podemos declarar que ha sido dictada una orden de detención a nombre de la viuda y, por consiguiente, no formularemos ninguna declaración acerca de un nuevo y sobresaltador acontecimiento relativo al caso».

—¿Cree que van a dictar esa orden de detención? —le preguntó Della.

—En todos los casos hay un acusado cuando ha sido expedida una orden de detención y alguien ha quedado bajo la custodia de la justicia.

El abogado se quedó caviloso, como si intentase digerir la información que acababa de recibir.

Sonó el timbre del teléfono. Atendió Della Street.

—¿Qué hay, Gertie? —se irguió, añadiendo—: Un momento. El señor Mason querrá hablar con ella.

Della Street se volvió hacia el abogado.

—Es Selma Anson… Un hombre de una compañía de seguros, apellidado Bolton, ha ido a verla, solicitando de ella una declaración concerniente a la muerte de su marido. La señora Anson dice que, de acuerdo con sus instrucciones…

—Déjeme hablar con ella.

El abogado se puso al habla.

—Soy Mason, señora Anson —dijo.

Sonó la voz de la mujer, débil y como atemorizada.

—Señor Mason…

—¿Está el señor Bolton ahí?

—Sí.

—Dígale que sólo hará declaraciones en presencia de su abogado —ordenó Mason.

El abogado esperó. Oyó confusamente un rumor de palabras.

—Sólo haré declaraciones en presencia de mi abogado.

Luego, Selma Anson dijo:

—El señor Bolton desea saber si puede hablar con usted ahora mismo, por teléfono.

—Dígale que se ponga al habla —indicó Mason.

La voz del hombre tenía un tono persuasivo y también una inflexión autoritaria.

—Señor Mason —dijo—: represento a la compañía de seguros «Doble Indemnización Accidente y Vida».

—¿Su nombre?

—Herman J. Bolton.

—Siga.

—Estamos llevando a cabo una investigación sobre la muerte de uno de nuestros asegurados: William Harper Anson.

—¿Y qué hay acerca de ella?

—La causa inicial de la muerte (o quizá debiera decir la causa de la muerte consignada en el certificado médico inicial) fue una gastroenteritis originada por ingestión de alimentos en malas condiciones, con complicaciones de eso derivadas.

—Perfectamente —contestó Mason—. Continúe.

—La compañía de seguros recibió una información bastante inquietante y tengo entendido que posteriormente el cadáver fue exhumado. Un examen preliminar del mismo ha revelado la presencia de arsénico. En estas condiciones, resulta esencial para nosotros hacer indagaciones acerca de las circunstancias en que fue preparado el alimento causante del óbito de nuestro asegurado.

—Ya.

—Me he entrevistado con varias personas que asistieron a aquella reunión, consiguiendo diversas declaraciones, todas ellas interesantes. Deseo ahora obtener otra de Selma Anson, la viuda de nuestro asegurado. Ella se niega a facilitármela.

—¿Se ha negado? —inquirió Mason.

—Bueno, ha dicho que sólo formulará declaraciones en presencia de su abogado.

—No ha dicho que se negara, ¿verdad?

—No, exactamente…

—Pues, entonces, si usted tiene que hacerle algunas preguntas, ¿por que no se presenta en mi despacho en compañía de Selma Anson?

—Yo creo que actuando de buena fe —objetó Bolton— no tenía que mostrarse tan poco predispuesta a formular una declaración para la compañía.

—Muy bien —contestó Mason—. Ya que usted habla de buena fe, permítame preguntarle qué es lo que la compañía de seguros se propone hacer.

—¿Qué quiere decirme con eso? Yo no sé qué vaya a hacer nada. Ahora, lleva a cabo una investigación.

—Y la investigación la realiza porque la compañía sabe que en determinadas circunstancias puede recobrar el importe ya abonado de la póliza, ¿no es así?

—Ésa es una cuestión que atañe al departamento legislativo. Yo pertenezco al departamento de investigación.

—Bueno, ¿es o no es la mía una suposición razonable? —

preguntó Mason.

—Pues… yo no diría que no existan en tal sentido algunas posibilidades.

—En tales condiciones —afirmó Mason—, en el momento en que el asunto caiga en manos del departamento legislativo, usted no tiene el menor derecho, en absoluto, a hablar con una persona litigante del otro bando, si no es en presencia de un abogado. Y he de sugerirle que se procure un abogado de seguros, quien habrá de presenciar todas las entrevistas que nosotros celebramos.

—¡Oh! Eso no es necesario, señor Mason —dijo Bolton, irritado —. Llevo años metido en la tarea investigadora y, en lo tocante a la formulación de preguntas, suelo indicar a los abogados qué es lo que han de hacer… No son ellos precisamente los que me dan a mí instrucciones.

—He hecho la sugerencia por cuestión de ética —explicó Mason —. Yo no debiera hablar con usted si no es en presencia del abogado de la compañía de seguros. Tampoco usted debe hablar con Selma Anson si no se halla presente su abogado.

—¿Cuándo podemos verle? —preguntó Bolton.

—¿Podemos? ¿A quiénes se refiere usted?

—He aludido a la señora Anson y a mí mismo.

—¿Sin abogado?

—Sin abogado. Ya le he dicho que yo no necesito ningún asesoramiento en estas cuestiones por parte del departamento legislativo de la compañía.

—Hágase de un documento expedido por los abogados de la compañía de seguros, en el que ellos señalen que están conformes con que yo le interrogue sin que se halle presente ningún representante del departamento legislativo de la firma.

—Es que usted no va a someterme a ningún interrogatorio — protestó Bolton—. Soy yo quien va a hacer preguntas a Selma Anson.

—¡Eso es lo que usted cree! —exclamó Mason—. Si piensa que va a poder interrogar a Selma Anson sin estar dispuesto a su vez a contestar a las preguntas que yo pueda hacerle, lo mejor es que desista de su idea ahora mismo.

—Muy bien —repuso Bolton—. Yo no tengo nada que ocultar.

—*Nosotros* no tenemos nada que ocultar tampoco. Ahora bien,

como ya señaló, usted es un experto, está muy habituado a esta clase de cosas, pero no nos hallamos dispuestos, ciertamente, a colocarnos en la posición de unos corderos conducidos al matadero.

—¡Ésa sí que es buena! —exclamó Bolton—. ¡Perry Mason, el famoso abogado, un cordero conducido al matadero!

—Usted hágase con ese documento del departamento legislativo de la compañía de seguros y luego me llama —insistió Mason—. Dígale a Selma Anson ahora que se ponga al teléfono.

Cuando ella estuvo al habla, Mason le indicó:

—Desembarácese de ese hombre, señora Anson. No le diga una sola palabra que tenga relación con el caso. Limítese a repetir que sólo puede hacer declaraciones en presencia de su abogado. Échele de ahí y vuelva a llamarme tan pronto se haya marchado. Asegúrese de que, efectivamente, se ha ido, de que no puede oírla cuando hable conmigo.

»¿Me ha comprendido?

—Le he comprendido, sí.

—De acuerdo, entonces. Échele de ahí y llámeme.

El abogado colgó.

Mientras esperaba la llamada de la señora Anson, Mason se puso a pasear por el despacho, haciendo unos comentarios.

—Esto es una treta, Della… Si la policía dirigiera la investigación, nada más pasar de lo general a lo particular, concentrándose en una persona, habrían avisado a la misma, en este caso a Selma Anson, comunicándole que se sospechaba de ella como autora de un asesinato. La policía le hubiera dicho que cuanto declarara podría ser utilizado en contra suya y que tenía derecho a requerir la ayuda de un abogado en todas las etapas del procedimiento.

—¿Qué ha pasado entonces? —inquirió Della Street.

—En las actuales circunstancias —explicó Mason—, habrán pensado que era mejor enviar a este hombre de la compañía de seguros para que le comunicara que realizaba indagaciones en relación con la muerte de su esposo. La idea sería formular unas declaraciones que hicieran perder la cabeza a esa mujer, que la pusieran nerviosa, llevándola a pronunciar palabras relacionadas con los hechos que más tarde podría lamentar.

»Este individuo, al averiguar que yo la representaba, se habrá

lanzado sobre el teléfono que tuviese más a mano, en solicitud de instrucciones.

Sonó el timbre del teléfono.

—Ésa será la señora Anson —dijo Della Street.

Mason asintió, disponiéndose a atender la llamada.

Della Street había levantado ya el receptor.

—Un momento, señora Anson —dijo ante el micrófono.

Habló Mason:

—Escúcheme con atención, señora Anson. Esto es importante. Ese hombre, Bolton, estará de vuelta, probablemente, dentro de unos minutos, siendo portador de una autorización de su compañía y del departamento legislativo de la misma… O tal vez uno de los funcionarios de la firma le provea de un documento, para que siga adelante con su investigación. Le va a sugerir que se presente en mi despacho inmediatamente.

—Pero… eso no puede ser, señor Mason —alegó ella—. Ya le he causado bastantes molestias visitándole de pronto, sin previo aviso…

—Tiene usted mucha razón —repuso Mason—. Ahora bien, esto de ahora es cosa mía. Quiero adelantarme al otro bando…

—¿Quién es el otro bando? —preguntó ella.

—De un lado, está la compañía de seguros y por otro la policía.

—¿La policía?

—La policía —repitió Mason—. No sea inocente. Si la compañía de seguros puede hacerse con pruebas suficientes para que las autoridades procedan a su detención, por haber envenenado a su esposo, no tardará en dar los pasos necesarios para lograr que sea usted declarada depositaria del dinero de la póliza y de todos los beneficios que haya obtenido invirtiéndolo.

»Para dar solidez a su demanda, esa gente tendrá que probar que hubo mala fe por su parte, que actuó con deliberada malicia, que se valió de prácticas fraudulentas.

»Alguien anda muy interesado en procurarle toda clase de molestias. Creo saber quién es. Hemos de actuar con todo cuidado.

»Cuando regrese el señor Bolton, telefonéeme, pidiéndome hora para una entrevista. Le diré que se presente aquí inmediatamente. Salga de ahí y no pierda de vista su cartera de mano, por si…

—Lleva una, en efecto. Es una cartera de cuero que colocó junto

a su silla.

—Un magnetófono, sí —dijo Mason—. Usted no hable… Bueno, diga únicamente estas dos palabras: «Sin comentarios». Una vez en este despacho, déjeme llevar la voz cantante. ¿Me ha entendido bien?

—Sí.

—Bueno, pues aquí la espero.

Capítulo 6

—Aquí están —dijo Della Street.

—¿Se refiere a Selma Anson y al hombre de la compañía de seguros?

Della asintió.

—Hágales pasar.

Della Street fue a la puerta de la oficina de recepción, que abrió, haciendo pasar al despacho a Selma Anson y al hombre que la acompañaba, un individuo corpulento, con figura de oso, muy vivaz.

Aquel tipo avanzó con aire decidido. Sus modales resultaban más bien agresivos.

—¿Cómo está usted, señor Mason? —saltó—. Soy Herman J. Bolton, perito de la compañía «Doble Indemnización Accidente y Vida». Usted sabe qué es lo que me trae aquí.

Mason estrechó sin mucha cordialidad la mano que el otro le ofrecía.

—Nunca se me ha dado muy bien la telepatía —respondió—, de manera que tendrá usted que explicarse.

—William Harper Anson contrató con mi compañía una póliza de vida por cien mil dólares. El hombre murió hace unos trece meses. Nada había entonces que no sugiriera la circunstancia de una muerte natural, de acuerdo con las previsiones del certificado de defunción. Abonamos la cantidad estipulada. La señora Anson aceptó el dinero y creo que supo efectuar provechosas inversiones con él.

—¿Y qué más?

—Ahora —siguió diciendo Bolton— tenemos algunas razones para creer que nos precipitamos al hacer efectiva la póliza, por decirlo de alguna manera…

—¿Se precipitaron? ¿Por qué?
—Hubiéramos debido realizar ciertas investigaciones antes.
—¿Y qué cree usted que se hubiera derivado de las mismas?
—Existe la posibilidad de que no hubiésemos abonado a la señora Anson la cantidad a que he aludido.
—Basándose, ¿en qué?
—A eso voy a ir dentro de unos instantes.
—Muy interesante —replicó Mason—. ¿Lleva usted encima algún documento expedido por los abogados de su compañía, por el cual ellos se muestren conformes en que se entreviste conmigo sin necesidad de hallarse presentes?
—No me he provisto de ningún documento en ese sentido. He recibido instrucciones por teléfono. Me dijeron que si esto no le satisfacía podía ponerse al habla con ellos.
Selma Anson se había acomodado en un sillón. Bolton continuaba de pie, con los hombros un tanto encogidos, hablando con Mason.
—Será mejor que tome asiento —dijo el abogado a su visitante.
A su vez, se instaló confortablemente en su sillón giratorio.
Bolton vaciló un momento, sentándose por fin sobre el borde de un sillón, frente a la mesa del abogado.
—Usted admite —dijo éste— la posibilidad de que se haya cometido un error al abonar esa póliza. ¿Qué acontecimientos o condiciones hubieran podido dar lugar a un cambio de actitud por parte de ustedes, con la consiguiente negativa de efectuar el pago?
—En caso de suicidio, por ejemplo —contestó Bolton, rápidamente.
—¿No contaba esa póliza con una cláusula por la que se especificaba que, transcurrido un año a partir de la concesión de la misma, el importe contratado sería hecho efectivo incluso en el caso de que el titular se suicidara?
—Todo lo contrario —especificó Bolton—. Ésta era una de esas pólizas en las que se señala que el suicidio excluye de toda responsabilidad de pago a la compañía aseguradora.
—¿Qué es lo que le ha hecho pensar en la posibilidad de un suicidio?
—Yo no he dicho que pensara que nos encontrábamos ante un suicidio. Yo indiqué que una investigación habría podido revelar

este hecho.

—Un suicidio… cometido ¿cómo?

—Le seré franco —dijo Bolton—. Usted, al parecer, se empeña en mantenernos a prudente distancia. Nosotros queremos trabajar sobre una base amistosa. Creemos en las ventajas de la cooperación. No pienso ocultarle ninguna información de interés. ¿Qué sabe usted acerca del envenenamiento por arsénico?

—¿Es eso esencial con vistas a lo que va a decirme? —inquirió Mason.

—Estimo que podremos evitarnos pérdidas de tiempo.

—¿Y para qué ahorrar tiempo? Disponemos de todo el de nuestras vidas, ¿no?

—Muy bien. El arsénico es un veneno muy activo. Sabemos que Anson murió a consecuencia de un envenenamiento producido por esa sustancia y no por haber ingerido alimentos en malas condiciones.

—Siga.

—Desde luego, es posible que Anson, sabiendo que las provisiones de su póliza excluían la muerte por suicidio, queriendo quitarse la vida y dejar a su viuda bien acomodada, se las arreglará para poner arsénico en los alimentos que había de ingerir, con motivo de una cena con varios amigos, tratando los otros platos de otra manera, preparándolos para que los demás presentaran ligeros trastornos. Su personal dosis, por supuesto, había de resultar mortal.

»En estas condiciones, cualquier médico se apresuraría a certificar lo de Anson como una intoxicación por ingestión de alimentos en mal estado. Aquí se habló de una gastroenteritis asociada con una úlcera. Una pequeña cantidad de alimento corrompido, por cualquier causa, bastaba para dar lugar a un fatal desenlace.

—Y planteadas así las cosas —terminó Mason—, usted sostiene que su compañía no puede verse obligada a pagar nada.

—Exactamente.

—Aspirando, en consecuencia, a reembolsarse el dinero entregado a la viuda, ¿no?

—Bueno, ésta es ya una cuestión que atañe al departamento jurídico de mi empresa y yo no voy a discutir con usted las

posibilidades de tipo legal en tal sentido. Ahora, mediando determinadas circunstancias, la suma principal de la póliza podría ser reembolsada.

—Y de no mediar esas circunstancias, ¿qué?

Bolton contestó haciendo ver a Mason que ponía mucho cuidado en la selección de sus palabras.

—Pudiera ser muy bien entonces que no solamente se recuperara la parte principal de la suma, ya que nuestros abogados sostienen que lo que procede en derecho es recobrar también los beneficios producidos por la inversión de la cantidad básica, todo lo cual se estima pertenece a la compañía.

—Concrete usted más —exigió Mason.

Bolton se inclinó hacia delante, mirando al abogado a los ojos fijamente antes de decir:

—Eso es lo que ocurriría en el caso de hallarnos frente a un crimen.

—Un crimen, ¿cometido por quién?

—Por la beneficiaria de la póliza: Selma Anson.

—¿Está usted acusando a mi cliente de haber cometido un crimen? —preguntó Mason.

—¡No, no, no! ¡En absoluto! No interprete usted erróneamente mis palabras, señor Mason. Aténgase solamente a lo que digo y no a lo que usted cree que he dicho. Estamos ocupándonos de ciertos puntos legales.

—Muy bien. Quede bien entendido que estamos tratando de los puntos legales de esta cuestión y que nuestra discusión tiene un carácter impersonal. ¿Podría usted explicar su postura con mayores detalles?

—No sé por qué no he de hacerlo —manifestó Bolton—. Si una persona es asesinada por el beneficiario de una póliza de seguros, está claro que el criminal no puede entrar en posesión de nada, ya que ha mediado una acción ilegal.

—Pero es que ni siquiera eso es suficiente para invalidar la póliza —objeto Mason.

—Ha tocado usted ahora un intrincado punto legal —declaró Bolton—. La póliza sigue siendo válida. La compañía ha de pagar la cantidad estipulada bajo contrato, pero el pago ha de ser efectuado a sus herederos (los del asegurado), si los hay. De no haberlos,

revierte al Estado. Puedo citarle a este respecto antecedentes concretos: los casos Meyer y Crawford…

—Evidentemente —consideró Mason, sonriendo—, usted ha recibido instrucciones muy concretas de su departamento jurídico.

—Creo haberle dicho, señor Mason, que llevo en esta actividad muchos años y estimo hallarme muy familiarizado con los principios fundamentales de la ley de seguros.

—Entonces, ¿por qué espera su compañía conseguir alguna ventaja mediante esta investigación? —preguntó Mason.

—Verá usted… Y admito que se trata de un punto técnico de carácter legal… La «Doble Indemnización Accidente y Vida» trabaja con un tipo de póliza muy especial. Nosotros somos mucho más liberales que otras compañías en relación con las indemnizaciones dobles por muerte por causas accidentales.

»En este caso, por ejemplo, la póliza quedó establecida básicamente en cincuenta mil dólares. Podían haberse producido dudas sobre si la muerte fue debida a medios accidentales, en vista de que los alimentos en mal estado fueron ingeridos voluntariamente por el fallecido. Sin embargo, la compañía no hizo de ese punto un problema, en virtud de las liberales previsiones de nuestra póliza, procediendo entonces a abonar de buena gana la doble indemnización. La señora Anson recibió cien mil dólares, es decir, el doble de la cifra base.

—Siga —invitó Mason—. Se expresa usted muy bien.

—Sabemos gracias a nuestras investigaciones que en el momento de la muerte de su esposo, la señora Anson no poseía bienes personales de fortuna dignos de ser tomados en cuenta. Ella recibió los cien mil dólares que pusimos nosotros en sus manos, cantidad con la que efectuó unas cuantas inversiones. Descubrió que tenía una rara habilidad para eso y comenzó a acumular beneficios. Invirtió en la propiedad inmobiliaria y jugó a la bolsa. Actualmente a consecuencia de esas operaciones, los cien mil dólares se han transformado en una cifra que debe de rozar el medio millón.

»Bien. Si ella asesinó a su esposo… Tenga usted muy presente, señor Mason, que en este momento aludo a problemas legales… No hago acusaciones directas… Repito que *si* ella asesinó a su esposo, perpetró un fraude del que fue víctima la compañía de seguros al cobrar los cien mil dólares, convirtiéndose, por consiguiente en

depositaria involuntaria de la firma.

»La ley no ampara precisamente a quien obtiene beneficios con el producto de sus transacciones ilegales. En consecuencia, todas las ganancias conseguidas por ella pertenecen a la compañía de seguros.

»Mi firma recibirá, pues, quinientos mil dólares, de los cuales se verá obligada a deducir cien mil, que pasarán a los herederos de William Anson. En el caso de no haber herederos, este dinero será cedido al Estado de California. Los restantes cuatrocientos mil serán retenidos por la compañía de seguros.

—Un razonamiento legal muy intrincado el suyo, señor Bolton —comentó Mason—. Evidentemente, es el resultado de muchas reflexiones e investigaciones suyas.

Bolton repuso:

—Mi compañía me paga un sueldo para eso, señor Mason. Con disculpáis orgullo puedo aducir que yo he ahorrado a la firma centenares de miles de dólares. En mis trabajos de investigación he hecho muchas dianas.

—Ya. Permítame que le haga una pregunta: ¿lleva usted un magnetófono en esa cartera?

Bolton se irguió en su asiento.

—¿Lo lleva usted o no? —insistió Mason.

—En realidad, sí —replicó Bolton, tras algunas vacilaciones—. Procuro que mis informes sean precisos y la base de esto es la reconstrucción exacta de lo que se ha hablado.

—Comprendido —dijo Mason—. Entonces, usted desea que esta entrevista sea registrada en magnetófono, ¿no?

—En efecto.

—Por lo que yo sé, los Anson figuraban en la cena que a nosotros nos interesa como invitados y la señora Anson no tuvo nada que ver con la preparación de los platos que fueron servidos.

—Ella no me ha dicho tal cosa —declaró Bolton.

—¿Y a usted le agradaría que se lo dijera?

—Sí.

—Luego, usted querrá preguntarle cuánto tiempo estuvo en la casa antes de que la cena fuese servida, en qué sitio se pusieron los platos y algunas cosas más, ¿no es así?

—Probablemente.

—¿Y ha efectuado una investigación exhaustiva del caso hasta este punto?

—He hablado con varios testigos, en efecto.

—¿Ha hablado con los miembros de la familia Arlington?

—Con algunos de ellos, sí.

—¿Con todo detalle?

—Bastante detenidamente, en efecto.

—¿Les preguntó usted sobre el sitio en que fue dejado el alimento causante del incidente antes de ser servido?

—Tengo entendido que Selma Anson, su cliente, se avino a servirlo, para ayudar…

—En esas circunstancias —dijo Mason—, he de consignar que quisiera encontrarme en igualdad de condiciones con usted antes de tomar parte en una entrevista de este tipo, en la que mi cliente ha de ser requerida para contestar a diversas preguntas.

—¿Qué quiere darme a entender con esas palabras?

—Que primero quisiera hablar personalmente con los otros testigos.

—Eso sería complicado.

—Hay otra solución —agregó Mason, con una sonrisa destinada a desarmar a su interlocutor—: como usted se vale siempre de un magnetófono cuando se procura la declaración de un testigo, bastaría con que reprodujese las cintas grabadas ante mí, con lo cual yo podría saber qué dijeron los testigos.

—¿Qué está usted hablando? —repuso Bolton, indignado—. Esas cintas magnetofónicas son de mi exclusiva propiedad. Nadie tiene por qué escucharlas.

—Es muy interesante para mí saber con qué frases formuló usted sus preguntas. Ya sabe que hay algunas que vienen a ser como llevar de la mano a la persona interrogada hacia la contestación buscada. Ha podido introducir previamente en los cerebros de las personas interrogadas algunas ideas… Todo esto es muy diferente de lo que se obtiene con un escrupuloso intento por ser justo.

—Yo llevo mis asuntos a mi manera. A mí nunca se me ocurriría decirle que en este bufete ha de hacer esto, lo otro o lo de más allá. Naturalmente, aspiro a que usted no me dé directrices en mis cosas.

—Siendo así —decidió Mason—, no habrá declaración.

—Me parece, señor Mason, que su idea no resulta muy atinada

—respondió Bolton—. Nosotros estamos efectuando una investigación de buena fe… Existe la posibilidad del suicidio, existe la posibilidad del crimen. Su cliente debiera tener un gran interés por que lográsemos el esclarecimiento de los hechos.

Mason sonrió.

—Recuerde que yo no soy quien para decirle lo que ha de hacer con sus asuntos. Tampoco yo admito sus indicaciones. Por lo que a mí respecta, esta entrevista a llegado a su fin.

Selma Anson fue a decir algo.

Mason levantó una mano.

Bolton continuó sentado sobre el borde de su asiento. Se había puesto muy colorado. La expresión de sus ojos era de enfado.

Mason asintió:

—Repito: hemos llegado al final de la entrevista. Creo que lo comprenderá fácilmente. Pero por si no es así, siempre tiene el recurso de su cinta magnetofónica, que le refrescará la memoria. Deseamos a usted muy buenos días, señor Bolton.

—No puede usted deshacerse de mí de esta manera —repuso Bolton.

—¿Y por qué no?

—Yo he de obtener una declaración de su cliente. Y si no, su negativa a hacérmela.

—Mi cliente no se niega a responder a sus preguntas. Yo sí me niego, en cambio, a que la entrevista continúe en este punto y momento. Quiero una oportunidad para valorar las pruebas que usted posee antes de indicar a mi cliente que puede someterse a su interrogatorio. Ella responderá a sus preguntas cuando yo se lo indique y no antes. ¿Está eso claro?

—No lo estimo justo.

—No le he preguntado si le parecía justo o no. Le pregunté si estaba claro.

—De acuerdo. Está claro —manifestó Bolton.

—Gracias —repuso Mason, sonriendo—. No es necesario que le entretengamos a usted más.

Bolton, enojado, se puso en pie. Cogiendo su cartera de mano, dijo:

—Lamentará usted esto mientras viva, señor Mason. Por el hecho de disponer de suficientes pruebas, me hallo en condiciones

de pasar un informe a mi compañía. Mi informe será claramente desfavorable para su cliente. Su negativa a responder a mis preguntas, su negativa a explicar ciertas circunstancias que concurren en el caso, constituye algo, en mi opinión, muy significativo.

—¿A qué circunstancias se refiere usted?

Bolton respondió, enfadado:

—Supongo que usted ignora que su cliente compró arsénico…

—¿Qué compró arsénico? ¿Está seguro de eso?

—Naturalmente que estoy seguro —dijo Bolton—. Durante algún tiempo estuvo camuflando sus planes homicidas pretendiendo sentirse muy interesada por el disecado de pájaros.

»Una de las mejores formas de conservar las pieles de los pájaros en buen estado, con objeto de que las plumas no se caigan, es la derivada de la aplicación de compuestos de arsénico.

»Existe una preparación en el mercado conocida con el nombre de «Plumafirme», que se utiliza con tal fin. Selma Anson adquirió grandes cantidades de «Plumafirme» con anterioridad a la muerte de su esposo. Es posible que le parezca a usted interesante saber que después de producirse el óbito de su marido, la señora Anson dejó de sentir interés por la disecación de aves. A juzgar por las indagaciones realizadas en el establecimiento en que solía hacer sus adquisiciones, desde la muerte de William Anson ella no ha vuelto a comprar «Plumafirme».

»Quizá le agradara conocer una explicación sobre esto, señor Mason.

El abogado miró a Selma Anson. El labio inferior de ésta temblaba.

Mason se encaminó a la puerta del despacho, diciendo:

—Explicaré eso en el momento adecuado y ante las personas que corresponda. Añadiré que no pienso permitirle que se presente en este despacho con el pretexto de hallar información, atacando a uno de mis clientes.

—Usted no es quién para decirme cómo he de orientar una investigación —respondió Bolton.

Mason se plantó entre Bolton y Selma Anson.

—Fuera de aquí —dijo, sin alterarse.

—Va usted a lamentar esto. Yo…

—¡Fuera de aquí!

—Muy bien —replicó Bolton—. Sus acciones me convencen de que no hubo suicidio, de que William Anson fue asesinado. Usted lo sabe e intenta proteger…

—¡Le he dicho que fuera de aquí! —gritó Mason, dando un paso hacia delante, agresivo.

Bolton retrocedió. Dando la vuelta, luego, salió del despacho. Mason cerró la puerta.

Selma Anson sacó un pañuelo de su bolso, secándose las lágrimas.

Mason miró significativamente a Della Street, cogió el teléfono y dijo a la oficina exterior:

—No queremos ser molestados en ningún caso, Gertie. No podremos ver a nadie. Espere a que le avisemos.

El abogado volvió a sentarse en su sillón giratorio, dirigiéndose en tono afectuoso a la mujer.

—Cálmese, señora Anson. Ese hombre intentaba deliberadamente arrancarle unas palabras que la pusieran en entredicho.

—Ha arruinado mi vida.

—Bien —dijo Mason, en el mismo tono cordial de segundos antes, pero también insistente—. No sabemos de cuánto tiempo disponemos en tanto la policía toma una decisión. Será mejor que me explique todo lo concerniente al preparado denominado «Plumafirme».

—Ignoraba que eso pudiese ser una trampa para mí —repuso la señora Anson—. No podía ni imaginármelo, señor Mason.

—Ya me di cuenta. Y Bolton se aferra a ello, tratando de convertirlo en una bomba. Bueno, ¿quiere usted explicarme todo lo que hay sobre ese particular?

—Bill fue siempre un hombre muy activo, muy pendiente de sus intereses profesionales. Yo me pasaba sola mucho tiempo.

»Teníamos una casa muy hermosa, con un jardín. Había por allí muchos pájaros. Me compré unos prismáticos, dedicándome a observarlos. Después, a manera de pasatiempo, me dediqué a la disección, eligiendo para eso los más curiosos.

»Siempre que veía un ejemplar raro, procuraba hacerme con él.

—¿Por qué medios? —inquirió Mason.

—No podía utilizar una escopeta por hallarme dentro de los límites de la ciudad. Ideé entonces una trampa que resultó muy efectiva. Cuando capturaba pájaros que no me interesaban, los ponía en libertad de nuevo. Los que eran de mi agrado los disecaba… Ese hombre estaba en lo cierto: adquirí en varias ocasiones ese preparado llamado «Plumafirme».

»Este preparado me lo recomendó el dependiente del establecimiento en que adquiría mis materiales.

—¿Lo compró usted en cantidad?

—A la medida de mis necesidades. Ya se lo he dicho: en varias ocasiones.

—¿Qué pasó después de la muerte de su esposo? —indagó Mason.

—Tras la muerte de mi esposo empecé a ver las cosas de otro modo —dijo ella—. Atrapaba a lo mejor un par de ejemplares de los que a mí me gustaban y después me faltaba valor para matarlos…

»Con anterioridad a eso había sido bastante despreocupada con respecto a tales cosas. Aspiraba a tener una colección completa, bien clasificada… Bueno, posteriormente ese pasatiempo de disecación perdió todo su interés para mí.

—Entonces, tras la muerte de su marido ya no llevó a cabo más trabajos de disección.

—Di de lado a aquella actividad, sí. Dígame, señor Mason: cuando usted me habló de las diversas técnicas sobre el seguimiento y vigilancia de una persona, cuando aludió al perseguidor que se deja ver y al «lazo» o «ligón», ¿poseía alguna información especial?

—No la entiendo.

—Usted me puso el ejemplo del «ligón» en el acto de intentar que alguien admitiera haber estado dedicándose al envenenamiento de gatos.

Mason miró a su interlocutora con los párpados apenas entreabiertos.

—¿Ha estado usted, por casualidad, dedicada a esa tarea?

—No, ¡por Dios! Ahora bien, hice cuanto estuvo en mi mano para evitar que los gatos de los vecinos merodearan por mi casa. Yo daba de comer a los pájaros y algunos de los gatos de las inmediaciones se presentaban allí. Los espantaba y rogué a algunos vecinos que procuraran por todos los medios retener a sus animales

en sus casas.

»Una de mis vecinas tenía un gato por el que sentía verdadero cariño. El animal, murió. Yo sé que está convencida de que le administré un veneno.

—¿Y no es cierto eso?

—¡Dios mío! ¡No! No hubiera, sido capaz jamás de tal acción. Si bien hubo una época en que no tenía que violentarme mucho para atrapar a mis pájaros, dándoles muerte después para proceder a su disección, en la actualidad no me siento con fuerzas ni con ganas para eso. Yo sólo pretendí con mi pasatiempo retener a mi lado, de una manera artificial, los ejemplares que más me gustaban.

—¿Y dónde paran los pájaros por usted disecados?

—Están en la casa.

—¿Son muchos?

—Creo que habrá unos cuarenta y cinco o cincuenta. Conservo, además, en las condiciones debidas, varias pieles sin montar.

—¿Exige una destreza especial el ejercicio de la taxidermia?

—Exige mucha destreza, señor Mason. Pero antes que nada se necesita tener mucha paciencia. Tuve que aprender valiéndome de un libro con instrucciones detalladas que compré en la tienda donde adquirí las otras cosas… Mis primeros trabajos adolecían de algunos defectos, examinados con ojos de experto, pero algunos de los últimos me dejaron completamente satisfecha. Yo tenía paciencia, disponía de muchas horas libres y me agradaba aquel entretenimiento. Me satisfacía verme rodeada dentro de la casa por aquellos bonitos animales, que parecían aún llenos de vida.

Mason se quedó caviloso.

—Bien. Ahora voy a decirle algo, señora Anson, que va a causarle, probablemente, un gran sobresalto. Va a ser usted detenida. Pesará sobre usted la acusación de haber asesinado a su esposo. Ha de procurar conservar en todo momento la cabeza; no hará ninguna declaración a nadie.

Selma Anson se quedó con la boca abierta, mirando fijamente al abogado. Por sus ojos se advertía que era incapaz de dominar sus sentimientos.

—Bueno, no se asuste. No se deje llevar por el miedo. Soy su abogado. La estoy poniendo en guardia porque es muy posible que unos acontecimientos se sucedan a otros con gran rapidez.

»Este hombre, Bolton, es un tipo muy astuto. A mi entender, trabaja, en cierto modo, en colaboración con la oficina del fiscal del distrito. Creo que lleva a cabo esta investigación por sugerencia de las autoridades oficiales porque puede permitirse libertades en las que ellos ni siquiera pueden pensar. Cualquier policía se ve de buenas a primeras en la obligación de notificarle cuáles son sus derechos, poniendo en su conocimiento que uno de ellos es el de disponer de un abogado en todo instante. Bolton, en cambio, dada su condición de simple investigador de la compañía de seguros, puede colarse sin más en todas partes, con un magnetófono, obteniendo con suerte una declaración suya ahora, que le servirá más tarde de arma que esgrimir contra usted.

Selma Anson no supo qué decir durante unos momentos. Luego, como si hablase consigo misma, dijo:

—Un asesinato…

Mason asintió.

—Yo no puedo… no puedo enfrentarme con esa perspectiva, señor Mason. Es algo superior a mis fuerzas. Esto… esto me costará la vida.

—Ya le he dicho que no debe asustarse. No puede perder la cabeza. Tiene que mostrarse serena en todo momento.

—Es que sólo la sospecha, la suposición de que yo haya podido asesinar a mi marido… Yo soy incapaz de matar a nadie. No podría…

—Yo no hablo de que sea usted culpable o no —manifestó Mason—. Le estoy hablando de lo que va a pasar. Dado el resultado de mi conversación con Bolton, me lo imagino ahora mismo llamando por teléfono al fiscal del distrito. Les estará diciendo que él ya no puede lograr nada, que tomen ellos la iniciativa.

»Si alguien desea a partir de ahora interrogarla usted habrá de decir que se halla representada por un abogado, que ese abogado soy yo, que cada vez que se le haga una pregunta he de hallarme yo presente. Quiero que especifique que le he dado instrucciones en todos los sentidos.

»¿Procederá usted así?

—Desde luego, señor Mason, estoy dispuesta a obedecerle. Pero… ¡Santo Dios, señor Mason! ¡Esto es demasiado!

—Lo comprendo perfectamente… Bueno, ahora se dirigirá usted

a su casa. Della Street la acompañará. Esperaremos a que la acusación dé un paso adelante.

—¿No podría quedarse conmigo la señorita Street?

—Desgraciadamente, señora Anson, eso no es posible. Pero la acompañará hasta su casa. Hará lo que esté en su mano para que llegue a ella sin novedad. ¿Vino aquí en un taxi?

—Sí.

Mason miró a Della Street.

—Ya lo ha oído, Della.

Della miró a la señora Anson, sonriendo.

—Serénese, señora Anson. No tiene por qué estar preocupada. ¿Nos vamos ya?

Selma Anson se puso en pie, dirigiéndose a la puerta del despacho caminando como una sonámbula.

Della Street le abrió la puerta.

La señora Anson puso los pies en el umbral, disponiéndose a salir al pasillo.

De pronto, se volvió.

—Gracias por todo, señor Mason. ¡Gracias, gracias, gracias!

Della Street la cogió del brazo.

La puerta se cerró automáticamente, con un ¡clic! metálico.

Mason esperó a que las dos mujeres se hubieran alejado un poco por el corredor. Luego, cogió el teléfono, ordenando a Gertie:

—Póngame con Paul Drake inmediatamente.

Gertie le puso en comunicación con el detective.

Mason le dijo:

—Paul: habla con Perry, Della Street acaba de salir de mi despacho. Se dirige al ascensor acompañando a Selma Anson. Debe ordenar a uno de sus hombres que la siga a todas partes a partir de ahora.

—¿A quién? ¿A Della?

—No, hombre. A Selma.

—No tengo a nadie a mano en este momento. Siempre pasarán diez o quince minutos antes de que…

—Está bien —respondió Mason—. Tiene las señas de Selma Anson. Della Street la acompañará. Queremos estar seguros de que se mete en su casa directamente. Designe a un hombre para ese trabajo y búsquele un relevo. Quiero que la señora Anson sea

vigilada durante las veinticuatro horas del día.

Drake inquirió, curioso:

—¡Cree que le está engañando!

—No lo sé —respondió Mason—. Lo que a mí me interesa conocer particularmente es si entran en escena ahora algunos coches oficiales o con aire de tales… Sus ocupantes pudieran estar interesados en llevársela consigo. Por si se produce su detención, circunstancia que podría determinar que se sintiese presa del pánico, no exigiendo en su aturdimiento la presencia de su abogado, quiero estar en condiciones de actuar seguidamente. Inmediatamente, por teléfono, en ese caso, podría identificarme ante la policía, insistiendo en que deseo hallarme presente durante los interrogatorios.

—Te he comprendido —declaró Drake—. Voy a avisar a mis hombres. ¿Cree en la posibilidad de que sea arrestada?

—Es posible, sí… Ahora bien, hablaremos de eso más adelante —contestó Mason, cortando la comunicación.

Capítulo 7

Della Street abrió con su llavín la puerta del despacho de Perry Mason.

Éste había estado aguardando su regreso.

—¿Qué tal ha ido eso, Della? —inquirió.

La joven movió la cabeza, dubitativamente.

—No hubiera querido dejarla sola. Hubiera debido quedarse alguien con la señora Anson, Perry.

—Se recobrará de la impresión sufrida, no se preocupe.

Della Street manifestó:

—A mi entender, en este asunto hay algo más que nosotros desconocemos. Se muestra terriblemente alterada. ¿Usted cree que ella, realmente, asesinó a su esposo?

—Resulta todavía demasiado prematuro afirmar o negar en tal aspecto. Sin embargo, ella tiene derecho a ser defendida, independientemente de lo que haya hecho. La ley especifica esto y la labor asistencial del abogado en todas las etapas de la investigación, antes de ser juzgada por un jurado.

—Pero hay algo que la sobresaltó… Tal vez haya sido el detalle revelado por ese hombre de la compañía de seguros, en relación con la utilización de un preparado a base de arsénico…

—Hay ciertas cosas que se comprenden fácilmente —declaró Mason—. Invidentemente, su marido era un hombre que ganaba bastante dinero, pero que también gastaba mucho. Al morir, la dejaría prácticamente sin nada. Los cien mil dólares de la póliza, en virtud de la doble indemnización, constituía su única posibilidad de salvar algo de la catástrofe. Cobró ese dinero, lo invirtió atinadamente y ahora, al parecer, posee cerca de medio millón de dólares.

Della Street asintió.

—No quisiera hallarme en su piel. Dígame, jefe: ¿ha hablado ya con Paul Drake para que sea vigilada su casa?

Mason hizo un gesto afirmativo.

—Durante las próximas veinticuatro o cuarenta y ocho horas habrá en todo momento allí un hombre que esté al tanto de lo que pueda pasar.

—¿No cree conveniente decirle que siempre habrá a su alrededor alguien que la proteja?

Mason denegó con un enérgico movimiento de cabeza.

—Por ahora, no. Sinceramente, Della: deseo saber con toda exactitud qué es lo que hace. Si va a ver a alguien, quiero conocer la identidad de la persona visitada… Entretanto, Della, vamos a ver si despachamos estas cartas.

Mason empezó a dictar unas contestaciones y los dos estuvieron trabajando sin interrupción hasta las tres de la tarde.

Sonó el timbre del teléfono de Mason no registrado en la guía.

Della Street enarcó las cejas, mirando al abogado.

Mason asintió.

Della estudió la llamada.

—Diga… Sí, Paul… ¿A qué hora…? Ya. Creo que es mejor que hables con Perry.

Mason se puso al habla.

—¿Qué ocurre, Paul?

Drake contestó:

—Selma Anson abandonó su hotel para tomar un taxi, dirigiéndose a la sucursal que en la calle Diecisiete tiene el Banco de Profesionales y Hombres de Negocios. Estuvo dentro del edificio cerca de media hora. Al salir, se hizo llevar por el taxi, al número 1035 de Montrose Heights.

—Montrose Heights… —repitió Mason—. Este nombre me recuerda algo… ¿No es ahí dónde…?

—Ahí vive George Findlay —aclaró Drake.

—¿Está siguiendo a Findlay?

—Todavía no. Recuerde que quedamos en designar a un «ligón» adecuado para él, pero aún no nos ha sido posible establecer un contacto convincente. A Ralph Baird le sigue uno de mis hombres.

—¿Utilizó un taxi Selma Anson, Paul?

—Sí, en efecto.

—¿Se deshizo del taxi?

—No. Lo hizo esperar.

—¿Pudo observar bien su colaborador todo lo que pasaba?

—Ciertamente. Ella entró en la casa, permaneciendo en la misma veintitrés minutos. Salió para meterse inmediatamente en el taxi. Mi colaborador la ha estado siguiendo por La Brea, pero está seguro de que se encamina al aeropuerto. En estos momentos se encontrará a kilómetro y medio de éste.

—¿Puede ponerse en comunicación con su auxiliar?

—Sí. Su coche tiene instalación de radioteléfono.

—Dígale que en ningún caso la pierda de vista, ocurra lo que ocurra…

—Se lo diré.

—Téngame informado, Paul.

Mason interrumpió la comunicación, quedándose muy serio y pensativo, mientras tabaleaba distraídamente sobre el borde de la mesa.

—¿Malas noticias? —preguntó Della Street.

—Bastante malas.

—¿Hasta qué punto?

—Selma Anson fue a un banco, del que salió para visitar a George Findlay. En estos momentos, al parecer, se dirige al aeropuerto.

—¡Dios mío, jefe! ¿Habrá intentado comprar a ese hombre? ¿Se propondrá huir?

—Si ha resuelto fugarse —contestó Mason—, estamos listos. Esta huida será la prueba de su culpabilidad. Bolton hablará de que prácticamente la acusó de haber cometido un crimen y si ella ha decidido quitarse de en medio después de haber sido formulada la acusación… Bueno, ya me entiendes.

—No es posible… —alegó Della Street—. Tiene que haber algo detrás de todo esto. Ella demostró ser una serena mujer de negocios, una persona capaz, hábil…

—Se mantuvo en forma, por así decirlo, mientras no se habló de la cuestión del arsénico. A partir de esto se derrumbó. ¿Cómo la viste cuando la acompañaste hasta su casa, Della?

—Estaba a punto de sufrir un ataque de histeria —declaró Della Street—. Temblaba como la hoja de un árbol. Ante la puerta de su

apartamento, le temblaba tanto la mano con que quería introducir la llave en la cerradura que tuvo que valerse también de la otra para abrir.

—¿Observó todo eso?

—Desde luego.

—Pues olvídelo.

Della Street sonrió.

—Yo solamente paso informes a mi jefe… Siempre han sido en exclusiva.

Mason respondió, sencillamente:

—Es una buena chica.

El abogado abandonó su sillón, comenzando a pasear por el despacho.

Della Street, con gesto preocupado, observaba sus movimientos.

Finalmente, Mason habló:

—Creí, Della, que mientras esperábamos podíamos dejar listas unas cuantas páginas de ese largo informe… Vamos a dejarlo de momento. No me encuentro en buenas condiciones para dictarle nada, ni puedo concentrarme en eso. Hay algo en el presente caso que nosotros ignoramos y tengo la impresión de que estamos a punto de estrellarnos contra un muro.

—Podríamos hacer otro intento para adelantar algo ese informe, Perry —manifestó Della Street—. Transcurrirán cinco o diez minutos con seguridad antes de que volvamos a tener nuevas noticias.

Mason suspiró, volviendo a sentarse en su sillón.

—Bueno, Della… ¿Dónde habíamos quedado?

Della Street leyó el último párrafo que Mason le había dictado.

Mason realizó dos o tres intentos, frustrados, para sentirse interesado por lo que estaba dictando. Finalmente, echó hacia atrás su sillón.

—Hay algo raro aquí —murmuró—, algo que hemos pasado por alto, algo que…

Sonó el timbre del teléfono privado. Mason se precipitó hacia la mesa, descolgando el microauricular.

—Habla, Paul.

Paul Drake se expresó con la claridad y calma de siempre en aquellas situaciones.

—Tengo bastantes cosas que contarle, Perry. Selma Anson pagó su taxi una vez se apeó ante el edificio del aeropuerto. Luego, echó a andar, en dirección a las puertas de acceso, sin detenerse a sacar billete ni nada por el estilo.

»Mi colaborador la siguió.

»Dejó atrás todos los puntos en que había gente aguardando, dirigiéndose a un sitio en el que había un avión que estaba cargando pasaje. Echó un vistazo a los viajeros que se encontraban allí, eligiendo de entre ellos a una mujer joven sencillamente vestida. Se acercó a ella, diciéndole: «Le doy a usted ciento cincuenta dólares por su pasaje. Estoy dispuesta a abonarle su importe completo más esa bonificación».

»La joven, por lo visto, no quiso desaprovechar aquella ocasión que se le deparaba de ganarse unos dólares. Selma Anson cogió su ticket, del que desprendió el papel relativo al equipaje, que entregó a la desconocida. Seguidamente, echó a correr para subir al avión.

»Mi auxiliar intentó hacer lo mismo, pero no le dejaron subir al aparato. Todos sus asientos se hallaban ocupados. Entonces abordó a la mujer que acababa de vender su pasaje a Selma Anson.

»Esta mujer se llama Helen Ebb y vive en North Hamster Drive. Se dirigía a El Paso, en Texas, vía Tucson, Arizona.

Mason respondió:

—Llame a su corresponsal en El Paso, Paul. Facilítele una descripción de Selma Anson. Dígale a qué compañía aérea pertenece el avión y de qué vuelo se trata, y…

»¿Estaban asignados los asientos en ese vuelo?

—Sí, en efecto. A Helen Ebb le correspondía el 7A.

—¿Aterrizará el avión en Tucson?

—Sí.

—Haga que uno de sus hombres lo espere allí. Selma Anson debe estar bajo vigilancia en todo momento —manifestó Mason—. Recurra al soborno o a cualquier subterfugio, si es preciso. ¿Me ha comprendido?

—Perfectamente —repuso Drake.

Mason cortó la comunicación, dirigiéndose a Della Street.

—Pase a la oficina exterior, Della. Coja un teléfono. Gertie utilizará el otro. Póngame en comunicación con las compañías aéreas. Hay que averiguar cuál es el primer avión que sale para El

Paso. Los minutos cuentan mucho en estos instantes. Estaré unos cinco minutos en la oficina de Paul.

Della Street asintió. Cogiendo un bloc de notas, salió corriendo del despacho.

Mason, a toda prisa, avanzó por el corredor, encaminándose a la oficina de Paul Drake, que quedaba cerca del ascensor.

El abogado abrió la puerta de aquélla, preguntando a la recepcionista:

—¿Hay alguien con Paul?

Ella denegó con la cabeza.

—Dígale que voy hacia su despacho.

Mason se metió por un verdadero laberinto de divisiones.

El despacho de Drake estaba al final de un pasillo. Era bastante pequeño.

Mason abrió la puerta.

Había allí sitio justo para Paul Drake, una mesa sobre la que se veían cuatro teléfonos, un receptor de radio, dos sillas y un armario archivador.

El abogado no perdió el tiempo en preámbulos.

—Paul: ordene a su auxiliar que siga a Selma Anson cuando abandone el avión. Es muy probable que utilice el nombre que figura en su pasaje: Helen Ebb.

—Pudiera ser que se apease en Tucson —señaló Paul Drake.

—¿No era el pasaje para El Paso? —preguntó Mason.

—Sí.

—Pues me inclino por El Paso. Yo creo que desea encaminarse al punto más lejano. Puede que luego salga de El Paso para dirigirse a Méjico. Vigílela.

»Della y yo vamos a trasladarnos a El Paso. Le telefonearemos en cuanto lleguemos allí. Vamos a estar a la defensiva, de momento. Esto no me gusta, pero uno no tiene más remedio que bailar al son que le tocan. Siéntese y no se mueva de aquí hasta que sepa de nosotros. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —replicó Drake, poniendo una mano sobre el teléfono que estaba más cerca de él—. Me enfrento con otra noche a base de bocadillos por toda cena con una buena dosis de bicarbonato. Que se divierta, Perry.

Mason le hizo un gesto amistoso, abrió la puerta del despacho y

una vez en el pasillo apretó el paso.

Della Street se presentó en el despacho, nada más llegar a éste el abogado.

—Lo mejor que podemos hacer es ir a Phoenix. Si nos damos prisa y tenemos suerte podremos coger un avión que va desde Las Vegas a El Paso, el cual aterriza en Phoenix. Le he dicho a Gertie que concierte por teléfono dos reservas.

—Póngase en comunicación con Pinky.

—He hablado ya con Pinky —repuso Della Street—. Ella se dispone a aterrizar con una avioneta de dos motores en el aeropuerto de Burbank. Habrá llegado ya cuando nos presentemos allí.

—¿Qué es lo que nos retiene aquí? —inquirió Mason, cogiendo su sombrero.

Della Street, sonriendo dulcemente, al tiempo que se echaba un abrigo encima, repuso:

—Usted mismo, Perry.

El abogado abrió la puerta.

—¡En marcha pues, Della!

Capítulo 8

«Pinky» Brier, quien se encargaba de todos los vuelos «charter» de Mason al norte de la frontera mejicana, daba la impresión de ser a primera vista una joven y despreocupada mujer, casada felizmente con un indulgente esposo.

Solamente con una inspección más detenida descubría el observador la energía que había en sus pequeñas y bien modeladas manos. Sus ojos tenían centelleos de acero. Pero ni la persona más observadora hubiera podido adivinar que ella había pilotado aviones sobre el Atlántico en tiempo de guerra, ni que había enseñado a muchos hombres táctica y estrategia aérea. Pinky se pasaba la mayor parte del tiempo en el aire. Su marido, un hombre que sentía verdadero delirio por ella, experto mecánico, procuraba que los aparatos que pilotaba su esposa se mantuviesen perfectos.

Pinky, que pilotaba un «Martín» bimotor, hizo un perfecto aterrizaje justamente cuando Mason maniobraba para aparcar su coche.

Pinky se dirigió hacia Mason y Della Street, nada más verlos. Luego, paró el motor de estribor, abriendo la portezuela del pequeño avión.

Mason y Della subieron a bordo. Pinky puso en marcha el motor que había parado, informando a la torre de control y haciendo avanzar la aeronave por una de las pistas de cemento.

—¿A Phoenix? —preguntó.

—A Phoenix, sí —respondió Mason—. Y no andamos sobrados de tiempo precisamente. Si no establecemos contacto con el avión de Las Vegas en Phoenix, tendrá que llevarnos a El Paso.

—No se preocupe —dijo Pinky—. Puede hacerse.

La joven revolucionó los motores, efectuando las comprobaciones de costumbre antes del despegue. Habiendo

recibido de la torre de control las instrucciones oportunas, Pinky efectuó una correcta maniobra y a los pocos momentos se encontraban en el aire.

Della Street se recostó en su asiento, comentando:

—Bien. La cosa marcha perfectamente.

—Hasta ahora —repuso Mason, lacónico.

La avioneta apuntaba hacia una azulada masa montañosa que se elevaba por la banda de babor. Los últimos rayos del sol proyectaban largas sombras sobre la tierra.

—Han tenido suerte —manifestó Pinky—. Acababa de llegar, procedente de Las Vegas. Llené los tanques de combustible y despegué.

Mason abrió la voluminosa cartera de mano que llevaba consigo, sacando una radio muy potente de pequeño tamaño.

—¿Supondrá una interferencia para la navegación si oigo ahora las noticias? —inquirió.

Pinky movió la cabeza a un lado y a otro.

—Quiero oír el boletín de noticias de las seis, si puede ser.

—Adelante. Tiene treinta segundos. Acuérdese de que en este viaje pierden una hora. En El Paso los relojes van adelantados sesenta minutos con respecto al horario de aquí.

—Lo sé —replicó Mason, manipulando en la radio.

El locutor dio un resumen de la situación internacional; luego, hizo algunos comentarios sobre una colisión automovilística que había costado la vida a cinco personas. Finalmente, dijo:

—Ha desaparecido en circunstancias misteriosas una mujer de Los Ángeles a quien la policía deseaba interrogar con respecto a la muerte de su marido, que murió envenenado hace unos trece meses.

»Se ha sabido que la mujer en cuestión se presentó en su banco, del cual retiró una suma de dinero relativamente grande. Seguidamente, se trasladó al aeropuerto en un taxi. En el aeropuerto, sin embargo, pareció desvanecerse. No hay constancia de que haya tomado un avión utilizando su nombre. La policía cree que utilizó otro supuesto.

»En estas condiciones, su huida demuestra su culpabilidad. El fiscal del distrito desea someterla a un interrogatorio.

»La policía se negó a hacer comentarios sobre el caso que la afecta. En la oficina del fiscal del distrito se limitaron a decir: «La

necesitamos aquí para interrogarla». Habiendo solicitado los periodistas más detalles, el funcionario de dicha oficina sonrió enigmáticamente contestando: «Sin comentarios».

Mason se volvió hacia Della Street. Apagó la radio, guardándola de nuevo en su cartera.

—¿Era eso lo que quería oír? —inquirió Pinky.

—Eso era, sí —contestó el abogado.

—¿Qué pretende? ¿Adelantarse a la policía?

Mason sonrió:

—Es lo que espero conseguir, de momento.

La avioneta volaba ahora entre San Gorgonio, a la izquierda, y San Jacinto, a la derecha. Ambas montañas tenían cumbres que quedaban a más de tres mil metros sobre el nivel del mar. Seguidamente, sobrevolaron Palm Springs.

Mason señaló una línea de palmeras muy derechas.

Pinky asintió.

—La falla de San Andrea —dijo.

—La «cuna» de los terremotos, ¿no? —preguntó Della.

—En efecto.

—¿Cómo es que se encuentran ahí esos árboles?

—El agua es de origen subterráneo —explicó Mason—. Yo pienso que si supiéramos algo más acerca de ella sabríamos también muchas más cosas sobre la superficie de la tierra… Ahí, a lo lejos, a la derecha, podría ver la apagada luz del mar de Saltón, una masa líquida que está a unos setenta metros por debajo del nivel del océano. En el desierto se descubren cosas sorprendentes.

Della Street repuso:

—Sé muy bien que el desierto le inspira un gran interés, jefe… Sin embargo, ¿no podría recostarse en su asiento y relajarse para descabezar un sueño?

Mason denegó con un gesto.

—Estoy demasiado excitado, Della.

—¿Por qué cree que nuestra cliente hizo esta tontería?

—Sabemos que fue a ver a George Findlay antes de partir y a mí se me ha metido en la cabeza la idea de que George pudiera ser el villano de la comedia. Pero lo de menos es descubrir la razón de su conducta. Nosotros, simplemente, hemos de establecer contacto con ella antes de que sea localizada por la policía.

—¿Y qué podemos hacer cuando la encontremos?

—Tendré que pensar algo.

—Va a tener trabajo.

—Ya me lo figuro —admitió Mason.

Della Street habló como si estuviese reflexionando:

—Esa mujer se trasladó al aeropuerto, adquiriendo el pasaje de una joven desconocida, por el que pagó una bonificación de ciento cincuenta dólares. Jefe: ¿usted no cree que ella intente realmente huir, dirigiéndose a Sudamérica?

Mason se encogió de hombros.

—Nuestros clientes suelen hacer cosas muy extrañas —manifestó—. Hay algunas que se pueden prever, que se estiman posibles; hasta normales… El cliente de turno, a lo mejor, te oculta un hecho básico; también prefiere, a veces, guiarse de su juicio personal, que antepone al de uno. En ocasiones, incluso, lleva a cabo un movimiento insospechado, que afecta al planteamiento de su caso, sin previa consulta… Casi siempre se trata de una estupidez.

»Aparte de eso, nunca se puede saber qué es lo que un cliente hará en determinada situación. Su conducta resulta imprevisible, en suma.

Pinky sonrió.

—Recuerde que yo soy una de sus clientes, Perry.

—Y, claro, no hay manera de prever lo que hará.

—¿Qué haces? ¿Mantener intrigadas a las personas que hay a tu alrededor? —preguntó Della Street a Pinky.

—Exactamente —confirmó Pinky—. Es una de nuestras armas.

Guardaron silencio durante unos instantes. Mason contemplaba, fascinado, el espectáculo siempre cambiante del desierto.

Admiraba sus variados colores, las largas sombras, el progresivo avance de éstas.

—Yo no serviría para piloto —dijo, por fin.

—¿Por qué? —quiso saber Pinky.

—Me siento demasiado interesado por el escenario natural, especialmente el del desierto.

—Me consta —corroboró Pinky—. En cambio, a muchos de mis pasajeros les fastidia y aburre ese panorama. Ellos creen que ahí abajo no hay más que arena.

La oscuridad era mayor cuando la avioneta cruzó el río

Colorado. Mason, menos en tensión ahora, apoyó la cabeza en el respaldo de su butaca, cerrando los ojos.

Pinky, que había estado escuchando la radio, dijo en voz baja a Della Street:

—Vais a conseguirlo. El avión de Las Vegas lleva diez minutos de retraso Llegaremos a tiempo.

Mason abrió los ojos, irguiéndose.

—¿Nos saldremos con la nuestra en este viaje, Pinky? —preguntó.

—Yo creo que sí.

Mason tornó a recostarse en su asiento.

El vuelo proseguía sin novedad. Al cabo de cierto tiempo, Pinky alargó un brazo, comprobando si el cinturón de Mason estaba en condiciones. Miró a Della Street, muy expresiva. La avioneta inició el descenso hacia el aeropuerto de Phoenix.

Mason despertó, buscando su cartera.

—Tienen cinco minutos por delante —manifestó Pinky—. El avión acaba de aterrizar, pero pasarán cinco minutos, por lo menos, antes de que inicie el despegue. Me alegro de que hayan conseguido lo que se proponían… Sintiéndolo mucho, no les hubiera podido llevar a El Paso.

—Con el avión de línea ganaremos tiempo —repuso Mason—. Pero de no haber habido esta solución, Pinky, hubiéramos hecho el viaje completo con usted.

La avioneta, ya en tierra, se dirigió hacia el edificio del aeropuerto. Mason y Della Street bajaron de él. La joven dijo al abogado:

—Yo me ocuparé de los billetes.

Echó a correr en dirección a las taquillas.

Pinky saludó a Mason agitando alegremente una mano, desde su ventanilla. La avioneta fue alejándose poco a poco.

El gran avión de Las Vegas maniobraba en la pista, cada vez más cerca, obediente a las señales luminosas que hacía un hombre. Finalmente, se detuvo.

Della Street apareció, corriendo, como antes.

—Aquí están nuestros billetes. El hecho de que no llevemos equipaje ha facilitado mucho las cosas, ahorrándonos ciertos trámites.

Subieron al avión, instalándose cómodamente.

Mason abatió el respaldo de su butacón, diciendo, satisfecho:

—Pues sí, Della, parece ser que lo conseguimos.

—¿Cree que llegaremos a tiempo?

—No sé… Ese boletín de noticias habrá activado las cosas. Helen Ebb, la mujer que vendió su pasaje a Selma Anson, comprenderá que representa un papel en esta historia y, probablemente, lo comentará con algún amigo… Si oyó la radio se pondrá en contacto con la policía… Bueno, el caso es que por nuestra parte no sólo nos hemos superado sino que además hicimos lo único que se podía hacer.

Mason entornó los ojos, añadiendo, ya en un murmullo:

—Ahora, Della, a descansar.

El avión se puso suavemente en movimiento, deteniéndose por unos instantes. Rugieron los motores. Después, de pronto, el aparato salió disparado, separándose del suelo y ganando velocidad progresivamente.

Mason dormía todavía cuando el avión inició el descenso para aterrizar en El Paso.

Della Street le tocó con el codo.

—Estamos llegando, jefe.

Mason abrió los ojos, moviendo la cabeza varias veces.

—¡Uf! —exclamó sonriente—. Gracias, Della.

—Bueno, jefe —inquirió la joven—, si la policía puede demostrar que Selma Anson compró su pasaje, viajando con nombre supuesto, nombre que a lo peor ha utilizado para alojarse en algún hotel de El Paso, ¿qué es lo que nosotros podemos hacer?

—Tendremos que recurrir al ingenio, Della. En fin de cuentas, nosotros no sabemos que está aquí. Puede haber continuado viaje hasta Méjico. Puede haber tomado otro avión que se dirigiera al Este, o al Norte… Incluso podría ser que se hubiera encaminado a Las Vegas…

—Bueno, ya se le ocurrirá algo. Suele dar siempre con alguna salida en estas situaciones.

—Esperemos que esta vez no falle —repuso Mason—. Un buen abogado debe estar dispuesto siempre a enfrentarse con lo inesperado.

Las ruedas del tren de aterrizaje del avión entraron en contacto

con el cemento de la pista.

Mason indicó a Della:

—Localice un teléfono lo antes posible, Della. Utilice una de sus cartas de crédito y llame a Paul Drake. Hablaré con él en cuanto conteste.

Della Street hizo un gesto afirmativo, levantándose. Tan pronto bajó por la escalera de acceso del avión, se dirigió a buen paso a las cabinas telefónicas.

Mason, portador de su cartera, la siguió de lejos. No tuvo que esperar más de un minuto ante la cabina en que había entrado su secretaria.

Della Street le hizo por fin una seña. Abrió la puerta del estrecho recinto y alargó el microrreceptor a Mason.

—Aquí tiene a Paul —se limitó a decir.

—Hola, Paul. ¿Qué hay de nuevo?

—¿Están en El Paso?

—Sí.

—El sujeto se encuentra ahí. Evidentemente, leyó el nombre que figuraba en el pasaje: Helen Ebb. Se dirigió al Hotel Paso del Norte, donde se inscribió con aquél. Así pues, ahora es Helen Ebb, de Los Ángeles. En estos instantes se encuentra en su habitación. Uno de mis colaboradores está pendiente de sus movimientos.

Mason contestó:

—Magnífico, Paul. ¿Está en comunicación constante con ese hombre?

—Prácticamente, sí.

—Bueno, pues va a decirle en cuanto pueda que abandone esa labor. Dígale que se vuelva a casa. ¿Cuál es el número de la habitación que ocupa esa señora?

—Es la 14-27.

—¿Ha saboreado ya sus bocadillos?

—Todavía no he pensado en ellos… La verdad es que no tengo apetito. Son ya muchos bocadillos de carne picada.

—Bien. Abandone su puesto de vigilancia, salga del despacho y disfrute de una cena en regla. Voy a tomar las riendas del caso.

Capítulo 9

Mason mantuvo la puerta abierta para que pasara Della Street. Los dos se adentraron por el vestíbulo del Hotel Paso del Norte.

—Echaremos primeramente un vistazo por aquí —dijo el abogado.

De vez en cuando, Mason hacía algún comentario.

—Éste es un hotel pensado para ganaderos. Entre estas paredes se han vendido reses en cantidades suficientes para tener al mundo abastecido de carne durante algún tiempo. Todos los ganaderos más famosos han estado aquí en alguna ocasión, cerrando tratos, buscando nuevos mercados.

»Los ganaderos solían hacer de las suyas por aquí. En cierta ocasión, uno muy conocido compró en Juárez un gato montés, con el que pasó la frontera después de haberlo acomodado en una jaula. Más tarde, pensando serenamente en su adquisición, disipados los vapores del alcohol, decidió que él andaba necesitado del gato en la misma medida que una bicicleta, por ejemplo. Sacó sus cosas de la habitación, le abrió la puerta de la jaula y se fue.

»Ya no volvió a saber del animal… hasta que regresó aquí, unos meses después, para comprar una partida de ganado. La administración del hotel agregó a su factura personal una cantidad de tres cifras en concepto de «daños causados por el gato montés». El ganadero no pestañeó, no formuló una sola pregunta. Se limitó, simplemente, a extender un cheque por el importe de la factura.

—¿Y qué es lo que andamos buscando por aquí? —preguntó Della Street.

—Un poco de inspiración —repuso Mason—. Tenemos que…

Se interrumpió al escuchar una estruendosa salva de aplausos, a no mucha distancia del lugar donde se encontraban.

Mason abordó a uno de los empleados del establecimiento.

—¿Se celebra aquí alguna convención? —quiso saber.

El empleado sonrió, moviendo la cabeza.

—No se trata de eso, precisamente, si es que alude usted a esos aplausos.

—¿Qué es, pues?

—Un banquete.

—¿Quién lo da?

—El Club de la Amistad Internacional. Está formado por destacados hombres de negocios, de este lado de la frontera, unidos a otros de Juárez, en la parte opuesta. De vez en cuando, unos y otros se reúnen para cenar, intercambiar ideas y pronunciar unos cuantos discursos.

—Es el club que yo estaba buscando. No sabía dónde acostumbraban a reunirse.

—Pues se reúnen siempre aquí, en este hotel.

—Muchísimas gracias —dijo Mason.

Haciendo un gesto dirigido a Della Street, los dos se encaminaron a uno de los ascensores.

Mason se orientó. Por fin, tras haber localizado la habitación que Selma Anson ocupaba con el nombre de Helen Ebb, llamó a la puerta de la misma.

Por un momento, no se oyó nada dentro. Mason llamó de nuevo, esta vez con más fuerza.

La voz de Selma Anson, al otro lado de la puerta, sonó atemorizada.

—¿Quién es?

—Perry Mason —respondió el abogado—. Abra.

La mujer obedeció. Plantada en el umbral, observó con sobresaltados ojos al abogado y a su secretaria.

Mason entró en la habitación, cerrando la puerta de un puntapié en cuanto le hubo seguido Della Street. Entonces, preguntó a Selma Anson:

—¿A qué viene todo esto, señora Anson?

—No… no puedo decírselo.

—Usted va a explicarse con todo detalle ahora mismo. De lo contrario, ya puede buscarse otro abogado. Y si ha hecho lo que yo pienso ahora que hizo, ese otro abogado va a servirle de poco. Le valdrá únicamente para aliviarle del peso de algún dinero.

—¿Qué cree usted que hice yo?

—Creo que usted, de momento, intenta huir.

Ella hizo un gesto negativo.

—Yo no huyo… Me propongo, sencillamente, desaparecer.

—No la entiendo.

—Sostuve una conversación con alguien que se halla en condiciones de poder causarme mucho daño, si quiere. Llegamos a un acuerdo… Me he comprometido a ausentarme de la ciudad por cierto período de tiempo, permaneciendo donde nadie pudiera encontrarme…

Mason interrumpió a la señora Anson.

—Usted fue a ver a George Findlay. Él le dijo que prácticamente la tenía en sus manos. A él le tenía sin cuidado el asunto de la muerte de su marido; le daba igual lo que pudiera suceder con su póliza de seguros… Lo que a Findlay le interesaba era que Delane Arlington no fuese al matrimonio.

»Añadió que si usted se quitaba de en medio, instalándose donde nadie pudiera encontrarla, que si se marchaba de la ciudad, alejándose de ella por un período determinado de tiempo, interrumpiendo su relación con Delane Arlington, él la ayudaría a solucionar sus problemas. De otro modo, se apresuraría a revelar a la policía algo que podía causarle grave daño.

Mason indicó una silla a Della Street, sentándose él en el borde del lecho. La señora Anson se dejó caer sobre una silla de recto respaldo, como si sus piernas, de repente, se hubiesen negado a sostenerla.

—¿Cómo… cómo sabe usted todo esto?

—Cualquier abogado mediocre sería capaz de adivinarlo a poco que reflexionase —manifestó Mason—. Usted visitó su banco, del que sacó una cantidad de dinero. Seguidamente, fue a ver a George Findlay. El mismo taxi que utilizó para ir a su casa la trasladó al aeropuerto. No intentó tomar ningún avión determinado, que volase a un sitio previamente pensado. Simplemente, buscó uno que estuviese en aquellos instantes cargando pasaje.

»El avión en que usted se fijó iba a dirigirse a El Paso. Automáticamente, El Paso fue su lugar de destino. Se trataba de la primera etapa de su viaje, el que le iba a permitir desaparecer, quitarse de en medio.

»Inspeccionó los rostros de los pasajeros y dio con una joven. Tuvo la impresión de que ella podía aceptar su propuesta. Usted le ofreció ciento cincuenta dólares sobre el precio de su billete. Le dijo que podía tomar otro avión que saliera más tarde. La joven decidió aprovechar aquella ocasión que se le deparaba de ganar fácilmente un puñado de dólares.

»Esa mujer se llamaba Helen Ebb. A continuación, decidió que este nombre podía hacerle el mismo papel que otro cualquiera para sus propósitos.

»Una vez en tierra, tomó un taxi, viniendo a este hotel. No llevaba ningún equipaje. Probablemente, declaró en el servicio de recepción que su equipaje llegaría aquí en otro avión. Pensó en ir de compras mañana, para procurarse las cosas necesarias. Luego, iniciaría la segunda etapa de su desplazamiento, rumbo a Méjico, a Sudamérica, quizá. Se proponía seguir al pie de la letra las cláusulas del trato hecho.

»George Findlay intentó hacerle una mala jugada desde el principio. No había hecho usted más que salir de la ciudad cuando el hombre llamó a la policía, comunicándole que, según pensaba él, usted había decidido huir.

»Le diré, para que esté informada, que dentro de California la huida constituye una prueba de culpabilidad. Esta prueba es válida en un proceso de tipo criminal, pudiendo ser esgrimida contra la persona acusada.

»Se ha lanzado hacia los brazos de sus enemigos. Ha dado usted al fiscal del distrito un motivo justificado para que actúe en contra de sus intereses.

—¡Por el amor de Dios! ¿Cómo ha sabido usted todo esto? —preguntó la señora Anson.

Mason se desentendió de la pregunta.

—Lo que yo quiero saber ahora es cuánto dinero sacó usted del banco.

—Sesenta mil dólares.

—¿En billetes grandes?

—En billetes de a cien dólares.

—Deme dos mil —dijo Mason—. No los volverá a ver, téngalo en cuenta. Voy a intentar sacarla del atolladero. Della Street le hará compañía hasta que yo regrese. Estaré ausente de veinte a treinta

minutos.

—¿Qué va usted a hacer?

—Le he dicho que voy a intentar sacarla del atolladero.

—¿Se trata de algún soborno?

—No diga tonterías —repuso Mason—. Soy un funcionario de la Corte de Justicia. Estoy obligado a comportarme en todo momento de un modo correcto. Ahí abajo se encuentran los miembros de un club internacional. Espero localizar entre ellos algún periodista. También espero que el que yo encuentre, resulte ser razonablemente inteligente.

Mason consultó su reloj.

—Vamos apretados de tiempo —dijo—. Deme esos dos mil dólares.

Selma Anson abrió su bolso, casi rebosante de billetes y contó la cantidad pedida.

—Espéreme aquí, Della.

Mason abrió la puerta, perdiéndose en el pasillo.

Selma Anson preguntó a Della Street:

—¿Qué es lo que se propone hacer?

Della Street movió la cabeza, contestando:

—A mí me parece que dentro de poco va usted a ser entrevistada por la prensa. Es conveniente que cambie de aspecto levemente. Lávese la cara con agua fresca y maquíllese de un modo discreto. Pediremos al bar algo de beber. Cuando el señor Mason esté de vuelta todo se encontrará en orden.

Capítulo 10

Mason preguntó a uno de los empleados del hotel:

—¿Dónde se celebra esa reunión de los miembros del Club de la Amistad Internacional?

—Están en el comedor, en una de las habitaciones anexas. Abra esa puerta y siga hacia la izquierda.

—¿Hay algún representante de la prensa?

—Sí. Han venido dos reporteros. Bueno, me parece que uno de ellos se ha ido ya…

—Gracias.

Mason entró a los pocos momentos en una estancia en la que habría unas setenta y cinco personas. Uno de aquellos hombres, puesto en pie, pronunciaba en aquellos instantes un discurso sobre el tema de las relaciones internacionales.

El abogado se plantó en uno de los rincones de la sala, esperando a que el orador terminara de hablar. Sus palabras fueron acogidas con muchos aplausos. Mason se fijó en un hombre que parecía llevar allí la dirección del acto. Acercóse a él, diciéndole:

—Me llamo Mason. Soy abogado y ejerzo en Los Ángeles. Me esforcé por llegar aquí antes, pero resulta que perdí mi avión. Tengo que hacer una comunicación importante a estos señores. No necesitaré más de cinco minutos.

—¿Es usted el señor Perry Mason?

—En efecto.

El rostro del hombre se iluminó.

—He oído hablar mucho de usted. Para mí es un gran placer conocerle.

Seguidamente, levantó una mano, imponiendo silencio. Después, se acercó al micrófono, diciendo:

—Caballeros: quiero presentarles a un abogado de Los Ángeles

que trae un importante mensaje para nosotros. Creo que todos ustedes habrán oído hablar de Perry Mason, el famoso Perry Mason. El señor Mason se había propuesto llegar aquí antes, pero por haber tenido que ocuparse de ciertas cuestiones en su despacho perdió su avión viéndose obligado a tomar otro que salió más tarde. Me ha pedido que le disculpe ante los miembros de esta organización, y que no necesitará más de cinco minutos para darnos cuenta del motivo de su visita.

El orador se volvió extendiendo un brazo para señalar al abogado.

—Caballeros: ¡ante ustedes, nada más ni nacía menos que Perry Mason!

Mason fue acogido con una entusiasta salva de aplausos. Uno de los que tomaban parte en el banquete se puso en pie y después fueron levantándose sucesivamente los demás. Se produjo una ensordecedora ovación.

Cuando el abogado, siempre sonriente, hubo conseguido que todos se sentaran de nuevo, manifestó:

—Caballeros: voy a ser muy breve. He de referirme a una de mis clientes de Los Ángeles, quien no quiere que sea revelada su identidad. Ha tomado, al efecto, muchas precauciones. Puedo decirles que ha venido a esta ciudad utilizando un nombre supuesto, incluso. Es cliente mía, como ya he dicho, y me ha pedido que en esta ocasión sea su portavoz.

»Mi cliente piensa que el futuro de la Humanidad depende en gran parte de la comprensión existente entre las diversas comunidades mundiales.

»Estamos llegando a una etapa de plena colaboración internacional. La fuerza es un elemento tan destructor que pronto será abolida. La amistad internacional y la mutua comprensión desterrarán de la faz de nuestro planeta el egoísmo mezquino con que las naciones forjaron sus mutuas relaciones en el pasado.

»Mi cliente ha realizado un estudio relativo a las diversas organizaciones que están contribuyendo extensa e intensamente al desarrollo de la anhelada comprensión internacional. Y ha decidido, caballeros, que ustedes han dado al problema un enfoque sumamente atinado.

»Para abreviar, les diré, caballeros, que mi cliente me ha pedido

que mantenga su nombre en el secreto. He de referirme a ella, simplemente, como la señora Anónima. Me ha pedido también que en su nombre haga entrega a ustedes de la suma de dos mil dólares. Esta cantidad puede ser aplicada a un presupuesto publicitario, a una campaña planeada para lograr la divulgación de sus ideas. También está conforme ella con que sirva para sufragar gastos de la organización. Por consiguiente, es para mí un placer proceder a la entrega de ese dinero.

Mason sacó los billetes de uno de los bolsillos interiores de su chaqueta, poniéndose a contarlos.

Durante unos segundos reinó allí un silencio absoluto. Luego, espontánea, sonó una nueva salva de aplausos. Los comensales se pusieron otra vez en pie.

Mason sonrió, inclinando la cabeza en una ligera reverencia. A continuación, se apartó de la mesa.

—¡Un momento, un momento! —rogó el maestro de ceremonias de la reunión—. Señor Mason: queremos darle las gracias. Queremos redactar una comunicación…

—No tienen por qué dármelas —replicó Mason—. Agradezcan el donativo a la señora Anónima. Y si ustedes desean redactar una comunicación que ella pueda leer en la prensa estoy seguro de que le proporcionarán una gran satisfacción. Ahora bien, quizá se da ya por suficientemente compensado con la ocasión que le han deparado de participar modestamente en sus actividades.

»Sucede ahora, señores, que mi cliente y yo tenemos que hablar de cuestiones muy importantes, relativas a sus donaciones a otras entidades filantrópicas. Por tal motivo, he de retirarme ya, pues lo más probable es que nos esté aguardando.

Mason hizo otra reverencia y levantó un brazo, en un ademán de saludo que abarcaba a todos los presentes. Seguidamente, abandonó la estancia en medio de otra atronadora ovación.

El abogado vaciló un momento al entrar de nuevo en el vestíbulo del hotel. Por el rabillo del ojo vio un hombre que acababa de abandonar como él la salita en que se celebraba el banquete. Mason consultó su reloj, como si se hallara pendiente de una hora previamente fijada.

Se acercó al servicio de recepción.

—Helen Ebb se encuentra en la habitación 14-27. ¿Quiere usted

hacerme el favor de telefonearle, diciéndole que Perry Mason va para arriba?

El empleado del hotel asintió, alcanzando el teléfono.

Mason subió en el ascensor. Deslizóse por el corredor, hacia la habitación de Selma Anson. Llamó suavemente a la puerta y le abrieron la misma inmediatamente.

—Voy a proceder con toda rapidez —dijo Mason—. No disponemos de tiempo para realizar ensayos. Usted, señora Anson, va a ser entrevistada por un periodista. Tiene que mostrarse muy enojada por el hecho de que hayan dado con usted. Tendrá que dejarme ser la voz cantante. Procure seguirme, sencillamente.

»Es usted una mujer muy rica, de Los Ángeles. Se interesa mucho por la promoción de la amistad internacional. Vino aquí esta noche con el único propósito de entregar por mi mediación un donativo al Club de la Amistad Internacional, sin dar a conocer su nombre…

Alguien llamó con los nudillos a la puerta.

Mason abrió.

Un sonriente y bien vestido joven, de poco más de treinta años, preguntó:

—¿El señor Mason?

Mason fingió una gran sorpresa.

—¿Cómo? Sí, sí, desde luego.

—Soy Bill Pickens, del *Chronicle* —dijo el visitante, tendiéndole la mano.

Mason vaciló un momento, pero se la estrechó.

—Encantado de conocerle, señor Pickens —contestó.

—Me encontraba hace unos instantes abajo, entre los miembros del Club de la Amistad, y deseaba formularle unas preguntas. ¿Puedo entrar?

—Preferiría hablar con usted más tarde. Yo…

—Es que ando algo apremiado de tiempo y se trata de algo importante —insistió Pickens.

El joven entró en la habitación, dirigiéndose a las dos mujeres.

—Me llamo Pickens. Les ruego que me perdonen por esta interrupción. Soy reportero del *Chronicle* y no dispongo de todo el tiempo que deseara.

Della Street sonrió, asintiendo. Pickens la estudió por un

momento, mirando luego a Selma Anson.

—Ya sé que desea usted permanecer en el anónimo —declaró—. Ha dado usted abajo el nombre de Helen Ebb. ¿Es realmente el suyo?

Medió Mason:

—Bueno, un momento, un momento, señor Pickens. ¿Qué significa esto?

Pickens repuso:

—Se trata de una entrevista que quiere llevar a cabo un reportero. Puedo asegurarle, señor Mason, que voy a hacer todo lo que sea posible para colaborar con usted… si usted a su vez, accede a colaborar conmigo.

Mason objetó:

—He aquí algo que no habíamos previsto.

Pickens sonrió.

—En fin de cuentas, señor Mason, yo soy un periodista. Voy tras una buena información y, como usted sabe, este tipo de trabajos tienen una gran aceptación en las agencias. El dinero que los reporteros locales conseguimos así sirve para engrosar nuestros mermados haberes.

»Estas reuniones del Club de la Amistad Internacional vienen a ser siempre lo mismo: hay en ellas muchos discursitos, cortados por el mismo patrón, muchos aplausos, numerosas frases de agradecimiento…, pero nada novedoso, nada que sirva para componer una información de interés.

»Llega usted de pronto y refiere algo que se aparta de lo corriente y moliente. Lo que yo pretendo conseguir puedo lograrlo directamente, sin grandes esfuerzos, o dando algunos rodeos, valiéndome de mis relaciones. Si esta mujer se llama realmente Helen Ebb, no tendré más que acercarme a un teléfono para averiguar lo que quiera sobre ella dentro de media hora. Si viaja con nombre supuesto, desearía conocer su verdadera identidad. En fin de cuentas, ésta es una información que tiene que ver con nuestra localidad y también con Los Ángeles. Si es de las buenas, si vale la pena, como yo creo, la cederé a una agencia de prensa.

»He aquí una mujer que se interesa por los intercambios amistosos de tipo internacional. Es importante detallar sus ideas. Está empeñada en permanecer en el anónimo. Y entonces contrata

los servicios de un reputado abogado de Los Ángeles, quien hace un presente en su nombre.

Pickens se volvió hacia Della Street, diciendo:

—Supongo que usted, en una forma u otra, se halla relacionada con Helen Ebb. ¿Es así?

Della miró a Mason.

Mason denegó con un movimiento de cabeza, manifestando:

—Esta señorita es Della Street, mi secretaria de confianza.

Pickens dijo:

—Si usted tiene la amabilidad de presentarme a Helen Ebb, dándome a conocer su verdadero nombre, nos ahorraremos tiempo y molestias.

Mason suspiró:

—Conforme. Le presento a la señora Selma Anson, de Los Ángeles. Creo, señora, que obré con cierta torpeza en este caso. No pensé que podía haber algún periodista en ese banquete… Bien. La cosa es inevitable. Hemos de aceptar la nueva situación, sin más remedio.

Selma Anson levantó la cabeza, serena, contestando:

—No sé por qué razón he de declarar nada… Después de todo, usted, señor Mason, me aseguró que…

—Lo sé, lo sé —la atajó el abogado—. Nos enfrentamos con ciertos hechos, señora. Evidentemente, formulándonos reproches no conseguiremos cambiarlos.

Pickens sonrió, tranquilizador.

—El señor Mason tiene razón, señora Anson. Cuando una cosa se divulga hay que pensar en la clase de publicidad que uno desea. Puede ser buena o puede ser no tan buena, mala incluso…

—¿Supone eso una amenaza? —preguntó ella.

—¡Desde luego que no! —exclamó Mason—. El señor Pickens se ha limitado a aludir algo bastante real en la vida.

El abogado se volvió hacia el reportero.

—Puedo decirle a usted esto, señor Pickens: nos pusimos en marcha en Los Ángeles. La señora Anson heredó algún dinero recientemente y tenía una lista de proyectos que deseaba llevar a cabo. Se interesa muchísimo por la cuestión de las relaciones, aparte de otras cosas.

Pickens sacó papel de un bolsillo de su americana y un

bolígrafo, comenzando a tomar notas.

—¿En qué consisten? —preguntó.

—En qué consiste… ¿qué?

—Los otros proyectos.

Mason movió la cabeza.

—Usted nos ha descubierto por lo que respecta a esta donación, Pickens, pero no debe pensar en hacer una prematura revelación que anularía el efecto que la señora Anson desea crear. En otras palabras, no pensamos facilitarle los detalles de los otros proyectos.

—¿Puede decirme cuántos son al menos?

—Hay algo así como media docena…

—¿Y se proponen hacer otras donaciones?

—Muy sustanciosas. En metálico.

—¿Continuará la señora Anson en el anónimo?

—Haremos cuanto esté en nuestras manos para que su identidad no pueda ser descubierta. Lo que ella pretende es que me presente ante las personas que rigen determinadas obras con el fin de efectuar las correspondientes donaciones en su nombre, exactamente igual que he procedido esta noche con los miembros del Club de la Amistad Internacional.

Pickens respondió:

—Todo eso es muy digno de elogio. Puedo asegurarle que nosotros apreciamos en lo que vale su aportación. Bueno, ¿qué puede decirme en cuanto a datos personales de la señora Anson?

—La señora Anson es viuda. Su esposo murió de repente y ella cobró el importe de una póliza de seguros, una suma elevada. He de notificarle que la señora Anson es una mujer de negocios muy experta. Invirtió sus fondos atinadamente e incrementó el dinero heredado de su marido.

—¿Se me permite que diga que es una mujer rica?

Mason hizo un gesto afirmativo.

—Esto es estupendo —comentó Pickens—. ¿Puede decirme algo más en relación con sus deseos de mantenerse en el anónimo? En fin de cuentas, presentarse en El Paso venía a ser como darse a conocer a todos.

—En circunstancias ordinarias, sí. Ahora bien, la señora Anson tomó sus precauciones. Localizó a una mujer llamada Helen Ebb, quien se disponía a subir a un avión que se dirigía aquí. Entregó a

Helen Ebb unos dólares, bastantes, a cambio de su pasaje, presentándose en este lugar sin más.

—Hablemos de usted —propuso Pickens a Mason.

El abogado hizo una mueca.

—La señora Anson creyó que ella, por sí misma, podría efectuar la donación sin que nadie la localizara.

Mason se volvió hacia Selma Anson, preguntándole:

—¿Qué quería usted hacer, señora Anson? ¿Deseaba valerse de un intermediario de por aquí?

Ella sonrió.

—Tenía mis planes y creo que habrían resultado satisfactorios.

Mason dijo:

—Tan pronto me enteré de lo que mi cliente llevaba entre manos comprendí que, inevitablemente, todo sería aireado. En consecuencia, tomé un avión, presentándome aquí para comunicarle cómo, a mi juicio, debía ser organizado todo.

Pickens se guardó sus papeles, estrechando la mano de Mason.

—Me parece que se trata de una buena información.

—¿Por qué piensa así? —preguntó el abogado—. Después de todo, aquí no hay más que una generosa donación efectuada por una mujer rica.

—¿Que por qué pienso así? —inquirió a su vez Pickens—. Espere a leer el *Chronicle* de mañana por la mañana. Esta información justifica unos titulares llamativos. Voy a anticipárselos: «El reportero del *Chronicle* vence a Perry Mason en un difícil encuentro».

Mason parpadeó visiblemente.

—Lo que yo escriba no le perjudicará nada, por supuesto. He hablado de los titulares. La información en sí será otra cosa. Abordaré la historia desde el punto de vista de Helen Ebb y me referiré con detalle a Selma Anson y a sus maravillosas ideas sobre la mejora de las relaciones internacionales, aludiendo a sus sentimientos con respecto a Méjico y Estados Unidos.

—No ha hablado con ella de eso —objetó el abogado.

—No hace falta —replicó Pickens—. El donativo de dos mil dólares de la señora Anson justifica mi información, con todo lo demás. Muy agradecido y buenas noches.

Pickens abrió la puerta, dedicó una cordial sonrisa a los tres,

Selma Anson, Della Street y Perry Mason, y se perdió en el pasillo.

La señora Anson se volvió hacia el abogado.

—¿Y ahora qué? —inquirió.

—Ahora va usted a acostarse. Hay que descansar. Volveremos a vernos mañana por la mañana.

Capítulo 11

Mason, que llevaba bajo un brazo un periódico plegado, entró en el comedor, consultó su reloj de pulsera, dio un bostezo y tomó asiento frente a una mesa para todos.

—Espero a mi secretaria —dijo a la camarera—. Hice una llamada telefónica a su habitación y me contestó que estaría lista para la hora del desayuno.

Nuevamente, el abogado se estiró, bostezando.

—Haga el favor de traerme jugo de tomate y café. Pediremos lo demás dentro de unos minutos.

La camarera asintió, retirándose.

Mason, con aire muy natural, desplegó el periódico.

Una voz junto a él exclamó:

—¡Vaya! ¡Esto sí que es una sorpresa!

Mason levantó la vista, contemplando los recelosos ojos del teniente Tragg, de la Brigada de Investigación Criminal de Los Ángeles.

—¡Santo Dios! —dijo el abogado—. ¿Qué hace usted aquí?

—Soy yo quien ha de formular las preguntas —manifestó Tragg —. La primera es ésta: ¿qué hace usted aquí?

—¿Que es usted quien formula las preguntas? ¿Qué demonios cree usted que es esto? ¿Un caso criminal?

—Exactamente, sí, señor: un caso criminal.

—¿Bromea acaso?

—Nunca hablé más seriamente.

Se presentó la camarera con el jugo de tomate y el café.

—¿Puede usted traer otra silla para el teniente Tragg? —preguntó Mason—. ¿O quiere que nos traslademos a otra mesa?

—No se moleste —medió Tragg—. Me encuentro aquí en compañía de uno de los detectives del servicio policíaco de El Paso.

Tan pronto desayune, vamos a visitar a una mujer que se encuentra también en este hotel, una fugitiva de la justicia de California, a mi entender.

—¿Tan pronto desayune?

—Ciertamente —replicó Tragg—. He tenido que pasarme la noche entera viajando para hallarme ahora aquí y antes de ponerme a trabajar necesito calentarme el estómago con un poco de café y algo más. Sid Russell, de los servicios policíacos de El Paso, me esperaba en el aeropuerto. Inmediatamente, pusimos la habitación que nos interesa bajo vigilancia. Así está desde las seis de la mañana, para que nuestra presa no pueda escapar.

—No sabía que tenía usted asuntos oficiales que atender en esta población. En tales circunstancias, teniente, lo que debe hacer es unirse a mí, o quizás haya yo de unirme a ustedes.

Tragg vaciló.

—Será mejor lo segundo.

Mason alargó a la camarera un dólar.

—Siento molestarla. ¿Tendría inconveniente en trasladar lo mío a esa mesa para cuatro? La ocupan el teniente Tragg y su amigo y no tardará en bajar mi secretaria…

—Con mucho gusto —respondió la joven—. Y muchas gracias.

Tragg dejó caer su mano sobre el brazo de Mason más próximo a él, en un gesto casi oficial.

—Por aquí, Perry —dijo.

Tragg condujo al abogado hasta la mesa. El compañero del teniente los observaba con franca curiosidad.

—Detective Russell —dijo Tragg—: quiero presentarle a Perry Mason, abogado de Los Ángeles.

—¿El famoso Perry Mason? —preguntó Russell, poniéndose en pie.

—El famoso abogado, sí —repuso Tragg, con desgana—. Y cuando él aparece en cualquier parte es que va a haber sus más y sus menos en lo tocante a la aplicación de la ley. Va a desayunar con nosotros y nos explicará qué está haciendo en El Paso.

—¡Oh! No me está permitido eso, teniente —protestó Mason—. Después de todo, me encuentro aquí como abogado y he de guardar celosamente los secretos de los clientes.

—¿Tiene usted algún cliente aquí? —preguntó Tragg,

desconfiado.

Mason sonrió.

—Creo que me está sonsacando… Es un placer para mí conocerle, detective Russell. El teniente Tragg ha tenido la atención de invitarme a desayunar con ustedes y… ¡Vaya! Ya llega mi secretaria. ¿Me perdonan por un momento?

Tragg quería evitar que Mason tuviese ocasión de intercambiar unas palabras aparte con Della Street.

—¡Oh! Es estupendo poder ver también por aquí a Della… Le acompañaré, Perry, para saludarla.

Tragg avanzó junto a Perry Mason. Della se había plantado en la entrada, echando un vistazo a su alrededor.

Sus ojos se iluminaron al descubrir a Mason. Y luego miró asombrada al teniente.

—¡Bien, Della! —exclamó Tragg—. Bien venida a El Paso.

—Buenos días, teniente. ¿Está usted destinado aquí ahora?

—Sólo temporalmente, con motivo de un asunto oficial, claro —respondió Tragg—. Se trata de algo que es necesario poner en orden.

—En este hotel hay una persona de Los Ángeles —explicó Mason con toda naturalidad—. El teniente se interesa por ella.

—Sí, por supuesto —manifestó Tragg—. Y estoy empezando a considerar nuestro encuentro como una notable coincidencia.

Della Street se limitó a obsequiarle con una graciosa sonrisa.

—El teniente nos ha invitado a desayunar en su mesa —dijo Mason—. Será un sobrio refrigerio, me imagino.

—Desde luego —contestó el teniente—. A los regidores de nuestro Departamento no les agrada que andemos por los hoteles mostrándonos rumbosos con los abogados y sus secretarias. A menos, claro está, que se haga usted cargo de la cuenta, Perry.

—¿Por qué no? —preguntó Mason.

Los tres se acercaron a la mesa. Mason presentó al detective Russell a Della Street. Seguidamente, aproximó a su secretaria la silla para que tomara asiento.

La camarera seguía la escena con evidente interés.

Mason miró sonriente al teniente Tragg.

—¿Han pedido ustedes algo, ya?

—En efecto. Para empezar, solicité que nos trajeran café en

abundancia. Aquí está lo que queda. Y vienen de camino unos huevos fritos con jamón.

—¿Qué tal se encuentra, Della? —inquirió Mason.

—Magníficamente.

—¿Pedimos lo mismo?

—Yo quisiera empezar por un vaso de jugo de tomate —dijo Della—. Para luego, prefiero salchichas y huevos.

A los pocos minutos se presentó la camarera con lo pedido por Tragg y Sid Russell. Escuchó atentamente lo que le dijeron Mason y Della Street y se retiró.

—No tienen por qué esperarnos —manifestó Mason, dirigiéndose a los policías—. Echaré entretanto una mirada al periódico y después…

—Cuando hayamos terminado aquí, nosotros tenemos que ponernos a trabajar —le interrumpió Tragg.

—¿Alguna entrevista en perspectiva? —preguntó Mason.

—Una entrevista —contestó el teniente, lacónico.

Mason abrió el periódico, captó la mirada de Della Street y le hizo un imperceptible guiño. Pasó unas páginas y de repente se puso muy derecho en su silla.

—¡Cielos! —exclamó—. Aquel tipo ha escrito aquí lo que realmente nos anticipó.

—¿A quién se refiere usted? —inquirió Tragg.

—Al reportero, al columnista…

—Ese es el periódico de El Paso —señaló Russell.

—Cierto —repuso Mason—. La información está firmada por Bill Pickens. ¿Lo conoce?

—¿Qué si lo conozco? ¡De sobra! Bill Pickens es como una espina que yo llevara clavada en mi carne. Este individuo escribe todos los días en la prensa… Lleva una columna, hace reportajes en general y vende informaciones a las agencias. Es una buena persona, pero para mi gusto demasiado osado… y competente.

Tragg, lentamente, dejó sobre la mesa su cuchillo y su tenedor.

—¿Habla ahí de usted? —quiso saber.

—¡Ejem! Verá… Nos presentamos aquí con excesiva precipitación. Yo hice una donación a una sociedad en nombre de un cliente que sobre todas las cosas deseaba mantenerse en el anónimo. Temo haber subestimado la habilidad de este reportero.

Seguramente, me siguió, descubriendo la identidad de mi cliente. Eso lo ha echado todo a perder por lo que a ella respecta.

Tragg, escamado, preguntó ahora, espaciando las palabras:

—Por casualidad, Mason: ¿da ahí ese hombre el nombre de su cliente?

—Pues sí, ciertamente —replicó el abogado—. Figura aquí, en su trabajo. Habla de Selma Anson, una mujer de Los Ángeles que intentaba ocultar su verdadera identidad bajo el nombre de Helen Ebb, para ofrecer un donativo al Club de la Amistad Internacional, con el propósito de mejorar…

—Déjeme leer ese artículo —dijo Tragg, bruscamente, colocando a un lado su plato y arrebatando el periódico a Mason.

Tragg estuvo leyendo durante unos momentos la información. Luego, se colocó de manera que Russell pudiese a su vez leer por encima de uno de sus hombros.

—Fíjese en esto —murmuró.

Por espacio de varios minutos reinó un gran silencio. Finalmente, el teniente suspiró. Plegó el periódico y se lo devolvió a Mason. Russell comentó:

—No se puede subestimar a Bill Pickens.

—¡Diablos! ¿A qué viene eso? —replicó Tragg—. Mason no es *tan* estúpido. Puso un cebo a Pickens y éste se quedó enganchado en el anzuelo.

—Esa mujer, Selma Anson, ¿no es la que…? —preguntó Russell.

—Ella es, por supuesto —repuso Tragg con un gesto de cansancio.

—Creo que no llego a comprenderle del todo, teniente —declaró Mason, haciéndose cargo del periódico—. Pero, en fin, termine con su desayuno y después hablaremos. Me consta que está usted hambriento.

—Estaba hambriento —indicó Tragg—. Si se relaciona con usted, cualquier buen oficial de la policía puede llegar a perder el apetito.

—No lo entiendo —confesó Russell.

—Es muy sencillo —le explicó Tragg—. Selma Anson se siente presa del pánico y huye, utilizando otro nombre. Mason logra alcanzarla a tiempo. Cuando nuestro abogado da fin a sus personales gestiones, Selma Anson ya no es una persona que ha

puesto los pies en polvorosa, procurando evitar determinadas investigaciones policíacas… ¡Oh, no! Entonces es ya una filántropa, entregada a una labor de promoción de la amistad entre las naciones. Ella es extraordinariamente modesta y se propone permanecer en el anónimo.

—¿Hay algo anormal en eso? —inquirió Mason.

—Hay muchas cosas anormales —objetó el teniente—. Si intenta permanecer en el anónimo, ¿por qué se ha hospedado en este hotel? ¿Por qué no se limitó a hacerle entrega del dinero que deseaba regalar?

—Es que ésta es la primera de una serie de donaciones que tiene en perspectiva. Nos disponíamos a irnos de aquí para visitar otras ciudades, para asistir a otras reuniones. Yo la mantendría en un discreto segundo plano, pero ella quería tener la satisfacción de apreciar la gratitud de los regentes de las organizaciones favorecidas, deseaba recibir de mí, informes detallados e inmediatos. Todo eso es muy humano.

Tragg suspiró poniéndose el plato delante, de nuevo. En seguida empezó a comer.

—Engulliremos esto como sea, ya que voy a necesitar andar bien alimentado —comentó.

—¿Altera esto la situación planteada? —preguntó Russell, ingenuamente.

—¡Esto pone las cosas boca abajo! —explotó Tragg—. La mujer a quien queremos entrevistar es cliente de Mason. Y Mason está aquí. Nuestras posibilidades de conseguir algo provechoso en el transcurso de la entrevista son nulas, ya que él estará presente.

Intervino el abogado.

—¡Oh! Estoy seguro de que ella le hablará con la extensión que desee de sus caritativas donaciones. Por supuesto, no se le ocurra preguntarle los nombres de las entidades que resultarán favorecidas en el futuro. Eso acabaría con el factor sorpresa. Claro, el donativo hecho al Club de la Amistad Internacional es algo distinto. Se le ha dado publicidad y ya se puede hablar de él…

—Supongo —manifestó Tragg—, que se apresuró a tomar un taxi para dirigirse al aeropuerto de Los Ángeles, llegando aquí con nombre supuesto, ¿no?

Mason sonrió.

—Teniente —dijo—: ha llegado usted a conclusiones completamente erróneas. Ella no se presentó aquí ostentando un nombre supuesto.

—¡Diablos! —exclamó Tragg—. Ella ha dado aquí el de Helen Ebb.

—Pero ése no es un nombre *supuesto* —objetó el abogado—, sino *prestado*. Tuvo que usar el nombre de Helen Ebb porque compró un billete de avión en el que figuraba el mismo. De no haber subido al aparato con dicho nombre no habría podido efectuar el desplazamiento.

—En el libro de registro del hotel figuraba inscrita como Helen Ebb.

—Naturalmente —corroboró Mason—. Intentaba mantenerse en el anónimo para hacer su donación.

—¿Y no sería todo eso debido a que quería evitar ser interrogada por la policía de Los Ángeles, por lo cual había decidido huir?

—¿Y con qué motivo había de ser interrogada?

—Con motivo del asesinato de su esposo.

—¡Cielo santo! —exclamó Mason—. ¿De veras que han considerado seriamente la necesidad de interrogarla sobre la muerte de su marido?

—Pues claro que sí.

—Para eso no era necesario que efectuase un desplazamiento aéreo hasta El Paso, teniente. Todo lo que tenía usted que hacer era telefonearme y decirme que llevara a la oficina del fiscal del distrito a mi cliente, a la hora que mejor se le acomodara. Yo la hubiera acompañado muy a gusto hasta allí.

—¿Para contestar a las preguntas que nosotros le formuláramos?

—Naturalmente —repuso Mason—. Por descontado que en alguna ocasión habría aconsejado a mi cliente que se abstuviese de contestar. Mi obligación es velar por los derechos que le otorga nuestra Constitución. ¿Quiere que subamos a ver a la señora Anson cuando haya terminado de desayunar?

—Usted estará presente durante la entrevista, ¿no?

—Por supuesto.

—Estimo que eso representaría una lamentable pérdida de tiempo. Deme el periódico, por favor…

Mason entregó aquél al teniente.

Tragg se llevó a la boca una buena ración de jamón. Después, con la boca llena, extendió el diario ante él, iniciando su lectura.

Durante un momento continuó masticando lentamente. Luego, al concentrarse en lo que leía, dejó de mover sus mandíbulas…

Tragg dejó a un lado el periódico, tomando un sorbo de café para engullir lo que todavía le quedaba en la boca. Suspiró, diciendo:

—Dudo de que lo que podamos sacarle a la señora Anson nos compense de la molestia de tomar el ascensor.

—¿Le importa que lea eso de nuevo? —preguntó Russell.

Tragg le alargó el periódico.

El detective de El Paso releyó la información. Sus labios se distendieron lentamente en una sonrisa.

—Al parecer, Bill Pickens no encontró aquí más que molla…

—Exactamente —respondió Tragg—. Observe lo fácil que le resultó todo. El famoso abogado se presenta aquí, procedente de Los Ángeles; se introduce entre los asistentes a un banquete, donde hay también periodistas; emplea dos mil dólares para conseguir un espacio entre las páginas principales de un periódico… Luego, inocentemente, ¡oh!, muy inocentemente, abandona el comedor y va en busca de su cliente, la cual se esfuerza, muchísimo, desde luego, por permanecer en el anónimo.

Russell comentó:

—Leyendo a Bill Pickens no se me ha ocurrido ni por un momento enfocar así la cosa.

—Pues pruebe usted ahora a verla de ese modo —respondió Tragg, secamente—. Si fuésemos a ver a la señora Anson presenciaríamos una especie de comedia perfectamente ensayada, en la que los actores se saben al pie de la letra sus papeles. Mason habría sido un gran director de escena. Mal día para la justicia aquel en que Perry Mason quedó autorizado oficialmente para actuar ante sus tribunales.

—Vamos, vamos, teniente —manifestó Mason—. Yo siempre estuve del lado de la justicia. Siempre luché porque el inocente fuera puesto en libertad, porque el culpable recibiese el merecido castigo. ¿Qué más puede pedírsele a un buen abogado?

—Para empezar, unos métodos algo más ortodoxos.

La camarera sirvió a Della Street y Perry Mason sus desayunos. Éste le dijo:

—Tráigame la cuenta de los gastos de esta mesa, en su totalidad. Así pienso contribuir ahora al reforzamiento de la ley.

Tragg inquirió:

—¿Insiste usted en hallarse presente en todo momento si nos entrevistamos con la señora Anson?

—Ciertamente.

—¿Le permitirá que conteste a nuestras preguntas?

—A algunas, sí —repuso Mason—. Otras las contestaré yo en su nombre.

—¿Qué preguntas permitirá que conteste ella?

—Si usted le hace una pregunta sobre la muerte de su esposo que pueda perjudicarla, le diré que dé una respuesta negativa.

—En otras palabras: usted se mantendrá apostado junto a ella para echar un capote cuando haga falta.

—Yo no he dicho eso.

—Lo estoy diciendo yo.

—No me gusta contradecirle, teniente.

—¿Y después de la entrevista?

Mason extendió ambas manos despreocupadamente.

—Ya no hay por qué seguir adelante con nuestras caritativas donaciones. Gracias a este Bill Pickens la noticia se ha divulgado y, por supuesto, su historia será un argumento decisivo.

—¿Mi historia? ¿Qué quiere usted decir?

—¡Oh! Bill Pickens querrá seguir el hilo de este asunto —declaró Mason—. Y supongo que le sobra astucia para salirse con la suya. Hace unos momentos le vi asomarse al comedor. Evidentemente, preguntó por mí y el encargado le comunicó que me encontraba aquí. Querrá abordarme cuando salga y, como es de rigor, se lo presentaré. Por lo que aquí he oído decir, conoce a Russell… Pickens no tendrá que esforzarse mucho para relacionar unas cosas con otras, incluso en el caso de que no desee una entrevista posteriormente con Selma Anson.

»Ya ha visto lo que hizo: dio a la prensa una información conmigo relacionada que no quería yo que publicase… ¡Oh! Decididamente, éste va a ser un gran día para Bill Pickens.

Tragg dijo:

—Nosotros no queremos ninguna publicidad de momento.

—Comprendo su postura —replicó Mason, sonriendo.

El teniente volvió a suspirar.

—De acuerdo, Mason: usted gana esta mano. Pague la cuenta. Y dé a la chica una buena propina. Olvide lo relativo a Selma Anson. Siga su marcha y rodéese de una buena propaganda gracias a la prensa. Nosotros no podemos evitar esta jugada por su parte.

El teniente Tragg se volvió hacia el detective de El Paso.

—¿Estamos de acuerdo, Sid? —le preguntó.

—Estamos de acuerdo —manifestó Russell.

Apareció la camarera.

—¿Está todo en orden? —preguntó la joven.

—Lo está ahora —repuso Tragg—. Ponga en manos del señor Mason la cuenta. Lo más seguro es que reciba una buena propina, ya que acaba de cerrar un excelente trato.

Capítulo 12

Mason llamó nuevamente a la puerta de la habitación de Selma Anson.

—¿Quién es? —preguntó ella.

—Somos Perry Mason y Della Street.

Giró una llave en la cerradura, abriéndose la puerta.

Selma Anson, que daba muestras de hallarse muy cansada, dijo:

—Entren, por favor.

—¿Qué tal ha pasado la noche? —inquirió Mason.

—Muy mal —replicó Selma Anson—. Se me nota, ¿no?, a pesar del maquillaje…

Mason manifestó:

—El teniente Tragg, de la policía de Los Ángeles, se encuentra aquí, en El Paso. Trabaja en compañía de un detective de la localidad. Lo más probable es que intenten abordarla para sorprenderla en alguna contradicción.

»Invité al teniente Tragg a subir aquí, para que la interrogara en presencia mía. No quiso saber nada de esto. Bueno, hay lo siguiente: si él u otra persona vinieran a verla hallándome yo ausente, limítese a decir que ha recibido instrucciones concretas de su abogado, señor Mason, quien le ha prohibido que se someta a interrogatorios no controlados por él. ¿Lo hará usted así?

—Desde luego. Pero, señor Mason, ¿a dónde vamos a ir a parar con todo este asunto? ¿Qué será de mí?

—¿Qué quiere usted decir?

—Pienso en esta historia, en nuestro juego con la policía. Mi vida ha sido destrozada ya. Que me detengan si eso es lo que ellos desean. Acabemos de una vez…

—Dice usted que su vida ha sido destrozada… No la entiendo, francamente —declaró Mason.

—Bueno, yo…

—Siga, siga —la apremió Mason, al observar que la señora Anson vacilaba.

—Pues sí, me siento destrozada…

—Fue usted quien hizo cuanto estaba en su mano para ponerse en un serio aprieto. Visitó a George Findlay. Él le dijo que sabía algo que sería su ruina. Quiso usted comprar su silencio con su huida.

»Todos conocemos los móviles de George Findlay. Se propone casarse con Mildred Arlington. A la muerte del tío de ésta proyecta abandonar toda actividad para darse al ocio, a la buena vida. Quiere viajar por todo el mundo, viviendo del dinero que herede su esposa.

»Llega usted y Delane Arlington se enamora. La cosa está clara para el espectador imparcial que se fija en lo que sucede desde fuera del campo de juego. Findlay tiene intereses que están en peligro.

»Findlay, entonces, forja un plan. Y lo más probable es que Mildred Arlington, con quien él desea casarse, ande metida en el mismo.

»Posteriormente, forjan esta ingenua fuga, covenciéndola para que no vuelva a ver más al tío de Mildred. A cambio de ello, prometen dejarla en paz. Se ha portado usted como una necia, señora Anson.

—¿Por qué dice usted eso? —saltó ella—. Tenía muchas cosas que ganar y nada que perder.

—¿Nada que perder?

—¿Es que no lo ve? En las presentes circunstancias, ya no puedo volver a ver a Delane Arlington. Nunca daré ocasión para que sus intenciones se tornen serias. Jamás podrá proponerme el matrimonio. Nunca, nunca ya me casaré con él.

—¿Por qué?

—Cuestión de orgullo, quizá. Cuando esa gente haya terminado de emponzoñar su mente, nunca me abordará para proponerme que sea su esposa. Y, si a pesar de todo diese tal paso, quienes no me quieren no tardarían en envenenarlo con recelos, odios y perversos rumores. Jamás podría sobreponerse a tanta infamia.

—Lo que usted no comprende es que en realidad tiene mucho

que perder. Nada más salir de su casa, George Findlay hizo una llamada telefónica, probablemente anónima, a la policía. Diría a ésta que usted había resuelto huir de la ciudad porque abrigaba el temor de ser acusada de la muerte de su marido. De no haber intervenido yo, usted habría caído estúpidamente en esa trampa. La policía de Los Ángeles la habría localizado y a estas horas se encontraría en prisión, sospechosa de asesinato. Le comunicaré, para que lo sepa, que el teniente Tragg se encuentra aquí. Vino con ese fin. Fue la información que publicó el periódico de esta mañana lo que le ha desarmado.

—Le estoy agradecida por todo lo que usted ha hecho por mí.

—Procure demostrármelo —repuso Mason, muy severamente.

—¿Qué es lo que vamos a hacer ahora? —inquirió ella.

Mason se volvió hacia Della Street.

—Entérese de las salidas de aviones de hoy —ordenó el abogado a su secretaria.

Della Street se aproximó al teléfono.

Mason informó a la señora Anson:

—Vamos a regresar a Los Ángeles tan pronto consigamos los billetes correspondientes.

—¿Seré interrogada por la prensa cuando lleguemos allí?

—Probablemente.

—¿Qué es lo que debo decir a los periodistas?

—Usted limítese a sonreír y procure endosármelos. Bueno, ésta es una norma general para lo sucesivo… No diga nada a nadie a menos que yo se lo indique.

—Me tiene ya sin cuidado lo que pueda pasarme. De aquí en adelante, vivir me va a resultar algo muy penoso. He venido a darme cuenta de lo enamorada que estaba… cuando esto no tiene remedio.

—No se dé por vencida todavía —contestó Mason—. Hay situaciones en las cuales la mejor defensa es la contraofensiva. Nosotros vamos a iniciar una inmediatamente.

—¿Cómo?

—Deje la cuestión en mis manos. Lo que yo quiero saber ahora es si usted ha tenido algo que ver con la muerte de su esposo… Quiero la verdad, ¿eh?

—Se lo dije ya, señor Mason: yo no tuve nada que ver con su

muerte.

—Escúcheme con atención: si me está diciendo la verdad creo poder hacer algo en favor suyo. Ahora bien, si miente, lo mejor es que dejemos las cosas como están.

—No le he mentido.

—Míreme a los ojos —solicitó Mason.

La señora Anson miró al abogado sin parpadear.

—He de notificarle que si miente, si es culpable, lo que yo planeo equivale a un suicidio.

—Soy inocente.

—¿Me autoriza a actuar sobre tal base?

—Sí.

—¿Hasta el fin?

—Hasta el fin.

Della Street, desde el teléfono, dijo:

—Hay un avión que sale dentro de una hora. Podríamos cogerlo si nos apresuráramos.

—Pues vamos a apresurarnos —contestó Mason—. Gracias a Dios, no tenemos equipajes que preparar.

—Gracias a Dios… —comentó Della—. ¿Es que no se da cuenta de lo que significa obligar a una mujer a trasladarse a una distante ciudad sin más objetos de tocador que una cajita de polvos en su bolso?

Mason hizo caso omiso del comentario.

—Mientras pago abajo, ocúpese de buscar un taxi.

—¿Será posible que el teniente Tragg tome el mismo avión que nosotros para regresar a Los Ángeles?

—No es probable —declaró Mason—. Se pasó la noche en claro. Quería descansar un poco y echar un vistazo por la ciudad antes de emprender la vuelta. Le agradará charlar con algunos de sus colegas… En marcha.

Llegaron con tiempo al aeropuerto. Unos minutos más tarde, el gran avión «jet» en que viajaban sobrevolaba el valle del Río Grande. Habiendo cruzado el desierto, contemplaron el fértil valle de Arizona. Tras otra extensión desértica, el aparato inició el descenso. Desde Coachella, con su panorama de palmeras, se adentraron en las pobladas inmediaciones de Los Ángeles, con su denso tráfico.

Cuando Mason escoltaba a las dos mujeres, camino de una de las puertas de salida del aeropuerto, un fotógrafo le salió al encuentro.

—¿Es usted el señor Mason? —le preguntó el hombre.

—Sí.

—¿Le acompaña Selma Anson?

—Es una de esas mujeres, sí.

—¿Es cierto que la policía ha estado buscándola para interrogarla en relación con la muerte de su marido?

—¿Cómo quiere que sepa yo eso? —preguntó Mason—. No puedo leer en las mentes de los policías, lo mismo que —añadió sonriendo— ellos no pueden leer en la mía. Bueno, espero no equivocarme en este sentido, al menos.

—¿Podría tomar unas fotografías?

—Desde luego. ¿Dónde quiere hacerlas?

—Ahí, junto al avión, si no les importa —contestó el fotógrafo.

Este tomó un par de instantáneas con el avión al fondo.

—¿Puedo preguntarles dónde han estado? —dijo el reportero.

—¡No faltaba más! —exclamó Mason—. Creo que las agencias periodísticas han facilitado un detalle de nuestro desplazamiento. La señora Anson se trasladó a El Paso para hacer una donación, sin revelar su nombre, a un grupo de personas cuyos trabajos ha estado siguiendo de cerca durante algún tiempo.

»La señora Anson hizo todo lo posible por permanecer en el anónimo. Pero tropezamos con un hábil reportero del *Chronicle*, de El Paso, quien descubrió su identidad.

—¿No fueron ustedes interrogados por la policía de El Paso? —quiso saber el reportero.

Mason miró a Selma Anson.

—¿Fue usted interrogada por la policía? —le preguntó.

Ella movió la cabeza, denegando.

—Bien —dijo Mason—. Eso es todo.

—Quisiera ampliar mi información —insistió el reportero—. ¿Qué piensa usted hacer en lo tocante al deseo de la policía de interrogar a Selma Anson?

—¿Por qué quieren interrogarla? —inquirió Mason.

El reportero respondió:

—No puedo leer en las mentes de los policías, pero me figuro qué es lo que piensan: que conoce algo reservado acerca de la

muerte de su esposo.

—Le diré lo que voy a hacer —explicó Mason—. Le cederé unos datos en exclusiva si es capaz de sacar partido de ellos y redactar toda una información.

—A ver… Usted pruebe.

—La señora Anson se ha visto obligada a sufrir bastantes molestias hasta el presente. La compañía de seguros «Doble Indemnización Accidente y Vida» intenta recobrar el dinero que tuvo que pagar a la muerte de su esposo, William Harper Anson. Me consta que se ha insinuado por ahí que la señora Anson pudo haber envenenado a su marido.

»La señora Anson, la señorita Street y yo, vamos a subir a un taxi dentro de unos momentos.

»Antes de dirigirme a mi despacho voy a visitar a Duncan Harris Monroe con objeto de solicitar de él que adopte las medidas necesarias para interrogar a la señora Anson.

—¿Duncan Harris Monroe, ha dicho usted? —preguntó el reportero—. ¿Se refiere al hombre del detector de mentiras?

—No me gusta aludir a él con esas palabras —contestó Mason—. Prefiero considerar al señor Monroe un interrogador científico. Sé, desde luego, que se vale del polígrafo para llegar a determinadas conclusiones, exactamente igual que un médico utiliza el estetoscopio para establecer un diagnóstico.

»Desgraciadamente, el vulgo se refiere al polígrafo como un detector de mentiras. El público lo considera un instrumento que denuncia al que miente, señalándole como culpable. Lo que no todo el mundo sabe es que el principal propósito de la interrogación científica con el polígrafo es, o debe ser, establecer la inocencia.

»Voy a establecer la inocencia de Selma Anson. Voy a telefonear al representante de la compañía de seguros «Doble Indemnización Accidente y Vida», para preguntarle si desea estar presente.

—Pero, todo esto, ¿con qué objeto? —inquirió el reportero—. Jamás podrá usted utilizar tal cosa como prueba ante un tribunal.

—No tendré que valerme de eso ante ninguno de los tribunales de California —declaró Mason—. Dejaré que la acusación plantee su caso oficialmente y que demuestre la culpabilidad de Selma Anson más allá de toda razonable duda. Pero entretanto, por lo que al público respecta, demostraré que es inocente, que no ha cometido

ninguna acción censurable.

Selma Anson observaba a Mason atónita, boquiabierta.

—¿Quiere usted decir que va a echar toda la carne al asador?

—Sin la menor vacilación —replicó Mason—. Sé muy bien distinguir un cliente inocente de otro que no lo es.

—¿Se puede establecer la inocencia de una persona, así como su culpabilidad, a base de un examen mediante el polígrafo?

—Naturalmente que se puede —manifestó Mason—. Las probabilidades de que una mujer como la señora Anson logre engañar a un interrogador científico, que se valga de métodos modernos para descubrir la mentira, son nulas.

—La policía rechazará eso —objetó el reportero.

—Yo no pido que la policía lo acepte. Lo que sí deseo es que el público lector lo admita y le doy todas estas explicaciones con tal fin.

—No solemos hacerle ascos nunca a las informaciones interesantes. Ahora, existen determinados prejuicios contra esos detectores de mentiras.

—No los llame usted así… Ya le he dicho que nosotros no pretendemos detectar mentiras. Nosotros intentamos establecer la inocencia de una persona y vamos a hacerlo.

»El cuerpo humano está hecho de tal manera que reacciona ante ciertos estímulos externos. Usted habrá estado una noche cualquiera en una sala de fiestas, siguiendo la actuación de un humorista…

El reportero miró a Mason atentamente ahora. Parecía hallarse desconcertado por efecto de sus últimas palabras.

—Sí, he estado en más de una ocasión en esos lugares… Sin embargo, ¿qué tiene que ver…?

—¿Qué hacían los espectadores ante aquel actor?

—Reían.

—¿Vio usted alguna persona que estuviese seria?

—No miré a mi alrededor. Yo estaba riendo también.

—¿Le acompañaba alguien?

—Mi esposa.

—¿Qué hacía ella?

—Reía también.

—¿Y qué es la risa? —preguntó Mason—. La prueba de una emoción. Usted abre la boca, produciendo unos sonidos: ¡ja, ja, ja!

Su diafragma se estremece. Sus labios se repliegan y enseña los dientes. Sus hombros se agitan…

—¿Y qué tiene que ver todo eso con lo que hablábamos, con la detección de mentiras? —dijo el reportero.

—Quería decirle esto, simplemente: los seres humanos vienen a ser todos por el estilo. Cuando algo les agrada, sonríen. Cuando algo les entristece, se echan a llorar. La gente ríe dentro de los clubs nocturnos. Y llora en los funerales. Todos somos seres humanos. Todos experimentamos humanas emociones.

»Unas personas son más propensas que otras a demostrar sus emociones. Pero éstas no son comunes. Cuando se dice una mentira, se viven determinadas emociones. El embustero hábil es capaz de suprimirlas, de manera que dejan de ser visibles para los demás. Pero es imposible ocultar una alteración emocional si se está frente a una persona que es un examinador científico, que se ayude con el más moderno de los polígrafos. Para decir una mentira se requiere un esfuerzo mental, cosa que no ocurre cuando se dice una verdad.

—Los miembros de nuestros tribunales de justicia —puntualizó el reportero— fruncen el ceño cuando se habla de pruebas realizadas con el detector de mentiras y cosas por el estilo.

—Cierto —manifestó Mason—. Eso es lo que ocurre cuando se utiliza el polígrafo para establecer la culpabilidad de alguien. Y sigo deseando que deje de emplear ese nombre: «detector de mentiras». La nuestra va a ser una prueba científica, para determinar la inocencia de una persona, y si a usted no le interesa la presente información dígamelo ahora mismo, ya que supongo que habrá otros periódicos que…

—¡Cómo no va a interesarme! —exclamó el reportero—. ¡Santo Dios! ¡Pero si la conceptúo algo extraordinario! Sólo quería asegurarme de que me había hecho con todos los datos precisos para el reportaje. Un interrogatorio con el polígrafo…

—No se trata de eso, sino de un interrogatorio científico, en el transcurso del cual el interrogador va a valerse de un polígrafo —señaló el abogado.

»He de decir que ha habido una publicidad perjudicial en lo tocante a estos procedimientos. La policía se ha valido de tales interrogatorios para establecer culpabilidades. Algún avispado reportero llamó al polígrafo detector de mentiras al divulgarse la

existencia del mismo y este nombre se popularizó.

»No existe nada que pueda denominarse detector de mentiras. El polígrafo es un instrumento sumamente delicado que registra la resistencia de la piel, los latidos del corazón, la presión sanguínea, el ritmo de la respiración… En suma: toda alteración emocional.

»Lo que yo pretendo hacer es establecer la inocencia de Selma Anson. Voy a ver si consigo que pueda levantar la cabeza dignamente de nuevo, en medio de nuestra sociedad, acabando de una vez con todas las destructoras insinuaciones que han sido hechas sobre su persona y su comportamiento.

—Supongamos que el «test» demuestra que es culpable… —apuntó el reportero.

—Pues ya tiene ahí su información.

—No, no, nada de eso —respondió el reportero, dudoso—. Los miembros de nuestros tribunales de justicia acogen con enojo la publicación de confesiones de culpabilidad logradas con la ayuda del detector de mentiras. Es posible que esté usted intentando algo así como una maniobra muy, pero que muy inteligente…

—Explíquese —solicitó Mason.

—Si la prueba demuestra que Selma Anson es inocente, usted sobresaldrá sobre todo. Si esa prueba pone de relieve su culpabilidad y nosotros la divulgamos, usted se hallará en condiciones de exigir un cambio de jurado, como mínimo…

Mason contestó:

—Simplemente: mi cliente va a ser interrogada científicamente, para determinar su conducta en el caso que nos ocupa y su buena fe. Luego, si surge una persona que ponga en tela de juicio los resultados de ese interrogatorio, la invitaré a someterse a un «test» ante Monroe, para determinar también su buena fe, si es que las insinuaciones y acusaciones se formularon de tal talante.

—Bien, bien —dijo el reportero, añadiendo al cabo de un segundo—: ¿Y cuándo va a empezar todo esto?

—Inmediatamente —replicó Mason.

Capítulo 13

Ya en el despacho de Duncan Harris Monroe, Mason llevó a cabo las oportunas presentaciones, diciendo a continuación:

—Selma Anson estaba casada con William Harper Anson, quien le dejó al morir una póliza de seguros. Como circularon muchas insinuaciones para todos los gustos, la compañía «Doble Indemnización Accidente y Vida» realizó algunas investigaciones sobre aquella muerte. Se dio una orden de exhumación del cadáver. El forense descubrió la presencia en aquél de arsénico en cantidad suficiente para matar al finado. Al menos, eso es lo que la policía alega y a lo que se aferrará indudablemente, la compañía de seguros.

»No me interesa el polígrafo como instrumento para determinar la culpabilidad de una persona. No es ésta mi misión. Sin embargo, siento un gran respeto por él como aparato útil para determinar la inocencia de un ser humano. Yo creo que mi cliente es inocente. Y quiero que usted averigüe si mi apreciación es correcta.

El fotógrafo tomó algunas instantáneas mientras Mason pronunciaba este breve discurso.

Monroe preguntó al abogado:

—¿Por qué decidió recurrir a mí?

—Por el hecho de ser usted miembro de la *American Polygraph Association*; por su título universitario; por sus méritos como psicólogo, oficialmente reconocidos; por sus diez años de experiencia en materia de interrogación científica… Por añadidura, usted es un hombre que goza del máximo prestigio entre sus colegas.

»Y ahora, ¿se propone seguir adelante con este asunto?

Monroe permaneció en actitud reflexiva unos momentos.

—Esto va a tener mucha publicidad —objetó.

—Tiene usted razón. Se va hablar mucho de ello.

—¿Y quiere usted que dé a conocer a todos, mis averiguaciones?

—Este reportero no se va a mover de aquí, prácticamente —contestó Mason—. Cuando usted haga su informe, él tomará nota del mismo.

Monroe movió la cabeza.

—En una cuestión como la que nos ocupa yo me veo obligado a adoptar muchas precauciones.

—Deles forma de cláusula. Será como un contrato. Nosotros firmaremos este.

—Se aparta de lo normal tal proceder, señor Mason.

—No hay nada aquí que induzca a proceder normalmente —saltó Mason—. La vida de esta mujer ha sido destrozada a causa de ciertas insinuaciones y por la publicación de algunas verdades que sólo lo son a medias. Nosotros aspiramos a que sea divulgado lo que es cierto en su totalidad.

—Supongamos que el «test» demuestra que ella no ha dicho la verdad…

—Pues entonces usted se limitará a dar su informe en este sentido. Si usted siente de corazón su actividad profesional, creo que convendrá conmigo en que una de las más útiles aplicaciones del examen polígrafo es el establecimiento de la inocencia.

»Puedo citar en el plano nacional, como ejemplo, un caso: el de Sam Sheppard. Circularon rumores de que los miembros de la familia no habían actuado de buena fe; se dijo que ellos habían estado en el lugar del suceso antes de que la policía llegara, procediendo a borrar todas las huellas dactilares. ¿Por qué tenía que haber habido alguien que intentara borrar las de Sam Sheppard? No puedo saberlo… Sam Sheppard era el único hombre que, lógicamente, podía dejar sus huellas dactilares por toda la casa.

»Bien —continuó diciendo Mason—. ¿Qué pasó?

»Se dispuso lo necesario para que los dos hermanos del doctor Sam Sheppard y sus esposas fuesen interrogados por un equipo formado por los examinadores más eficientes, conocidos y respetados del país. Éstos utilizarían a modo de ayuda un polígrafo, con objeto de establecer sus conclusiones.

»Existían muy pocas probabilidades de que una cualquiera de

aquellas personas lograse engañar a sus interrogadores. Prácticamente, ninguna.

»El interrogatorio demostró que aquellas cuatro personas habían obrado de buena fe. Los resultados de la prueba fueron publicados y los miembros de la familia pudieron de nuevo llevar bien altas sus cabezas.

»Es lo que me propongo hacer en el caso presente. Quiero que interrogue a Selma Anson, redactando luego un informe con sus averiguaciones. Si miente, quiero que lo diga. Si dice la verdad, deseo que lo haga constar. Yo estoy absolutamente convencido de esto último.

Monroe se volvió hacia la señora Anson.

—¿Da usted su aprobación a todo esto, señora Anson? —le preguntó.

—¿Cómo? Yo… Me resulta tan inesperado… Yo… sí. Lo apruebo.

Monroe manifestó:

—Señora Anson: me creo en la obligación de prevenirla. Mi interrogatorio, de carácter científico, es increíblemente penetrante. Los instrumentos que utilizo son extraordinariamente delicados. Si usted se reserva algo, si hay algo que intenta ocultar, le pido que abandone ahora mismo este despacho, renunciando a esta prueba.

—¿Pretende usted atemorizarme? —inquirió ella.

—Intento expresarme con toda claridad.

—Y yo intento decirle la verdad —respondió la señora Anson, en tono de reto—. Adelante, pues, con la prueba.

—Caballeros —dijo Monroe—: deseo hablar a solas con la señora Anson. Luego, cuando me haya impuesto de las circunstancias del caso, cuando haya establecido relación con mi cliente, seguiré con el «test».

»Tengan la bondad de esperarnos aquí.

Hubo unos centelleos más de «flash».

El reportero se acercó al teléfono para ponerse al habla con la redacción de su periódico. Inmediatamente, empezó a facilitar los últimos detalles del caso.

Mason miró a Della Street, obsequiándola con un leve guiño.

—Yo diría que ha iniciado su contraofensiva —dijo la joven.

—Solamente hay una cosa que me preocupa —confesó Mason.

—¿De qué se trata?

—Si la policía se entera de lo que estamos haciendo se apresurará a detener a Selma Anson antes de que el diario publique el resultado del «test». Luego, se harán con una orden oficial prohibiendo a la prensa la publicación de las conclusiones de la prueba.

—¿Pueden hacer eso realmente?

—Es toda una pregunta la suya, Della —repuso Mason—. Tenga en cuenta que nos movemos dentro de un campo nuevo, si pensamos en lo que puede hacerse o no en el aspecto publicitario. Indudablemente, si el «test» demuestra que ella ha estado mintiendo y que poseía conocimientos culpables sobre la muerte de su marido, podría despedirme, hacerse de otro ahogado y este abogado alegar daños irreparables de ser publicado el resultado o, probablemente, solicitar del juez que el periódico fuese avisado, notificándosele que sería sancionado por desacato a la justicia de publicar las conclusiones de la prueba.

—¿Y si el «test» revela la inocencia de esa mujer?

—¿Con qué derecho una corte de justicia cualquiera dirá a un ciudadano que él no puede establecer su inocencia por el método que le parezca más adecuado cuando han sido formuladas numerosas insinuaciones para acusarle de culpable?

Della Street se puso a pensar en esto.

Mason se aproximó al reportero, que en aquel momento interrumpía su comunicación telefónica.

—¿Necesita usted conocer más hechos? —le preguntó Mason.

—¡Santo Dios! Sí. Usted hable —contestó el hombre—. Ésta va a ser una información fuera de serie. Cuanto más pienso en ella más resonante la veo.

—Mi cliente se comporta de acuerdo con sus derechos —señaló Mason.

—¿Es ése su caso, siendo como es funcionario de la corte de justicia…?

—¿Al probar la inocencia de mi cliente frente a un crimen? —preguntó Mason—. ¿Pero usted cree que un abogado consciente se deja amordazar así como así? Nadie ni nada me impedirá que haga aquello que estimo que defiende los intereses de mi cliente.

—Pero es que teniendo la prensa aquí presente…

—¿Quiere usted retirarse? —propuso Mason.

El reportero se limitó a sonreír. Colocó su silla al lado de la de Mason, diciéndole:

—Empiece a darme a conocer los hechos…

Mason hizo un relato conciso, eliminando de su informe todas las materias confidenciales.

—¿No se ha reservado usted algo? —inquirió el reportero.

—Naturalmente que sí —repuso Mason—. No puedo facilitarle determinados hechos que conozco por mi cliente.

—Me gustaría una mayor amplitud en lo tocante a ciertos datos.

—Mire, amigo: le estoy sirviendo una información fuera de lo corriente en bandeja de plata. No comience ahora a buscar en ésta unas manchas imaginarias.

—No lo haré, desde luego —respondió el reportero, con una nerviosa risita.

Se abrió la puerta, apareciendo Monroe.

—Caballeros —anunció—: Voy a proseguir con mi examen. He sostenido una interesante charla con la señora Anson. Creo haber comprendido su postura y me inclino a pensar que es un buen sujeto desde el punto de vista del interrogatorio científico.

»Voy a hacerles pasar a un cuarto que se halla equipado con dispositivos electrónicos. Ustedes podrán oír todo lo que se dice en la habitación en que va a llevarse a cabo el interrogatorio y observarnos gracias a un cristal opaco tan sólo por una de sus caras.

»He puesto en conocimiento de la señora Anson, eso. Le he dicho que quiero que su abogado, por lo menos, siga el interrogatorio. Le he preguntado si tiene inconveniente en que observen el mismo las otras personas. Ha contestado que no, dándome su consentimiento por escrito. Abran esa puerta y acomódense en las sillas que encontrarán en la otra habitación. Señor Mason: si en cualquier momento del interrogatorio usted creyera que se estaban perjudicando los intereses de su cliente, podrá interrumpir aquél sin más trabajo que el de apretar un botón que tendrá a su alcance. El examen cesará en cuanto dé tal paso.

—Muy bien —contestó Mason.

Entraron en la habitación destinada a los observadores. Monroe señaló a cada uno la silla que había de ocupar.

A través del cristal especial pudieron ver en el otro cuarto a

Selma Anson, sentada, muy tranquila, al parecer. Tenía junto a ella un polígrafo modernísimo. El ritmo de su respiración, su presión sanguínea y su pulso quedarían registrados en una especie de carta dividida en segundos.

Monroe tomó asiento también.

—¿Está usted lista para contestar a mis preguntas, señora Anson? Por favor, no vuelva la cabeza. No haga ningún movimiento. Muéstrese tranquila, relajada.

—Estoy lista para contestar a sus preguntas.

Monroe daba a su voz un tono siempre igual, procurando no subrayar palabras ni ideas. Procuraba no hacer nada susceptible de provocar una distracción en el sujeto.

—¿Se llama usted Selma Anson? —preguntó.

—Sí.

—¿Suele usted escuchar la radio?

—Sí.

—¿Se propone mentir cuando le haga preguntas relacionadas con la muerte de su esposo?

—No.

—¿Llegó usted aquí esta mañana, procedente de El Paso en vuelo directo?

—Sí.

—¿Sabe usted quién fue la persona causante de la muerte de su marido?

—No.

—¿Ha dicho usted, en todo momento a su abogado la verdad?

—Sí.

—¿Administró usted algún veneno a su esposo?

—No.

—¿Ve usted la televisión?

—Sí.

—¿Estuvo en su poder alguna vez el veneno administrado a su marido?

—No.

—¿Estuvo usted en El Paso anoche?

—Sí.

—¿Ha mentido usted al contestar durante este interrogatorio a cualquier pregunta sobre la muerte de su esposo?

—No.

Monroe, hablando siempre en el mismo tono de voz, declaró.

—Ahora, señora Anson, dejaré pasar unos minutos. Luego, le haré las anteriores preguntas de nuevo. Relájese, por favor. Y procure evitar cualquier movimiento.

Transcurridos unos momentos, Monroe volvió a formular las mismas preguntas. La experiencia se repitió por tercera vez. Al acabar el tercer período de preguntas, el hombre dijo a la señora Anson:

—¿Me ha mentido usted al contestar a alguna de estas preguntas?

—No —respondió ella.

—¿Ha hecho usted algo para desvirtuar el valor de esta prueba?

—No.

—¿Ha recurrido a algún subterfugio o reserva al contestar a mis preguntas?

—No.

—Con esto queda cerrado el interrogatorio —anunció Monroe.

Este abandonó su mesa, extrayendo una larga lista de papel del polígrafo, que desprendió del cuerpo restante.

—¿Tiene usted la bondad de pasar a la otra habitación, señora Anson? Reúnase con sus acompañantes. Estaré en seguida con ustedes.

Mason hizo un gesto a quienes estaban con él. Pasaron al cuarto contiguo.

—¿Qué tal lo hice? —preguntó la señora Anson a Perry Mason.

—Al parecer, bien —replicó el abogado—. La vi firme, serena.

—Entonces, si el interrogatorio ha salido bien, ¿certificará el señor Monroe que he dicho la verdad?

Mason asintió.

Otro centelleo de «flash», otra instantánea.

Monroe se presentó con la carta del polígrafo, cuidadosamente plegada.

Una instantánea más. El fotógrafo no descansaba.

—¿Y bien? —preguntó Mason.

—En mi opinión —contestó Monroe—, esta mujer ha estado diciendo la verdad.

El fotógrafo se abalanzó hacia la puerta…

Mason estrechó la mano de Monroe, a quien seguidamente hizo efectivo el importe de la prueba. A continuación, dijo:

—Señora Anson: váyase a casa y procure no acordarse de nada de este asunto por unas horas. No conteste a ninguna de las preguntas que puedan hacerle… Vámonos, Della. Creo que ya está bien que comamos algo, ¿no?

Capítulo 14

Della Street había colocado el periódico sobre la mesa de trabajo de Perry Mason ya cuando éste entró en el despacho.

En la primera página del diario, en grandes titulares, se leía: *Selma Anson, libre de culpa*. En letras más pequeñas, más abajo, figuraba la siguiente frase: *La cliente de Mason se somete a la prueba del detector de mentiras*.

—¿Qué tal se ha portado nuestro reportero, Della?

—¡Magníficamente! Nadie hubiera podido sacar más partido de los datos que le facilitó. Ha hinchado a placer todo lo relativo al polígrafo, citando la fecha en que fue inventado, mencionando al difunto Leonard Keeler, hablando de la *American Polygraph Association*, a cuyo presidente entrevistó por teléfono… Realmente, el hombre no ha escatimado esfuerzos.

—¿Se han producido reacciones?

—Hasta ahora, no —declaró Della Street—. Pero, bueno, es demasiado pronto todavía. El…

Sonó el timbre del teléfono. Della Street atendió la llamada.

—Sí, Gertie…

La joven se volvió al cabo de unos segundos hacia Mason, con una sonrisa en los labios.

—Hamilton Burger, el fiscal del distrito, está al aparato. Quiere hablar con usted.

Mason dijo:

—Dígale a Gertie que me ponga con él.

Descolgó el microrreceptor.

—Soy yo, Hamilton —declaró el abogado—. Buenos días. ¿Cómo marchan las cosas?

—¿Qué diablos intentas con toda esa publicidad acerca del caso Anson? —preguntó Burger.

—Contraatacar la de la policía, la cual ha dicho que Selma Anson abandonó la ciudad para no verse sometida a un interrogatorio.

—Debieras haber permitido a la policía que la interrogara.

—¿Habría declarado la policía a la prensa que la consideraba inocente?

—La policía no la considera inocente y aquí tampoco la vemos así, hagas las pruebas que hagas con el detector de mentiras.

—Vamos, vamos, Hamilton. No hables de detectores de mentiras. No se trata de eso, realmente. Nos encontramos ante un interrogatorio científico en el que ha intervenido como elemento auxiliar un polígrafo.

—Ya, ya —contestó Burger—. Una medida muy hábil. Ahora bien, quiero llamar tu atención sobre el hecho de que los miembros de nuestros tribunales de justicia no ven con agrado el empleo de la publicidad en asuntos de este tipo.

—¿De qué tipo?

—Me refiero a la divulgación de los resultados conseguidos con un detector de mentiras…

—No sé de nadie que utilizara ese aparato para establecer la inocencia de una persona. La policía, cuando ha recurrido a él, ha sido para determinar la culpabilidad de un acusado. Cuando no logra una confesión califican el «test» de ineficaz, dejando las cosas así.

»Estoy iniciando algo nuevo. Habiendo sido un caso objeto de cierta publicidad, estimo que lo mejor es que la persona sospechosa se someta a un interrogatorio científico con la ayuda de un polígrafo, dando a conocer a todo el mundo los resultados.

—Nuestros tribunales no te permitirán proceder así —opinó Burger.

—¿Qué tribunal crees tú que va a pararme los pies?

—Ya lo verás. Serás sancionado por desacato en relación con esa última maniobra tuya.

—Pero, bueno, ¿es que va a haber algún tribunal que impida a una persona que proclame su inocencia ante todos?

—Por estos procedimientos, sí.

—¿Por qué razón?

—Ningún tribunal te permitirá que te valgas de un «test» a base

de un polígrafo para demostrar la culpabilidad de un sospechoso.

—Bien. ¿Y qué me dices de una confesión? ¿Me permitirían que diese a la publicidad una confesión?

—No —repuso Burger—. Detenido un sospechoso, si confiesa, la policía no permite que la confesión sea publicada.

—Conforme —dijo Mason—. Invirtamos ahora los términos. Supongamos que el sospechoso declara que es inocente. ¿Va a haber algún tribunal que le impida publicar su inocencia?

—Ciertamente que no.

—Así está planteada la cuestión en este caso. Un tribunal puede impedir la publicación de un «test» con polígrafo demostrativo de una culpabilidad después de haber sido arrestada la persona. En este caso, la persona no ha sido arrestada. Y se somete al interrogatorio científico con la ayuda de un polígrafo.

»Se ha pensado demasiado en la utilización de tales pruebas científicas para probar una culpabilidad. Nadie o casi nadie, en cambio, ha creído conveniente emplearlas para establecer una inocencia. Cualquier persona cuya reputación ha quedado manchada por una insinuación o una acusación franca tiene derecho a poner en claro lo sucedido, hasta recuperar su buena fama.

—No te he dicho lo último que hay sobre esto —saltó Burger—. Debo decirte que en el momento adecuado y en el sitio en que corresponde me propongo pedir al tribunal que adopte ciertas medidas.

—¿A qué tribunal te refieres?

—Al que ha de juzgar a Selma Anson.

—¿Va a ser procesada acaso? —preguntó Mason, al contraataque.

—Poseemos pruebas cuya valoración estamos efectuando en estos momentos —explicó Burger—. Creo que lo más probable es que sea procesada, a pesar de la publicidad por todo lo alto, a bombo y platillos, a que has recurrido en el presente caso.

—¿Te propones formular una declaración a tal efecto ante los representantes de la prensa?

—He comunicado a la prensa ya, cuál es nuestra postura y lo he hecho de una manera digna, acorde con la administración de justicia.

—En otras palabras: has querido contraatacar mi publicidad.

—No. En absoluto. Se me ha pedido que definiera mi postura y yo la he definido.

—Cuando nos veamos en la sala de audiencias —anunció Mason —, estudiaré tu declaración, por si descubro algo en ella que me haga pensar en una clara intención de influir deslealmente en el público.

—Sí que vas a estar en una posición buena para hacer eso, después de todo tu despliegue publicitario en la prensa para favorecer a la acusada…

—Se supone siempre, Burger, que una persona es inocente en tanto no se demuestre su culpabilidad.

El fiscal replicó, sarcástico:

—Gracias por la oportunidad que me depara de enterarme de ciertas cosas fundamentales de nuestro código penal.

—No las merezco —contestó Mason, despreocupadamente—. Para mí es un placer tenerte al corriente de ellas. Llámame cuando te parezca si quieres enterarte de algo que no sepas.

Burger colgó bruscamente.

Mason miró sonriente a Della Street.

—Burger acaba de notificarme que ha hecho una declaración a la prensa.

—Pues no ha sido publicada todavía.

—Aparecerá en las ediciones de la tarde —aseguró Mason.

Sonó nuevamente el timbre del teléfono.

—Sí, Gertie —dijo Della Street. Volviéndose hacia Perry Mason, añadió: George Findlay está en la oficina. Parece hallarse muy irritado y desea verle.

—¿De veras? Accedamos a sus deseos entonces. Dígale que pase.

Della Street se mostró un poco atemorizada.

—Está muy irritado, jefe. ¿No cree que sería mejor avisar a Paul Drake para que viniera y…?

—Si intenta algo contra mí le retorceré el pescuezo.

Della Street vaciló un momento. Seguidamente, con aire resignado, fue a la puerta, que abrió.

—Puede pasar, señor Findlay.

George Findlay, un tipo de unos veintiocho años de edad, vigoroso, de anchas espaldas, entró en el despacho como una

tromba.

—¿Qué diablos se propone usted hacer? —preguntó a Perry Mason.

Mason, muy sereno, contempló al recién llegado durante unos segundos.

—Me propongo averiguar, de momento, qué es lo que usted quiere —respondió—. Habitualmente, las entrevistas que celebro aquí han sido previamente concertadas. He hecho una excepción en su caso porque parece hallarse algo alterado. Bien. ¿Qué desea usted?

—Está usted mezclándose en un asunto de familia —afirmó Findlay.

—Siéntese —invitó Mason—. Explíqueme por qué no he de mezclarme yo en sus asuntos de familia. Usted sabe que los abogados estamos a veces en tales situaciones.

—La presente situación constituye algo distinto. Esa mujer es una aventurera sin escrúpulos. Ha matado ya a su marido y si tío Dee cae en sus garras lo asesinará también, tan seguro como que está usted aquí sentado. Tío Dee no durará en sus manos más de un par de años.

—¿Está usted en condiciones de probar todo eso?

—Naturalmente que sí.

—Pues entonces está perdiendo su tiempo hablando conmigo —dijo Mason—. Sería mejor que se entrevistara con el fiscal del distrito.

—Quería verle para hablar de eso precisamente.

—¿Sí? —preguntó Mason—. Pues ya que está aquí, continúe. Dígame qué es lo que tiene usted en la cabeza.

—Usted representa a Selma Anson —declaró Findlay—. A mí, Selma Anson no me interesa. Me tiene sin cuidado que se dedique a asesinar maridos, en tanto que se mantenga lejos de tío Dee.

»Tío Dee es una persona dulce y amable, quien no tiene ni la más remota idea sobre cierta clase de personas que se encuentran por el mundo. Ni siquiera sospecha la existencia de tipos como Selma Anson. Para él todo el mundo es bueno. Para él, Selma es una buena mujer.

»Bueno. Di a Selma Anson una oportunidad para que lo dejara en paz de una vez. Ella se apresuró a aprovecharla pero se metió

usted por en medio, echándolo todo a perder.

—¿Cómo conseguí yo tal cosa?

—Empleando ese condenado detector de mentiras.

Mason sonrió.

—No se trata de un condenado detector de mentiras, como usted acaba de decir. Se llevó a cabo una prueba para detectar la verdad. Quería dejar bien sentado que mi cliente decía la verdad.

—No sé a dónde se propone usted llegar —contestó Findlay—. Tampoco me importa un comino averiguarlo. Ningún tribunal le admitirá la prueba del detector de mentiras.

—Por favor… Voy a repetírselo: no se trataba del detector de mentiras. Mi cliente fue sometida al interrogatorio de un experto, quien se valió de un polígrafo exactamente igual que un médico se vale de un estetoscopio.

—Pero a usted le consta que un tribunal oficial rechazará siempre ese «test».

—Yo no intento de nadie que lo admita —manifestó Mason—. Mi cliente no ha comparecido ante ningún tribunal.

—No tardará en comparecer.

—¿Qué quiere usted darme a entender con esas palabras?

Findlay replicó:

—Intento cooperar con su cliente. Mason. Voy a poner mis cartas boca arriba con usted. Si más adelante quiere hacerme una jugarreta a base de lo que le diga en esta entrevista, juraré que es usted un embustero. Ahora hágame el favor de decirle a su secretaria que salga del despacho y hablaremos los dos, de hombre a hombre.

Mason denegó moviendo la cabeza.

—Hablemos de hombre a hombre todo lo que usted quiera, pero mi secretaria seguirá aquí. Si va a decirme algo que no quiera oír posteriormente será mejor que se marche antes de pronunciar las primeras palabras.

—Un momento, un momento —dijo Findlay—. No vamos a ninguna parte hablándonos así.

—¿Teníamos que ir a algún sitio?

—Creo que sí.

—¿Por qué?

—Porque yo puedo ayudar a su cliente.

—¿En qué forma?

—No pienso poner mis cartas boca arriba mientras no sepa qué es lo que tiene usted en sus manos.

—Mi postura es muy simple —alegó Mason—. Represento a Selma Anson. Se ha insinuado que ella sabe algo que ha procurado ocultar. Se ha dicho que ella ha tenido que ver con la administración de una sustancia venenosa a su esposo. Estas insinuaciones y rumores constituyen una calumnia. Cuando descubra quién o quiénes son sus autores, emprenderé determinada acción.

—No conseguirá usted asustarme con sus amenazas.

—No he formulado ninguna amenaza. He hecho una declaración.

—Yo la considero una amenaza.

—Y yo no puedo controlar sus pensamientos. Tampoco quiero intentarlo.

—Usted desea proteger los intereses de su cliente, ¿verdad?

—Yo quiero proteger los intereses de mi cliente.

—En tales condiciones, yo puedo ser de valor inestimable para usted.

—Explíquese.

—Yo no voy detrás de ningún dinero.

—¿Qué es lo que usted quiere?

—Señor Mason: esforcémonos por comprendernos mutuamente. Quisiera que comprendiese mi postura.

—¿Cuál es su postura?

—En cierto modo, usted puede describirme como un amigo de la familia Arlington.

—¿Es ésa una forma de describirlo a usted?

—Sí.

—¿Existen otras?

—Presumo que sí —contestó Findlay.

—¿Cómo se describiría usted a sí mismo?

—Yo soy un hombre de negocios.

—Adelante.

—Delane Arlington, es decir, tío Dee, es un hombre maravilloso.

—No se lo discuto.

—Como todos los mortales, se va haciendo viejo a medida que

pasan los años.

—No se lo discuto.

—Ha llegado a cierta edad. Se siente solo. Y es más vulnerable que nunca. Hace acto de presencia en su vida Selma Anson y queda impresionado. Todos sabemos que cuando un hombre se siente atraído por una mujer pierde su sentido de los valores.

—¿Es usted inmune a la atracción que ejerce el sexo contrario? —inquirió Mason.

Findlay se echó a reír.

—Desde luego que no. Me interesa Mildred Arlington. Vamos a casarnos.

—Y en virtud de eso, usted desea que el dinero de tío Dee vaya a parar a las manos de ella, si no todo, buena parte del mismo, al menos, ¿no es así?

—Expóngalo de ese modo, si tal es su deseo.

—Le he hecho una pregunta.

—De acuerdo. Estamos poniendo las cartas boca arriba, por supuesto.

—Continúe.

—Selma Anson es para usted una cliente. No puede ver ninguna de sus debilidades. La admite por lo que representa. Está usted en su derecho. Pero voy a referirle los hechos… Selma Anson asesinó a su esposo, Bill Anson, con objeto de cobrar el importe de su póliza de seguros. Ha dado buen empleo del dinero. Es una mujer ambiciosa, avariciosa e inteligente. Quiere sumar más dinero al que ya tiene. Desea casarse con Delane Arlington. Una vez consiga unirse a él en matrimonio, Delane Arlington no le durará ni un año. Al firmar un testamento a favor de Selma Anson, Delane Arlington firmará su sentencia de muerte. Selma es una oportunista muy astuta, verdaderamente lista, de grandes recursos.

—¿Y qué puede usted decir de sí mismo? —inquirió Mason.

Findlay contestó:

—Conforme. Yo soy también un oportunista muy astuto, verdaderamente listo, de grandes recursos.

—Siga.

—El fiscal del distrito quisiera probar la culpabilidad de Selma Anson, demostrar que asesinó a su esposo. La compañía de seguros se sentiría muy complacida con tal salida. El dinero de la póliza del

marido retornaría a su poder, engrosado con las cantidades adicionales conseguidas por esa mujer.

»Yo me hallo en condiciones de proporcionar al fiscal del distrito y a la compañía de seguros la prueba que necesitan.

—Sin comentarios —dijo Mason.

—Bien. Yo sé que como abogado usted no puede cerrar ningún trato conmigo. Como testigo, yo me encuentro en idéntico caso. Ahora, no quiero verme correr de un lado para otro, siendo manipulado por los agentes. Tampoco deseo buscarle complicaciones a Selma Anson. Excepto por ciertos rasgos de su carácter, es una mujer amable, agradable… Bueno, después de todo, ¿quién soy yo para juzgarla?

—Siga.

—Está en mi mano evitar que Selma Anson contraiga matrimonio con Delane Arlington: no tengo más que procurar que sea condenada por haber cometido un crimen. Esto se acomodaría a mis propósitos perfectamente.

»Si, por otra parte, Selma Anson, voluntariamente, renuncia a Delane Arlington, es decir, si se fuese a algún otro lugar, no creo que el fiscal del distrito tuviese pruebas suficientes para lograr que la condenaran… Mi intervención personal en este terreno es decisiva.

—Sin comentarios —repitió Mason.

—Me parece que ha llegado el momento de que haga usted ya un comentario.

—Pues sí, voy a hacerlo —replicó el abogado—: ¡fuera!

—¿Qué quiere usted decir? ¿Rechaza el trato?

—He querido decirle que salga de aquí cuanto antes —manifestó Mason, abriendo la puerta del despacho.

—Un momento —dijo Findlay—. No puede desentenderse de mí de esta manera… Recuerde que le unen determinadas obligaciones con su cliente. Está obligado a aceptar lo que para ella puede significar una ventaja. Le he ofrecido algo que…

—¡Fuera de aquí! —exclamó Mason, interrumpiéndole.

Findlay se puso en pie.

—Le digo que…

Mason, amenazador, dio un paso adelante.

—¡Fuera de aquí!

Findlay miró atentamente al abogado, dio la vuelta y empezó a caminar hacia la puerta.

—Se arrepentirá de esto mientras viva —manifestó.

—¡Fuera! —repitió el abogado.

Findlay contestó:

—Me ha obligado usted a jugar mi carta decisiva.

Mason avanzó un paso más.

—Si no desaparece de aquí en el plazo de dos segundos va usted a obligarme a valerme de argumentos más convincentes.

A toda prisa, Findlay se plantó en el pasillo.

Mason cerró la puerta.

—Y bien, Perry ¿cree que sus palabras eran una pura baladronada? —preguntó Della Street.

Mason movió la cabeza.

—Creo que en un plazo de veinticuatro horas Selma Anson será detenida, bajo la acusación de asesinato de su esposo.

—¿Estima que Findlay posee alguna prueba concluyente?

El abogado asintió.

—No habría venido a verme de no ser así. De haberle dado yo una oportunidad, estaba dispuesto a revelármela.

—Y no quiso dársela, ¿eh?

—Nosotros no hemos cerrado tratos nunca con esa clase de sujetos —declaró Mason—. Tengo deberes para con mi cliente. Está, además, por en medio mi ética profesional y el respeto que me debo a mí mismo. Es mi propia estimación lo que se pone en juego en estos casos.

—Por un momento, creí que iba a pegarle.

Mason suspiró.

—También yo pensé en eso. De haberle asestado un buen golpe, probablemente lo hubiera estado sintiendo durante todo un año.

—Pero como no fue así…

—Lo lamentaré mientras viva —saltó Mason.

Capítulo 15

Cuando Mason entró en su despacho, a la mañana siguiente, Della Street levantó la vista, sonriéndole a modo de saludo antes de decirle:

—Daphne Arlington le espera. Se presentó aquí nada más abrir la oficina. Estaba aguardando en el vestíbulo a que se presentara Gertie.

—¿Tiene alguna idea sobre el motivo de su visita? —preguntó Mason—. Todo lo relativo a los Arlington se complica más y más.

—La noté un poco agitada. Creo que de haberse hallado sola me hubiera puesto al corriente de sus intenciones, pero, evidentemente, no ha querido hablar delante de Gertie.

—Es una criatura muy agradable. Hágala pasar.

Della Street salió del despacho, volviendo en seguida en compañía de Daphne Arlington.

—Lamento haberla hecho esperar, Daphne —dijo el abogado—. Es que me he retrasado algo esta mañana.

—No se preocupe, señor Mason. Quería verle a toda costa… antes de que pasara cualquier cosa.

—¿Qué podía pasar?

—Se ha complicado todo tanto… —dijo la joven—. No sé por dónde empezar… La cosa tiene que ver con George Findlay, desde luego, y con Mildred. Y es que George parece haber hipnotizado a mi prima. La domina por completo.

—Un hombre enérgico, por lo que veo, capaz de proyectar su voluntad sobre quienes le rodean —comentó el abogado.

—Un hombre enérgico y falto de escrúpulos. Él es el responsable de mi presencia aquí, primordialmente.

Mason miró a la joven entornando los ojos.

—¿Desea acaso él que interceda usted cerca de mí para…?

—No, no, no. Me juzga usted erróneamente, señor Mason. Yo quiero que tío Dee sea feliz y pienso que Selma Anson es la mujer que le conviene.

»Sé que esa boda, de llevarse a cabo, no va a favorecerme desde el punto de vista económico. Me da igual, sin embargo. Yo quisiera verlos casados. Supongo que ahora ya no hay que pensar en eso.

—¿Por qué?

—Selma Anson jamás accederá a ser su mujer en tanto circulen las dudas que hay sobre su conducta. Y tengo la impresión de que estas dudas durarán todo lo que su vida dure.

—¿Qué dice su tío?

—Tío Dee se interesa por ella, ahora más que nunca. A él le gustaría proteger a Selma por todos los medios y creo que le propondrá el matrimonio de un momento a otro… Es decir, si no lo ha hecho ya.

—Pero Selma no accederá, seguramente.

—Póngase en su lugar, señor Mason. Los periódicos han publicado una serie de cosas que… ¿Y qué me dice de esas habladurías que han circulado en los medios sociales en que se movería como esposa de Delane Arlington? Se enfrenta, por añadidura, con la actitud hostil de la mayor parte de los familiares.

»Ella no podría soportarlo. Ese enlace sería un fracaso. Tampoco tío Dee podría aguantarlo. Su vida tendría que cambiar por entero…

Mason reflexionaba.

—Llegamos ahora al motivo de mi venida aquí a hora tan temprana esta mañana, a lo que explica mi agitación.

»Sé que George Findlay vino a verle y que estaba convencido de que podría llegar a cerrar un trato con usted. El estima que si Selma Anson se aviniera, con su consentimiento, a emprender un viaje alrededor del mundo, o se decidiese a trasladarse a un lugar donde tío Dee no pudiese localizarla nunca, este asunto llegaría a su término, solucionándose todo. A cambio de tal actitud por parte de Selma, George silenciaría algo que conoce…

»Al parecer, usted le despidió con cajas destempladas.

»Bien. Ayer entré en el cuarto de estar, para coger un libro que había dejado allí. Estuve jugando al tenis y calzaba unas zapatillas con suela de goma. Por tal motivo, no hice el menor ruido al entrar

en el salón.

»No era que yo pretendiera sorprender a alguien… Creí que no había nadie en el cuarto de estar en aquellos instantes… Pero sorprendí a Mildred y George hablando. Parecían haber tomado y calibrado una decisión, dedicándose a elaborar unos planes. Oí a George decir: «Lo que vamos a hacer es dar a conocer a tu tío la prueba que…». En aquel preciso momento, Mildred me vio, tocando a George disimuladamente en una pierna.

»George entendió el aviso. Ni siquiera volvió la cabeza, vaciló unos segundos antes de decir: «… la prueba que hará ver a tu tío que esa inversión financiera podría representar una pérdida de dinero. Vale más proceder así que intentar convencerle con palabras».

»Mildred respondió: «Sí. Yo opino lo mismo». Levantó la cabeza, inquiriendo: «¿Querías algo, Daphne?».

»Le contesté: «He venido en busca de un libro». Salí de allí. Pero estoy segura, señor Mason, de que tramaban algo. Me inclino a pensar que habían decidido situar una prueba donde tío Dee pudiera verla o comprenderla. Bueno, usted ya se imagina lo que sucedería en las actuales circunstancias. Tío Dee tendría que informar a la policía. La policía, a su vez, utilizaría a tío Dee como testigo. Sería un testigo con gran disgusto por su parte, pero tío Dee diría la verdad pasara lo que pasara.

»Si su testimonio enviara a Selma Anson a la prisión o… o… a la cámara de gas (hay que decirlo, por duro que sea), ya se puede usted imaginar lo que sucedería. Se le habría hecho el juego a Mildred y no hay que olvidar que ésta y George son como una sola persona actualmente.

—¿Van a contraer matrimonio? —preguntó Mason.

—Sí. Yo pienso a veces que son ya marido y mujer. Me figuro que pueden haberse casado en secreto. Los dos se muestran reservados. A tío Dee no le gusta George. No le seduce precisamente la idea de que George forme parte de la familia. Ahora bien, tío Dee es un hombre muy tolerante en muchos aspectos y está dejando que la situación se resuelva por sí sola. Bueno, eso es lo que él cree hacer…

»Me figuro lo que Mildred piensa: que si se casara en los momentos presentes, saliendo de la casa para vivir aparte con

George, tío Dee optaría en definitiva por favorecer más a los otros.

»De otro lado, sabe que si George, una vez casado con ella, se quedara allí, seguro que acabarían por producirse ciertos roces.

—¿Quiénes viven en la casa?

—Yo, desde luego. Y están Fowler y Lolita. Fowler es hermano mío, el mayor.

»Tengo otro hermano, un año mayor que yo, Marvin. Está casado y vive en San Francisco. No lo vemos muy a menudo. Aparece por la casa en días señalados, cuando puede. A Rosemary, su esposa, le agrada pasar ciertas fechas, como la del Día de Acción de Gracias, con sus padres. No tienen ningún hijo todavía. Llevan casados poco más de un año.

»Vive en la casa también, por supuesto, Mildred;…

—¿Es grande la vivienda?

—Es una casa enorme, con muchas habitaciones y una extensión grande de terreno a su alrededor.

»Nosotras nos ocupamos de ciertos trabajos domésticos. Hay una asistenta y una cocinera. Trabajan allí durante el día y cuesta lo suyo retenerlas. Lo de los criados constituye un problema en nuestros días.

—¿Dice usted que hay mucho terreno alrededor de la casa?

—Tenemos un campo de tenis, una piscina, una vivienda de verano, un cobertizo para preparar asados al aire libre… Tío Dee se siente feliz viéndonos cerca de él.

—Es un hombre rico, ¿no? —preguntó Mason.

—Muy rico.

—¿Le gusta recibir visitas, organizar fiestas?

—Siempre le ha gustado. Pero como para cualquier reunión amistosa hay que buscar a algunas personas que ayuden, las cosas han cambiado últimamente. Antes, por ejemplo, los asados al aire libre eran frecuentes. Se dispone allí de todos los elementos necesarios. Tío Dee ha disfrutado mucho con eso. Además, es un artista del asado, que hasta conoce una fórmula secreta de salsa…

—¿Y tiene usted la impresión de que pueda ser preparada alguna prueba? —dijo Mason, cambiando bruscamente de tema.

—No sé qué pensar… Ahora bien, tenga muy en cuenta que mi prima Mildred es una persona muy hábil, muy astuta y egoísta. Y George Findlay es, en mi opinión, un embaucador, un hombre capaz

de sacar partido de cualquiera, que no piensa más que en conseguir lo que anhela, por los medios que sea…

—Esa cena en cuyo transcurso William Anson resultó envenenado, ¿tuvo lugar en la casa de su tío?

—Se trataba de una reunión familiar, sí. Pero fueron invitados a ella Selma Anson y su esposo. Creo que tío Dee y William Anson llevaban entre manos un negocio. Fue aquélla una cálida noche y tío Dee demostró hallarse en plena forma. Hizo unos asados riquísimos y elaboró su famosa salsa secreta. A cargo de Lolita corrió la ensalada de cangrejos, a la que mi tío siempre ha sido muy aficionado.

»Lolita había preparado su ensalada en las primeras horas del día, colocándola en el frigorífico. Después la sacó para poner allí otras cosas. Tuvo que atender una llamada telefónica y luego ir a toda prisa a la peluquería. La fuente de la ensalada estaba tapada, para protegerla de las moscas. Ahora, hacía mucho calor y estuvo fuera del frigorífico toda la tarde… Ella, sin embargo, niega esto.

—Habiendo toda esta historia por en medio, les va a costar trabajo demostrar que la muerte de Anson fue debida al arsénico… ¿Fue la cena al aire libre?

—¡Oh, sí! En aquel sitio tenemos de todo: mesas, luz eléctrica, bancos, agua corriente. Hay hasta un pequeño bar y una cocina de reducidas dimensiones.

—¿Y todos sufrieron los mismos trastornos?

—Sí, todos se sintieron indispuestos, en mayor o menor grado. El pobre señor Anson fue el más afectado, ya que tuvo que ser llevado al hospital, donde falleció.

—¿A nadie le extrañó especialmente aquello? ¿Todos creyeron entonces que se trataba simplemente de que el alimento se hallaba en malas condiciones?

—En efecto, así fue.

—¿Continúa su tío con sus asados?

—No, no. No quiere ni acercarse por allí. Lo sucedido aquella noche le impresionó mucho. Se acabaron las reuniones en aquel lugar…

—¿Quienes asistieron a la cena?

—Toda la familia. Mildred estaba allí. Eso fue antes de que conociera a George Findlay. Estuvieron también mi hermano

Marvin, su esposa, Rosemary, mi hermano Fowler, con su mujer, Lolita, quienes viven en la casa, con tío Dee… He de citar al matrimonio Anson y a tío Dee, como es natural. Y nadie más. Fue aquélla una reunión familiar. No hubo en ella más gente extraña que los Anson.

—Y eso ocurrió antes de que George Findlay entrara en escena…

—Sí. Tres o cuatro meses antes. Mildred no lo conocía entonces.

—Dígame todo lo que recuerde acerca de aquella noche.

—Me acuerdo de que hacía mucho calor. Tomamos unos refrescos en el bar, cenamos y charlamos un rato, emprendiendo luego el regreso a la casa. En aquel momento, el señor Anson empezó a quejarse. Sentía unos fuertes dolores en el estómago. Como éstos se acentuaban a medida que pasaba el tiempo, su esposa decidió llevárselo. Después, tío Dee sintió unos retortijones… Llamamos a un médico, quien nos preguntó qué era lo que habíamos cenado, manifestando que a su juicio habíamos ingerido alimentos en malas condiciones. La permanencia de la fuente de ensalada fuera del frigorífico, dada la temperatura ambiente, según declaró, había determinado la multiplicación de las bacterias.

—¿Llevó a cabo la policía alguna investigación en el lugar en que se celebró la reunión familiar?

—Sí. Hace ocho o diez días se presentaron en casa dos policías de paisano y tío Dee les enseñó el sitio.

—¿Tomaron fotografías?

—Me parece que sí. Y Herman Bolton, ese hombre de la compañía de seguros, estuvo allí dos o tres veces.

—¿Por qué dos o tres veces? —preguntó Mason—. Con una visita debía haber tenido bastante, ¿no le parece lógico? ¿Buscaba acaso algo especial?

—El caso es que habló con tío Dee dos o tres veces. Durante una de sus visitas se plantó en el lugar en que nosotros cenábamos aquella noche, sentándose en uno de los bancos y estudiándolo todo. Seguidamente, hizo un diseño y tomó varias fotografías.

—Bien —dijo Mason—. Me mantendré a la expectativa. No sé qué clase de prueba concluyente puede ser exhibida en estos momentos, pero he de tener muy en cuenta sus palabras. Si por determinadas circunstancias su tío se viera obligado a aducir

aquélla, el impacto en Selma sería terrible.

—No olvide que eso puede significar algo muy penoso para tío Dee —contestó Daphne—. Creo que sería capaz de cualquier cosa antes que presentarse en una sala de justicia para formular una declaración que acusara a Selma. ¿Cree usted que ella será procesada, señor Mason?

—Mucho me temo que sí. Estimo que la policía trabaja en silencio y que se halla en condiciones de recurrir al Gran Jurado y que éste decidirá formular la acusación.

Daphne manifestó:

—Todo esto resulta muy cruel y tengo la impresión de que es una injusticia… ¿Supone usted que es muy probable que ellos se salgan con la suya?

—¿Cómo?

—¿Será Selma declarada culpable?

—Selma Anson —respondió el abogado— no es una mujer capaz de matar a su marido. No es tampoco mujer capaz de valerse de un veneno con ese fin. No habiendo envenenado a su esposo, cosa de la que estoy convencido, va a resultar muy difícil que sea declarada culpable.

»Por otra parte, no hay que engañarse, Daphne… Son muchas las personas que han ido a parar a prisión y a la cámara de gas sólo por efecto de unas hábiles manipulaciones de las pruebas, realizadas por los acusadores.

—¿Quiere usted decir que es relativamente fácil enredar a una persona, complicarla en un crimen, llegar a presentarla incluso como autora de él, sin ser verdad?

—Por desgracia, nunca se puede descartar tal posibilidad, mediando unas circunstancias adecuadas.

—Pero usted hará lo posible para que Selma no se vea en tal caso, ¿eh, señor Mason?

—Yo haré cuanto esté en mi mano por evitarlo —prometió el abogado, gravemente.

Capítulo 16

Paul Drake llamó por teléfono a las dos de la tarde.

—¿Está preparado para recibir una sorpresa, Perry?

—Hable.

—El Gran Jurado ha formulado una acusación contra Selma Anson, por el asesinato de su esposo. No puedo decirle cómo me he enterado, pero sí que acabo de saberlo…

—¿Cuándo ha sido eso?

—Hace unos veinte minutos.

—Muchísimas gracias, Paul —dijo Mason—. Esto me proporciona una oportunidad de actuar sobre la marcha.

Mason cortó la comunicación, informando a Della Street.

—Selma Anson ha sido acusada oficialmente. Llámela por teléfono con la mayor rapidez posible, Della.

Della Street marcó un número. Al cabo de unos segundos movió la cabeza.

—Nos dio otro número —declaró Mason—. Pruebe con el segundo.

Unos instantes después, Della Street decía:

—Aquí la tenemos, jefe.

Mason cogió el microrreceptor.

—Señora Anson: soy Perry Mason. ¿Cómo anda usted de dinero en efectivo?

—¿Por qué me lo pregunta? ¿Es que necesita alguno?

—No es que yo lo necesite —se apresuró a contestar Mason—. Es que va *usted* a necesitarlo.

—Puedo hacerme con una suma bastante considerable, si es preciso.

—¿Cien mil dólares, por ejemplo?

—Sí.

—¿En un plazo de media hora?

—No tengo más que extender dos cheques.

—Coja su talonario del banco y preséntese en este despacho con toda la rapidez que le sea posible. ¿Qué tiempo necesita para venir aquí?

—Unos treinta minutos.

—Procure hacer el desplazamiento en menos tiempo —recomendó Mason.

El abogado colgó y abandonó su sillón, empezó a pasear por el despacho. Al cabo de diez minutos llamó a Paul Drake.

—Paul —dijo a su amigo, el detective—: quiero que George Findlay sea vigilado.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que yo te diga basta. Recurra a los hombres que sean precisos.

—Bueno, Perry, ya sabe que estas cosas cuestan normalmente mucho dinero —objetó Drake—. Hay que disponer por lo menos de tres hombres que trabajen en turnos de ocho horas. Y a todo esto añada que cada par de horas tiene que concederles diez minutos libres…

—No me hable ahora de las numerosas dificultades que encuentra en su trabajo —replicó Mason—. Ya tengo bastantes problemas con los míos. Vigíleme estrechamente a Findlay.

—Se hará lo que desea —manifestó Drake, colgando.

Mason se volvió hacia Della Street.

—Póngame con el teniente Tragg, de la Brigada de Investigación Criminal.

Della asintió diciendo al cabo de unos instantes:

—El teniente Tragg al habla.

—Hola, teniente —dijo Mason—. Quería charlar con usted.

—¿Acerca de qué?

—Acerca de un crimen.

—Siempre estoy dispuesto a hablar de estas cosas. ¿Se refiere a uno determinado, no?

—Es posible. ¿Quiere usted esperarme? Tardaré poco más de treinta minutos en presentarme ahí.

—¿Se trata de algo importante?

—Lo es —afirmó Mason—. Cuando usted haya oído lo que tengo

que decirle, lo juzgará así.

—Le esperaré —prometió Tragg.

Diez minutos más tarde, Gertie comunicó que la señora Anson acababa de llegar a la oficina.

Mason salió para saludarla.

Seguidamente, la hizo pasar a su despacho, cerró la puerta del mismo y le dijo:

—Señora Anson: prepárese para recibir una noticia que le impresionará. El Gran Jurado ha formulado una acusación contra usted por el asesinato de su esposo.

La señora Anson se puso muy pálida. Vaciló un momento y Della Street, cogiéndola por la cintura, la guió hasta una silla.

—Ahora quiero que escuche con atención lo que voy a decirle. Tendrá que hacer *exactamente* lo que yo le diga.

»Voy a hacer una intentona aventurada para mantenerla a usted en libertad, bajo fianza. Con tal fin, para salir airoso en este propósito, he de prepararlo todo cuidadosamente.

—No sabía que se accediese a la libertad bajo fianza en los casos criminales.

—Se confía en la discreción de los jueces en esos casos —informó Mason—. Bueno, yo no sé qué prueba decisiva existe contra usted. Sus acusadores, evidentemente, tienen a mano algo que nosotros desconocemos. La esencia de nuestra estrategia radica en ganarle por la mano a la policía esta partida. Quiero que me acompañe. No dirá nada mientras no esté yo presente. Y si estoy presente me dejará llevar la voz cantante. En sus respuestas se limitará a indicar hasta el cansancio que yo soy su portavoz.

»En cierto modo, voy a ponerla al alcance de nuestros adversarios. Me da el corazón que este proceder nos proporcionará mayores seguridades.

Mason ordenó a Gertie por teléfono que lo pusiera con el conserje del edificio. En comunicación ya con el mismo, el abogado habló así:

—Soy Perry Mason. ¿Podría usted mandarme el montacargas a este piso inmediatamente? Tengo algo que quiero darle.

—¿Qué es? —inquirió el conserje, receloso.

—Veinte dólares —repuso Mason.

Hubo unos segundos de silencio. El conserje dijo a continuación:

—Inmediatamente, señor Mason.

El abogado miró a Della Street.

—Dejo en sus manos todo esto, Della. Recuerde que el señor Mason se ha ausentado. No sabe dónde está ni cuándo regresará. Entretanto, vaya abajo, busque un taxi y dígale que se coloque junto a la entrada de servicio…

Della Street asintió.

Mason abrió la puerta para que salieran su secretaria y la señora Anson. Della Street giró hacia la derecha, enfilando el pasillo de los ascensores. El abogado cogió a la señora Anson por un brazo, guiándola hacia la fachada posterior del edificio.

El conserje estaba junto al montacargas, mirando sonriente al abogado.

Mason puso en sus manos veinte dólares, que el hombre se guardó, al tiempo que le daba las gracias. Seguidamente, aunque de un modo disimulado, fijó sus ojos curiosos, en Selma Anson. Cerradas las puertas, el montacargas inició el descenso.

Mason salió por la puerta trasera del edificio a una estrecha calle. Un taxi doblaba la esquina en aquel momento, acercándoseles.

El abogado hizo una seña al conductor. Éste correspondió a la misma con un gesto, denotando que había comprendido. Mason ayudó a la señora Anson a subir al vehículo.

—A la Jefatura de Policía —dijo.

El taxista miró por segunda vez a Mason. Parecía haberle reconocido.

—Sí, señor Mason.

El tráfico era intenso, pero aquel conductor era un hombre experto, llevándolos en poco tiempo a su punto de destino.

Mason y la señora Anson entraron en el despacho del teniente Tragg.

—Teniente Tragg —dijo el abogado—: ésta es la señora con quien no llegó usted a entrevistarse en El Paso. Le presento a Selma Anson.

Tragg hizo un esfuerzo para no delatar su sorpresa.

—Encantado de conocerla, señora Anson.

Mason continuó hablando:

—Tengo entendido que la señora Anson ha sido acusada por el

Gran Jurado. Ha venido a efectuar su presentación, deseando ver en seguida al magistrado que se encuentre más cerca y resulte más accesible.

Tragg contestó:

—Bueno, esto es asunto del fiscal del distrito.

—Muy bien. Pónganos entonces en contacto con él. Ahora, yo lo que deseo es que conste oficialmente que la señora Anson se ha presentado voluntariamente.

—¿Cómo se enteró usted de lo del Gran Jurado y su acusación? —quiso saber Tragg.

—¿No lo dijo la radio? —inquirió Mason.

—¡Ciertamente que no! —exclamó Tragg, dando mucho énfasis a sus palabras.

En la habitación destinada a la prensa se supo que Mason acababa de llegar allí en compañía de una mujer, entrando en el despacho del teniente Tragg. Los reporteros se congregaron en el pasillo.

Tragg, con un suspiro de resignación, abrió la puerta del despacho, diciendo:

—Bueno, muchachos, entren. Les presento a Perry Mason, el abogado. Le acompaña su cliente, Selma Anson. Se ha presentado en esta Jefatura porque ha sido acusada oficialmente de haber cometido un asesinato en primer grado. El Gran Jurado ha formulado ya su acusación. Voy a hablar por teléfono con el fiscal.

Medió Mason:

—Tras la inscripción reglamentaria, la señora Anson comparecerá ante un magistrado.

—Como ya he dicho —manifestó Tragg—, esto es cosa del fiscal del distrito.

Mason declaró con firmeza:

—Esto es cosa de la policía y del fiscal del distrito.

Los fotógrafos empezaron a tomar instantáneas y a formular preguntas.

El abogado denegó con varios movimientos de cabeza.

—Nada de preguntas, caballeros —dijo—. La señora Anson dirá lo que proceda en su momento y en el lugar adecuado.

Un miembro de la oficina del fiscal del distrito que se encontraba en el edificio se unió al grupo. Tragg le explicó lo que

ocurría allí.

La señora Anson fue llevada a la sección de mujeres de la prisión, donde le tomaron las huellas dactilares después de ser registrado su nombre. Seguidamente, a causa de la insistencia de Mason, compareció ante un magistrado.

—Con la venia —dijo Mason—. Represento a Selma Anson. Pesa sobre ella una acusación de asesinato en primer grado, que ha sido formulada por el Gran Jurado. Esta acusación carece de base. No hay pruebas convincentes que la sustenten, como espero demostrar cuando se celebre el juicio. Entretanto, sin embargo, esta refinada y sensible mujer, que jamás ha tenido tropiezos con la justicia, que ni siquiera ha sido demandada nunca por los vigilantes del tráfico, se ve acusada de haber cometido un crimen y, a pesar de la terrible impresión experimentada se ha apresurado a presentarse a la policía y ha querido comparecer ante usted, confiada en que se apiadará de ella.

—¿Qué quiere usted decirme con eso? —inquirió el juez.

—Creo que éste es uno de esos casos en que el acusado puede ser puesto en libertad bajo fianza.

El miembro de la oficina del fiscal del distrito alegó:

—Nunca se concede la libertad bajo fianza en los casos de asesinato en primer grado.

—Tal cosa queda encomendada a la discreción del juez —declaró Mason.

»Tenemos aquí una mujer que se ha presentado espontáneamente a la justicia. Está dispuesta a ceder una cantidad de dinero razonable como fianza. Este dinero supone la garantía habitual para el Estado, quien así asegura la presencia de la acusada en el momento de celebrarse el juicio.

—¿Usted qué cantidad sugeriría? —preguntó el magistrado.

—Nosotros estaríamos dispuestos a depositar la suma de cincuenta mil dólares.

El hombre del fiscal del distrito se puso en pie.

—Señoría, esto es ridículo. Se trata de un caso por asesinato en primer grado. No hay dinero que asegure la presencia en el momento preciso de un acusado por esa causa, ya que un delito de ese calibre puede dar lugar en una condena a la pena capital.

—¿Va a solicitar el fiscal del distrito la pena de muerte en este

caso? —preguntó Mason.

—No lo sé. No he tenido ocasión de hablar con mi jefe de este asunto. Lo que sí sé es que existe una acusación por asesinato en primer grado.

—Si no sabe usted si el fiscal va a solicitar la pena de muerte o no, lo mejor es que no trate de influir en nadie hablando de tal cosa.

El juez, que había estado mirando a Selma Anson pensativamente, dijo al ayudante del fiscal del distrito:

—¿Tiene usted algo que objetar si se fija la fianza en cincuenta mil dólares?

—Naturalmente que sí. Considero ese importe inadecuado. Creo que no procede otorgar en este caso semejante beneficio…

—Se admite la entrega de la suma de cien mil dólares como fianza —resolvió el juez.

—Tenemos el dinero aquí —contestó Mason—. La señora Anson extenderá unos cheques que pueden ser certificados en cuestión de minutos.

—Muy bien —manifestó el juez—. La acusada queda en libertad bajo fianza a la presentación de sus cheques por un importe total de cien mil dólares.

Mason hizo una grave reverencia.

—Gracias, señoría.

Capítulo 17

Perry Mason escoltó a Selma Anson hasta un asiento que quedaba al lado del suyo, en la mesa de la defensa.

—¿No hay jurado? —preguntó ella.

—No lo hay, en efecto —contestó Mason—. Vamos a intentar ganar el caso ante el juez Leland Crowder.

—Pero, ¿no debe ser nombrado siempre un jurado?

—Depende… —repuso Mason—. Ciñéndonos a nuestras circunstancias, yo no lo quiero, por el hecho de encontrarse usted bajo fianza. En las causas prácticamente perdidas desde el principio, en cambio, se prefiere la constitución de un jurado. El acusado puede entonces suscitar la simpatía de sus componentes o impresionar favorablemente a una o dos personas de las doce que lo forman, con todos los efectos consiguientes.

—Ha dicho usted que no quiere el jurado por encontrarme yo bajo fianza…

Mason sonrió, paseando una mirada por la sala, atestada de público. Luego, consultó su reloj.

—El juez Crowder se retrasa. Habitualmente, es un ejemplo de puntualidad.

»Crowder ha sido partidario siempre de *encerrar* a los jurados. En los casos aireados por la prensa, que han tenido mucha publicidad, el juez se inclina por mantenerlos completamente aislados durante la vista de la causa.

—¿Y bien?

—Piense en el efecto psicológico —dijo Mason—. Particularmente si alguna de esas personas considera decisivas las pruebas aportadas por la acusación.

»Aquí tenemos al acusado, entonces, un criminal teóricamente, circulando de un lado para otro, libre como el aire, yendo a comer y

a cenar a los sitios que más le placen, en tanto que los miembros del jurado se encuentran encerrados en una sala, a cal y canto, como una junta de ganado.

»Naturalmente, se sienten a disgusto.

—Ya. Comprendo perfectamente su punto de vista —manifestó Selma Anson—, pero… señor Mason, es terriblemente importante que yo continúe en libertad bajo fianza.

—Me esforzaré por lograr eso durante todo el juicio —prometió Mason—. No sé si lo conseguiré, pero…

—Señor Mason: si el juez me declara culpable, si tengo que ser encarcelada, si me encierran durante la vista de la causa, incluso… creo que no podré soportarlo. Esto me costará la vida.

—¡Oh! No ponga usted las cosas tan mal —contestó Mason, sonriendo de nuevo—. Al menos, su encarcelamiento durante el juicio podría…

—Señor Mason: se lo diré claramente. No podré soportarlo. No iré jamás a parar a la cárcel.

—Tendrá que obedecer, si el juez lo ordena.

—No, no obedeceré. Me mataré.

—¿Habla usted en serio?

—Hablo muy en serio.

Mason repuso:

—Voy a hacer todo lo que pueda por usted, pero pienso que la acusación se guarda alguna carta decisiva en la manga. No sé qué es, pero sospecho que ellos lo juzgan suficiente para obtener un veredicto de culpabilidad.

—¿Qué le parece el juez Crowder?

—No tengo que objetar nada con respecto a su persona. Es un hombre desligado de prejuicios. A la acusación no le ha caído bien su designación. Dicen ellos que… Aquí está ya.

Todos se pusieron en pie. El alguacil pronunció las palabras de rigor al iniciar la Sala la vista de la causa.

El juez Crowder tomó asiento solemnemente, haciendo un gesto al alguacil.

—Siéntense —dijo éste al auditorio.

El juez Crowder manifestó:

—Este es el caso del Pueblo del Estado de California contra Selma Anson. ¿Se encuentra la acusada en la Sala? ¿Está

debidamente representada por su abogado?

—Sí, señoría —respondió Perry Mason—. La acusada se encuentra aquí, hallándose representada por mí.

—¿Y el representante del Pueblo del Estado de California? —inquirió el juez Crowder.

Alexander Hilton Drew, hombre de gran experiencia profesional, que había actuado en diversos y espectaculares procesos, saliendo triunfante de ellos, se puso en pie.

—Yo soy el representante del fiscal del distrito —declaró.

—Muy bien. Prosiga.

Selma Anson, de pronto, susurró unas palabras a Perry Mason.

—Este juez impone. Parece ser un hombre de mucho carácter, muy severo…

Mason no la dejó continuar:

—No se deje engañar por su feroz aspecto. Tiene un gran corazón. Y hay otra cosa sobre él.

—¿Qué?

—Cree a pies juntillas en la eficacia de los «test» con el polígrafo cuando son efectuados por un experto. Conoce a Duncan Monroe y se halla familiarizado con sus trabajos.

—¡Oh! Comienzo a comprender —dijo Selma.

—Con la venia de la Sala —manifestó Alexander Drew—. Como este caso va a ser considerado sin la colaboración de un jurado, nosotros no haremos ninguna declaración abierta, sino que nos limitaremos a dejar que las pruebas hablen por sí mismas.

—Perfectamente —contestó el juez Crowder—. Llame a su primer testigo.

—Requerimos la presencia del doctor Boland C. Dawes.

Este prestó juramento. El abogado se volvió hacia su testigo.

—Doctor Dawes: ¿conoció usted en vida a William Harper Anson?

—Sí.

—¿Conocía usted también a la acusada, Selma Anson?

—Sí, señor.

—¿Qué relación existía entre Selma Anson y William Anson?

—Eran marido y mujer.

—¿Murió ya William Harper Anson?

—Sí.

—¿Lo atendió usted en el curso de su última enfermedad?
—Sí.
—¿Dónde falleció?
—En el «Nixon Memorial Hospital».
—¿Cuál fue la causa de su muerte?
—Envenenamiento por arsénico.
—¿Cuándo vio por última vez el cadáver de William Anson?
—Unas veinticuatro horas después de haber sido desenterrado.
—¿Trabajó con alguien en la autopsia entonces?
—Sí, señor. Trabajé con el forense.
—¿Cuándo ingirió el veneno el finado?
—A juzgar por el estado del cadáver y la historia del caso, tal como yo la conozco, diría que el veneno fue ingerido unas veinticuatro horas antes de producirse el óbito.
—¿Sabe usted dónde había estado William Anson veinticuatro horas antes de morir?
—Lo sé por lo que el paciente me contó.
—Puede usted interrogar al testigo —dijo Drew a Mason.
Éste preguntó al doctor.
—¿Está seguro de que la causa de la muerte fue el envenenamiento por arsénico?
—Sí.
—Usted trató al fallecido durante su última enfermedad, y firmó su certificado de defunción, ¿no?
—Sí.
—Y en el certificado de defunción hizo usted constar que la causa de la muerte había sido una gastroenteritis… Dicho de otro modo: una indigestión aguda, ¿no?
—Es que ahora sé más que antes.
—Conteste a mi pregunta, doctor. ¿Firmó usted un certificado de defunción consignando que la causa de la muerte había sido una gastroenteritis?
—Sí.
—¿No se le ocurrió pensar en aquellos momentos que podía ser un envenenamiento por arsénico?
—No había motivos para que yo sospechara tal cosa, no, señor.
—¿Qué fue lo que le hizo cambiar de opinión últimamente, doctor?

—El análisis que efectuamos después de desenterrar el cadáver.

—¿Encontraron ustedes arsénico?

—Sí.

—El forense le dijo algo, que usted respaldó, llevándole a cambiar de opinión, ¿eh?

—Bueno, nosotros encontramos arsénico.

—¿Quién dio con el arsénico?

—Los dos trabajamos en la autopsia.

—¿Quién hizo el análisis toxicológico?

—Se llevó a cabo en el laboratorio del forense.

—Así que le bastó la afirmación de su colega para admitir la presencia del arsénico, ¿no?

—Sí, en efecto.

—Y entonces cambió de opinión con respecto a la causa de la muerte, ¿no?

—Pues ya que usted lo quiere expresar de esa forma, le diré que sí. Todos cometemos errores.

—¿Está usted seguro de no estar cometiendo ahora otro, doctor?

—No lo creo.

—Sin embargo, cuando usted incurrió en esa equivocación al consignar la causa de la muerte estaba tan convencido de que se hallaba en lo cierto como en estos momentos, ¿verdad?

—Creo que sí.

—Gracias, doctor. Eso es todo.

Drew requirió la presencia de Herman J. Bolton en el estrado, mostrando la póliza de seguros contratada por William Anson. Citó la fecha del fallecimiento de éste y declaró que la acusada, Selma Anson, por el hecho de sobrevivir a su marido había cobrado cien mil dólares, de acuerdo con las condiciones del documento.

—¿Habló usted con la acusada, Selma Anson, de las circunstancias en que se produjo el fallecimiento de su esposo? —preguntó Drew.

—Sí, señor.

—¿Qué le contó ella? Cite sus mismas palabras, lo más aproximadamente, al menos.

—Me dijo que ella y su marido habían estado en casa de Delane Arlington y que uno de los platos preparados para la cena había sido una ensalada de cangrejos. Añadió que esta ensalada había

permanecido fuera del frigorífico durante toda una tarde, a lo largo de la cual había hecho mucho calor, y que estaba convencida de que aquel alimento se había echado a perder.

—¿Le dijo cuánto tiempo había transcurrido entre la cena y el fallecimiento de su esposo?

—Sí. Unas veinte horas.

—Puede usted interrogar al testigo —manifestó Drew, dirigiéndose a Mason.

—Renuncio al interrogatorio —contestó éste.

—Requiero ahora la presencia de la señora de Fowler Arlington —dijo Drew.

Lolita Arlington, entristecida y desalentada, a juzgar por su expresión, subió al estrado.

—Su nombre de pila es Lolita, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Es usted la esposa de Fowler Arlington?

—Sí, señor.

—¿Es Fowler el hijo mayor de Douglas Arlington, quien a su vez era hermano de Delane Arlington?

—Sí.

—Así, pues, Delane Arlington es su tío político.

—En efecto.

—¿Viven usted y su esposo en la misma casa que Delane Arlington?

—Sí, señor.

—¿Es grande la casa?

—Muy grande.

—¿No hay hacia la parte posterior de la casa una instalación completa, adecuada, con asadores, mesas y sillas, con objeto de poder cocinar al aire libre?

—Sí.

—Voy a poner en sus manos esta fotografía para ver si reconoce el lugar.

—Sí, se trata de una fotografía de ese sitio.

—Y esta otra, ¿es de la casa de Delane Arlington?

—Sí.

—¿Es esta otra perspectiva?

—Sí.

—¿Es ésta una nueva vista desde otro ángulo?

—Sí.

—Señoría: desearía que estas fotografías figuraran entre las pruebas y que se les dieran los números correspondientes por el funcionario encargado de tal trámite.

—Nada que objetar —declaró Mason.

—Conforme —señaló el juez Crowder.

—¿Conocía usted a William Anson? —inquirió Drew, dirigiéndose a Lolita.

—Lo conocí en casa de tío Dee… Al decir tío Dee me refiero a Delane Arlington. Tío Dee lo invitó a aquella cena, que era más bien una reunión familiar.

—¿Dónde cenaron ustedes?

—En el lugar ya acondicionado para eso.

—¿Recuerda la hora?

—Serían las ocho de la noche, aproximadamente.

—¿Habían sido encendidas las luces?

—¡Oh, sí!

—¿Habló usted de vez en cuando con la acusada, Selma Anson?

—Sí, desde luego.

—¿Cómo la acogió?

—Bien. ¿Qué otra actitud podía adoptar? Mi esposo y yo vivimos en la casa de Delane Arlington. Yo soy quien lo dirige todo cuando celebra alguna reunión. Como anfitriona, procuré que Selma Anson se sintiese allí a gusto. Le hice preguntas de tipo personal y amistoso; me interesé por sus pasatiempos favoritos…

—¿Qué le contó en relación con éstos?

—Me dijo que le agradaban los pájaros y que se dedicaba a observarlos. Había ideado una trampa para cazarlos sin causarles daño.

—Siga.

—Le gustaba conservar los ejemplares más curiosos.

—¿Vivos?

—No. Los mataba, tratando sus cuerpos con un preparado especial.

—¿Le dio a conocer el nombre del preparado?

—Sí. Se llamaba «Plumafirme». Es un nombre comercial y por ese motivo fácil de recordar.

—¿Le hizo saber de qué estaba compuesto?

—Me dijo que entre otras cosas contenía arsénico. Éste mantiene los cuerpos tratados, en buenas condiciones.

—Usted ha oído hablar aquí, hace unos minutos, de cierta ensalada de cangrejos.

—Sí, señor.

—¿Quién la preparó?

—Yo. Es un plato que a tío Dee le gusta muchísimo. Lo hacía con frecuencia…

—¿Lo preparó aquel día?

—Sí.

—¿El día quince de septiembre?

—Sí.

—¿Hacía calor suficiente para pensar en cenar fuera de la casa?

—¡Oh, sí!

—¿A qué hora fue la cena?

—Comenzó alrededor de las ocho.

—¿Hubo aperitivos?

—Sí, desde luego. Patatas fritas, queso, lo de siempre en tales casos… Y diversas bebidas.

—¿Fue servida la ensalada de que hemos hablado?

—Sí.

—¿Cómo fue servida?

—Yo me encontraba en la cocina del jardín. La dispuse en platos adecuados, que la señora Anson y Mildred fueron colocando en la mesa.

—¿Estaban asignados ya los sitios en la mesa?

—Los nombres de los miembros de la familia figuraban pintados en los bancos para que todos ocuparan siempre el mismo lugar.

—Bueno, ha dicho usted que la acusada, Selma Anson, la ayudó a servir los platos de ensalada.

—Sirvió unos cuantos. Recuerdo haberle dicho entonces que uno verdaderamente colmado era para el tío Dee, que era muy aficionado a aquella ensalada. Selma Anson me contestó que a su marido también le gustaba mucho.

—¿Sirvió ella todos los platos?

—No lo sé. Nos echó una mano en aquel trabajo. Yo andaba muy ocupada tostando pan… Todo lo que recuerdo es que se llevó

algunos. Y se me viene ahora a la memoria el episodio del plato sucio.

—¿Quiere usted explicar a la Sala esto último? —preguntó Drew.

—Bien… Después de la cena, nos dedicamos a despejar la mesa. Selma Anson colaboró en esta tarea. En cierto momento, alargó a Mildred un plato, diciendo: «Bueno, cualquiera creería que mi marido ha acabado lamiendo este plato… Confiesa que no ha probado nunca una ensalada tan rica». Y, de pronto, se le escapó el plato de las manos, yendo a parar al suelo.

—¿Era el suelo de tierra?

—No. Por aquella parte del jardín tenemos un piso de ladrillo rojo.

—¿Y qué fue del plato?

—Se rompió.

—¿Qué fue de los trozos?

—Selma Anson exclamó: «¡Oh, lo siento mucho!». Yo le contesté: «No tiene importancia. Eche los pedazos a este cubo». A continuación, levanté la tapa del recipiente al que solemos arrojar esa clase de desperdicios.

—¿Había dos cubos allí?

—Sí. Uno es para los cascos de botellas, loza y otros restos similares. El otro se emplea para los residuos de comida.

—Bueno, ¿qué fue de aquel lugar del jardín tras esa cena?

—Todo el mundo sufrió indisposiciones con la famosa ensalada, culpándome yo de lo sucedido. El frigorífico se hallaba lleno. Saqué la fuente de la ensalada con la intención de pedirle a Mildred que la colocara en el segundo frigorífico que tenemos en la planta baja… Pero Mildred y yo teníamos que ir a la peluquería aquella tarde y… Bien. El caso es que dejé la fuente encima de la mesa de la cocina y las dos nos olvidamos de ella.

—¿Qué más?

—Nada más regresar, pusimos la fuente dentro del frigorífico.

—Hábleme ahora de ese lugar del jardín en que cenaban a veces. ¿Se han vuelto ustedes a reunir allí recientemente?

—A tío Dee le impresionó mucho la muerte del señor Anson. Dijo que ya no quería saber más de cenas al aire libre ni de reuniones. Entonces, cerró la puerta que conducía a aquel sitio,

poniéndole un candado.

—¿Cuánto tiempo ha estado puesto ese candado?

—Sigue allí todavía.

—¿Quién tiene las llaves de él?

—Las hay en la casa, por si queremos entrar allí.

—¿Quiere usted decirnos algo más ahora acerca del plato roto, aquel en que le había sido servida la ensalada a William Anson?

—Sí. Hay algo más. Hace un par de semanas la policía fue a verme, diciéndome que estaban efectuando investigaciones sobre la muerte de William Anson. Me preguntaron qué era lo que yo sabía acerca de este asunto y se lo conté todo. Luego, el teniente Tragg, de la Brigada de Investigación Criminal, me hizo varias preguntas. Quiso saber, entre otras cosas, si había sido vaciado el cubo de los desperdicios.

»Le expliqué que el recipiente que contenía los restos de comida ya no estaba allí, por el hecho de haber sido recogido por el hombre que normalmente cuida de eso. El otro, en cambio, siempre se deja en su sitio, hasta que se encuentra lleno por completo.

—¿Qué más?

—El teniente Tragg me pidió que lo condujera al recinto del jardín en que cenamos aquella noche. Cogí una llave y le abrí la puerta. Miró en el cubo de los desperdicios y vio dentro varios cascos de botellas de cerveza y los trozos del plato roto.

—¿Se trataba del mismo plato? —preguntó Drew.

—Sí.

—¿Cómo pudo usted reconocerlo?

—Conozco nuestros platos y sus dibujos… Y me acordé de que aquél se había partido en tres pedazos.

—¿Qué hizo el teniente Tragg?

—Se quedó con el plato.

—¿Sabe usted qué fue de él después?

—No. El teniente Tragg me dijo que volviese a cerrar la puerta del recinto y que no dejara entrar a nadie allí. Me indicó también que no debía referir lo del plato.

—¿Obró usted de acuerdo con sus instrucciones?

—Sí.

Drew miró a Perry Mason.

—Puede usted interrogar a la testigo.

Mason dijo:

—¿No le pareció a usted extraño, señora Arlington, que un recinto tan bien arreglado como el del jardín de su casa, donde cenaron, fuese cerrado sólo porque unas cuantas personas ingirieron alimentos en malas condiciones, muriendo una de ellas?

—Aquello no fue una intoxicación casual —declaró la testigo—. Fue un deliberado envenenamiento.

—En tales circunstancias, ¿no le extraña que haya quedado ese lugar cerrado?

—No.

—Pues entonces usted sabe desde hace más de un año que aquello no fue una intoxicación casual.

La testigo vaciló, cambiando varias veces de postura en su asiento. Luego, respondió:

—No. Eso lo supe recientemente.

—Pero, ¿no le pareció raro lo de mantener el recinto cerrado?

—De acuerdo —cedió ella—. Es raro… Ahora bien, se trataba de un deseo de tío Dee.

—Gracias —replicó Mason—. Eso es todo.

Alexander Drew, alto, frío, impresionante, dijo:

—Requerimos ahora la presencia del teniente Tragg en el estrado.

El teniente se presentó con un paquete sellado. Prestó juramento, sentándose. Dio a conocer su graduación y señas particulares, declarando además el tiempo que llevaba en la Brigada de Investigación Criminal. Drew pasó a preguntarle:

—¿Conoce usted a la señora de Fowler Arlington, la testigo que acaba de prestar declaración?

—La conozco, sí.

—¿Dónde la conoció?

—En la casa de Delane Arlington.

—¿Qué pasó allí?

—Le pedí que me enseñara el sitio en que habían cenado la noche de autos, aquella en que William Anson fue envenenado.

—¿Y le llevó allí?

—Sí.

—¿Qué vio usted?

—Una puerta cerrada con un candado. Ella tenía una llave. Todo

estaba preparado en aquel lugar para cocinar al aire libre. Había gas, un frigorífico para fabricar hielo, un bar portátil, asadores, por supuesto, una mesa, bancos y algunas sillas plegables.

—¿Todo ello debidamente protegido contra la intemperie?

—Sí.

—¿Qué más vio usted allí?

—Abrimos un recipiente de desperdicios y encontramos un plato roto.

—¿Conoce usted la historia del mismo?

—Solamente sé lo que contó la señora Arlington.

—¿Está ese plato en su poder?

—Sí.

—¿Podríamos verlo?

El teniente Tragg abrió su paquete, mostrando un plato roto en tres pedazos.

—¿Se encuentra en el mismo estado que cuando usted lo encontró?

—No —replicó el teniente Tragg—. Como puede ver, ha sido tratado adecuadamente para localizar huellas dactilares.

—¿Encontraron huellas dactilares en él? ¿Podrían decirnos tales huellas quiénes manipularon el plato?

—Sí, señor. La ensalada recubrió la loza con una especie de barniz, que al resecarse conservó perfectamente esas huellas.

—¿Qué huellas dactilares encontraron?

—Dos. Debidamente desarrolladas éstas, han permitido una identificación positiva.

—¿De quiénes eran?

—Una corresponde a Selma Anson, la acusada.

—¿Y la otra?

—La otra era de William Anson, el difunto.

—¿Encontraron algo más?

—Sometimos el plato a un análisis químico.

—¿Y qué averiguaron como resultado del mismo?

—Preferiría que fuese el toxicólogo quien diese ese informe. Yo fui tan sólo un testigo de su labor.

—¿Vio alguien más el plato?

—Sí. El señor Rayburn Hobbs.

—¿Puedo preguntarle quién es el señor Rayburn Hobbs?

—El señor Hobbs es ingeniero químico y también presidente de la *Hobbs Chemical Company*.

—¿Y vio él el plato?

—Sí, señor.

—¿Llevando a cabo algunos experimentos con el mismo?

—Sí, señor.

—¿Estando usted presente?

—Estando yo presente, sí, señor.

—¿Y puede usted garantizar la identidad de ese plato?

—Puedo asegurar, desde luego, que se trata del sacado del recipiente de los desperdicios. Ha estado en mi poder desde entonces. Lo he conservado en un paquete sellado, excepto cuando ha sido objeto de manipulaciones. Lo he guardado bajo llave, en mi despacho.

Drew manifestó:

—Solicitamos que este plato roto, compuesto de tres trozos, sea admitido como prueba, quedando los pedazos numerados así: 5A, 5B y 5C.

—Nada que objetar —dijo Mason.

—Procédase así —ordenó el juez Crowder.

—Su turno de preguntas —dijo Drew a Mason.

—¿No es raro que una huella digital dure tanto tiempo en un plato de este tipo?

—Es muy raro, realmente. Ahora bien, en este plato concurrían condiciones especiales.

—¿Por ejemplo?

—Había contenido una sustancia líquida, de la que se habían impregnado los dedos las personas que habían tocado el plato. La pátina de esa sustancia, resecada, la película de grasa, determinó la conservación de las huellas.

—¿Y encontraron ustedes huellas correspondientes a dos personas?

—Sí, señor.

—¿Que podían ser identificadas?

—Positivamente.

—¿De quiénes eran?

—Una era del dedo índice derecho de William Anson; la otra, del dedo grueso derecho de la acusada.

—¿Había otras huellas?

—No, que fueran identificables.

—¿Tiene usted alguna idea sobre el tiempo que han estado esas huellas en el plato?

—Pueden haber llevado en él más de un año.

—Eso no es lo que le he preguntado —dijo Mason—. ¿Tiene usted alguna idea sobre el tiempo que han estado esas huellas en el plato?

—No, señor.

—Esa sustancia de la ensalada pudo haberse secado, ¿en cuánto tiempo? ¿En doce horas, en veinticuatro horas, en cuarenta y ocho horas?

—Yo diría que en cuarenta y ocho horas debió de haberse secado bien.

—Así pues, de acuerdo con todo lo que usted sabe, las huellas podían haber sido impresas en ese plato dentro de las cuarenta y ocho horas anteriores al momento en que quedó bajo su custodia, ¿no?

—¿Se refiere usted a las huellas digitales de Selma Anson, la acusada?

—Ciertamente.

—Su interpretación es correcta —respondió el teniente Tragg—. Las de William Anson no podían haber quedado impresas allí, tras su muerte. Por consiguiente, considero, esto establecido, que hay una especie de medida mediante la cual es posible calcular la antigüedad de todas las huellas que estuvimos en condiciones de fotografiar e identificar y estimo que, dadas las circunstancias, las huellas debieron quedar impresas a la hora de la cena, puesto que el señor Anson pasó al hospital inmediatamente después de la misma, falleciendo en éste.

—Gracias, teniente —dijo Mason—. No hay más preguntas.

Drew manifestó:

—Requiero la presencia de Rayburn Hobbs, mi siguiente testigo.

Hobbs dio su nombre y dirección. Declaró ser ingeniero químico y que desempeñaba el cargo de director de la *Hobbs Chemical Company* desde hacía cinco años.

—¿A qué se dedica la *Hobbs Chemical Company*? —inquirió Drew.

—Elabora diversos preparados químicos. Nos hemos especializado en aquellos que utilizan los taxidermistas.

—¿Conoce usted un producto elaborado por su firma que sirve para lograr la buena conservación de los pájaros que van a ser disecados?

—Estoy muy familiarizado con él. Yo inventé la fórmula.

—¿Tiene esa fórmula un nombre comercial?

—Sí, señor.

—¿Cuál es ese nombre comercial?

—«Plumafirme».

—¿Y cuál es el principal ingrediente de la fórmula, o uno de los principales?

—El arsénico.

—¿Es el arsénico de gran utilidad en el tratamiento de los cuerpos a disecar?

—En la combinación con que figura en estos polvos resulta muy efectivo.

—¿Hay otros ingredientes químicos?

—¡Oh, desde luego!

—Quiero preguntarle ahora, señor Hobbs, si hace unos dos años tuvo usted alguna dificultad a causa de los que denominaremos una competencia desleal.

—Sí que la tuvimos.

—¿Qué supieron ustedes en relación con ese asunto?

—Supimos que algunos detallistas quitaban los rótulos de nuestros envases, dándoles salida como productos de la competencia.

—¿Era eso provechoso para ellos?

—Si se entendían con ciertos mayoristas, sí.

—¿Dieron ustedes algunos pasos para remediar tal situación?

—En efecto.

—¿Qué hicieron?

—En determinados lotes de nuestros polvos pusimos un producto químico bastante oscuro.

—¿Con qué fin?

—Así podíamos efectuar una comprobación sobre el terreno, de querer averiguar si nos encontrábamos ante nuestro producto. He de decirle que esto no es nada nuevo. Es una treta a la que recurren

todas las compañías que trabajan con fórmulas secretas. Se introduce una sustancia química extraña, en pequeñas cantidades. Luego, hay un análisis espectroscópico y si las líneas del espectroscopio evidencian la presencia del elemento extraño queda bien patente que el producto es el del fabricante.

—¿Y procedieron ustedes así con el «Plumafirme»?

—Sí, señor.

—Vamos a ocuparnos ahora de ese plato presentado por el teniente Tragg. ¿Llevó usted a cabo un análisis espectroscópico de los residuos adheridos a él?

—Sí. Rascamos un poco de los residuos resecos y analizamos éstos en el espectroscopio. Realizamos también un análisis convencional. Lo que se había quedado adherido a la cara interior del plato contenía una gran cantidad de «Plumafirme».

—Su turno —dijo Drew a Mason.

—¿Siguen ustedes introduciendo ese elemento extraño en el preparado que venden con el nombre comercial de «Plumafirme»? —preguntó Mason.

—No, señor —respondió Hobbs.

—¿Cuándo dejaron de utilizarlo?

—Hace unos seis meses, cuando la situación creada por la competencia se aclaró. Ese elemento no tiene nada que ver con las propiedades del preparado. Ha sido ideado su empleo sólo para permitirnos una rápida identificación de lo que nosotros elaboramos.

—Ya. Creo que esto lo hacen algunos fabricantes, siempre que desean seguirle la pista a algún producto.

—Cierto —replicó el testigo—. Se hace con mucha frecuencia.

—Gracias —dijo Mason—. No hay más preguntas.

Drew manifestó:

—Requiero la presencia de Thomas Z. Jasper, mi siguiente testigo.

Jasper era un hombre de mediana edad, que caminaba ligeramente encorvado. Tenía unos ojos grises muy vivos y parecía estar sonriendo siempre. Sentóse en el estrado de los testigos, declarando que contaba cincuenta y siete años y que llevaba la dirección de un establecimiento dedicado a la venta de artículos referentes a los pasatiempos más diversos.

—¿A qué se dedican preferentemente dentro de su gama? —inquirió Drew.

—Centramos la atención sobre todo en tres pasatiempos muy extendidos: monedas antiguas, sellos de correos y equipos para taxidermistas aficionados.

—¿Conoce usted un preparado que lleva el nombre comercial de «Plumafirme»?

—¡Oh, sí! Lo vendemos mucho. Precisamente, tenemos la exclusiva del mismo, en esta ciudad.

—¿Le es a usted familiar la figura de Selma Anson, la acusada?

—Sí, por supuesto. Tiene cuenta abierta en nuestra casa. O la tuvo…

—¿Le vendió en alguna ocasión ese producto llamado «Plumafirme»?

—Sí, sí, claro.

—¿En cuántas ocasiones?

—Yo diría que media docena de veces, por lo menos.

—¿Se enteró usted en su día de la muerte de su marido?

—Sí. No recuerdo la fecha exacta, pero sí que la llamé por teléfono para darle el pésame.

—¿Compró ella alguna vez «Plumafirme» con posterioridad a la muerte de su esposo?

—Yo no lo recuerdo. En mis libros no figura ninguna anotación al respecto. Si adquirió el preparado se trataría de alguna venta al contado. Tengo la impresión, sin embargo, de que a raíz de la muerte de su marido dejó de comprarnos cosas para sus trabajos de taxidermia.

—Gracias —dijo Drew—. Puede usted interrogar al testigo, señor Mason.

—Renuncio al interrogatorio.

—¿Podría consultar unos detalles con el teniente Tragg? —inquirió Drew—. Creo que así podríamos activar un poco estas actuaciones. Hasta ahora todo se ha desarrollado con fluidez.

—Tengo que felicitar a la acusación y a la defensa por ello —manifestó el juez Crowder.

»Ahora habrá un aplazamiento de quince minutos. ¿Tiene usted que presentar muchos testigos más, señor fiscal?

—Dos o tres más, tan sólo. Deseo presentar la póliza de seguros.

Quiero contar con el testimonio del toxicólogo y del forense. Quiero enseñar también la orden de exhumación del cadáver del finado. Me figuro que podremos terminar hoy si no se prolongan mucho los interrogatorios de la defensa. Los míos serán breves.

—Perfectamente —respondió el juez Crowder—. Se aplaza la vista de la causa durante quince minutos.

El auditorio se puso en pie silenciosamente mientras el juez Crowder abandonaba la Sala. Al volverse hacia la puerta, Mason notó que alguien le tiraba de la manga.

Era Daphne Arlington.

—Señor Mason: ¡tengo que hablar con usted en seguida! ¡Es muy importante!

Mason dijo a Selma Anson:

—Usted espéreme aquí. Della: no te separes un momento de la señora Anson. Procura que no haga ninguna declaración a la prensa ni a nadie. Bueno, Daphne, vamos a entrar en esa habitación. Allí podremos hablar.

Ya a solas, Daphne, con lágrimas en los ojos, dijo:

—Ha sucedido lo peor ya. Y no hay manera de probarlo. Es una de esas cosas que…

—Bueno, tranquilícese, primero. Serénese y dígame qué es lo que ha pasado.

—Ellos han urdido la prueba de que le hablé, la prueba definitiva, arreglándoselas para que tío Dee diera con la misma…

—¿Cómo lo sabe?

—George Findlay preguntó a tío Dee si había inspeccionado a fondo realmente el recinto del jardín en que se celebró la cena. Luego, le sugirió la conveniencia de utilizar en el futuro otro rincón de aquél. De esta manera, se esfumarían en parte ciertos recuerdos penosos. A tío Dee no le pareció mal la idea y con tal fin revisó el lugar para tomar la medidas necesarias.

»Estando allí, registró un armario que había cerca del fregadero. En uno de sus estantes encontró un frasquito casi lleno de «Plumafirme».

»¿Se da cuenta de lo que significa eso? ¿Por qué razón iba a presentarse allí Selma Anson, una invitada, la noche de la cena, con un frasco de «Plumafirme»? ¿Qué es lo que puede justificar la presencia del preparado en aquel sitio?

»Es lo que le dije. George Findlay, ayudado por Mildred, quizás, ha puesto esa prueba allí. Esto va a perjudicar mucho a Selma Anson, sobre todo si pensamos en las otras circunstancias que concurren en el caso.

»Han procedido con mucha astucia. Por el hecho de haber encontrado la prueba tío Dee, éste se enfrentará con un dilema: o bien se decide a ir en contra de su conciencia u opta por subir al estrado para declarar contra Selma Anson.

—Dígame, Daphne: ¿está su tío realmente enamorado de Selma?

—Naturalmente que está enamorado de ella —repuso Daphne, sin vacilar—. Últimamente es cuando se ha dado cuenta de veras de lo mucho que la ama. No abriga más ilusión que la de casarse con ella. Pero sabe que Selma Anson no lo aceptará jamás por esposo mientras recaigan tantas dudas y sospechas sobre su persona. Ésta es una situación terrible, señor Mason.

—Siéntese, Daphne —rogó Mason a la joven.

Mason se acomodó frente a ella.

—¿Cree usted que su tío se presentará a la policía para revelar lo que ha encontrado?

—Tiene que hacerlo. Su conciencia le impulsará a obrar así, desde luego. Además, si oculta una prueba, en un caso como el presente, él también delinque, ¿no?

—Bueno, eso depende…

—¿Depende de qué?

—Depende del tipo de personal relación existente entre las partes. A un esposo le corresponde el privilegio de no ser llamado como testigo contra su mujer.

—Pero es que ellos no están casados —alegó Daphne—. Tío Dee carece de esposa.

—Eso es cierto —convino Mason.

Hubo un silencio que duró varios segundos. Finalmente, Mason dijo:

—Pinky Brier es una de nuestras mejores mujeres pilotos. Posee unas avionetas de primer orden… Y, después de todo, Selma Anson se encuentra en libertad bajo fianza…

Bruscamente, Mason se puso en pie, sonriente. Daphne se había quedado perpleja.

—Bueno, Daphne. Siento mucha simpatía por su tío, pero en las

presentes circunstancias yo no puedo aconsejarle. Es un caso de conciencia.

—Señor Mason: ¿quiere usted decir que si tío Dee…?

—Es usted una buena muchacha, Daphne —manifestó Mason, interrumpiéndola—. También es inteligente. Y sus oídos están en excelentes condiciones. Ya oyó lo que dije; en las presentes circunstancias, yo no soy la persona más idónea para aconsejar a su tío. Bueno, Daphne, tengo que regresar a la Sala. No sé qué habrá sido de mi cliente. Me imagino que los periodistas la estarán asediando, en busca de buenas declaraciones interesantes. Le preguntarán si se acuerda del plato roto, le dirán que todas las pruebas la condenan. Y otras lindezas por el estilo, a las cuales los reporteros recurren frecuentemente cuando desean hacer hablar a alguien.

Mason echó a andar hacia la puerta, desde la que se volvió para mirar sonriente a Daphne, quien le contemplaba boquiabierta.

—Si es que llega a verla, dé usted recuerdos de mi parte a Pinky —dijo el abogado.

E, inmediatamente, salió de la estancia.

Capítulo 18

El juez Crowder entró en la Sala y el representante del fiscal del distrito dijo:

—Con la venia de la Sala. Tengo otro testigo al que quisiera interrogar esta mañana, antes de hacer subir al estrado al toxicólogo. He pedido a éste que se presentara a las dos. ¿Se acomoda eso a las conveniencias de la Sala?

—Sí, probablemente —contestó el juez Crowder—. Si se dispone de tiempo, sin embargo, podría usted interrogar a otros testigos. Quisiera que eso siguiera desarrollándose con la misma fluidez que hasta ahora.

—Sí, señoría. Requerimos ahora la presencia de Mildred Arlington en el estrado —dijo Drew.

Mildred Arlington avanzó hasta Drew. Su expresión era sobria y decidida. Llevaba los labios apretados. El toque de carmín en ellos resultaba más artificial que nunca.

—¿Se llama usted Mildred Arlington?

—Sí, señor.

—¿Qué parentesco le une con Delane Arlington?

—Soy su sobrina.

—¿Tiene usted hermanos y hermanas?

—No, señor. Yo soy hija de Oliver Arlington. Tengo primos: los hijos de Douglas Arlington.

—¿Dónde vive usted, señorita Arlington?

—Vivo en casa de mi tío Dee.

—¿Vivía usted en casa de su tío Delane Arlington por la época en que tuvo lugar la cena que precedió a la muerte de William Anson?

—Sí, señor.

—¿Cuánto tiempo llevaba viviendo allí, con anterioridad a

aquella fecha?

—Unos cinco años.

—¿Es usted soltera?

—Sí.

—¿Ha estado estudiando?

—Sí.

—¿Quién le pagó sus estudios?

—Tío Dee… Delane Arlington, quiero decir, mi tío.

—¿Se acuerda usted de la cena a que me he referido anteriormente?

—Sí, señor.

—¿Cuál era su misión allí? ¿A qué se dedicó?

—Me ocupé de algunos trabajos de la cocina y de la elaboración de las ensaladas.

—¿Preparó usted la ensalada de cangrejos?

—Lolita se ocupó de eso.

—¿Se acuerda de algo en particular correspondiente a aquellos momentos?

—Sí. Yo llevaba mis cosas bien. Luego, se presentó Selma Anson, la acusada, quien insistió en ayudarme.

»Pienso que quería colaborar, en efecto, pero era nueva allí y lo que hizo fue estorbar. La acogimos con paciencia porque juzgamos que su intención era buena.

—¿Se acuerda de algo en particular referente a la ensalada?

—Recuerdo muy *particularmente* lo referente a los dos platos de ensaladas que fueron servidos a los dos hombres, en una mesa aparte.

—Al decir «los dos hombres», ¿a quiénes se refiere?

—A Delane Arlington, mi tío, y a William Anson, el esposo, ya fallecido, de la acusada. Hablaban de negocios y se sentaron en una de las mesas pequeñas, apartadas de la grande, que cuenta con unos bancos.

—¿Y qué es lo que recuerda en relación con aquellos dos platos de ensalada?

—Destiné el más colmado a tío Dee. Siempre que Lolita o yo hacíamos aquella clase de ensalada, tío Dee prescindía casi de todo lo demás.

»Al entregar los platos a la señora Anson le indiqué cuál era para

mi tío y cuál era para su esposo. Luego, ella echó a andar hacia la mesa pequeña.

»Advertí, no obstante, que al llegar al extremo de la mesa grande, fingió que se había manchado los dedos con el aliño de la ensalada, por cuya razón dejó un momento los platos sobre el tablero. Durante unos momentos anduvo ocupada con una servilleta de papel, secándose los dedos. No vi nada raro en eso entonces… El caso es que estuvo unos instantes manipulando ambos platos.

—¿La vio cuando los servía?

—No. La vi cuando los cogió de nuevo.

—¿Ha visto el plato roto, es decir, las pruebas numeradas 5A, 5B y 5C?

—Sí, señor.

—¿Se acuerda de algo acerca de él?

—¡Ya lo creo! Vi cómo la acusada lo dejaba caer al suelo. Fue una cosa deliberada, no accidental.

—¡Protesto! —dijo Mason—. Esa es una conclusión particular de la testigo.

—Se admite la protesta —contestó el juez Crowder—. Pero sólo en lo concerniente a la última parte de la respuesta.

—Puede usted proceder al interrogatorio de la testigo —dijo Drew a Mason.

—¿Preparó usted los platos de la ensalada? —inquirió el último, dirigiéndose a Mildred Arlington—. ¿Incluso los destinados a los dos hombres?

—Sí.

—¿Y destinó a su tío Dee, como usted le llama, el más colmado?

—Sí.

—La acusada no es persona de su agrado, ¿verdad?

—¡No! ¡En absoluto! —repuso Mildred, secamente.

—¿Puedo preguntarle por qué razón?

—La tengo por una mujer astuta, calculadora. Moralmente, estoy segura de que asesinó a su esposo.

Circularon unos fuertes rumores por la sala.

—¿Y desea usted que sea condenada como autora de ese crimen?

—No me interesa el resultado de esta causa. Lo que yo no quiero es verla en mi familia. Usted me ha hecho una pregunta y yo le he

contestado con toda franqueza.

—Y cuando la señora Anson volvió a su lado, después de haber servido la ensalada, ¿habló de que se le había derramado parte del aliño?

—No.

—¿Aludió usted a eso?

—No.

—Más tarde, el plato en que se había servido la ensalada al esposo de la acusada, se rompió, ¿no?

—En efecto.

—¿Cómo se rompió?

—Ella lo dejó caer…

—¿Cómo fue eso?

—Selma Anson se lo alargó a Lolita, pero como ésta andaba muy ocupada fui a cogerlo yo. Estaba un poco manchado el plato por la parte de fuera, estaba resbaladizo… Ella acabó dejándolo caer antes de que yo llegara a poner las manos en él. Así fue como se rompió.

—¿Y qué hizo usted?

—Le dije que pondríamos los pedazos en el recipiente de los desperdicios.

—¿No sé ocupó ella de eso?

—Me ocupé yo.

—En consecuencia, la huella dactilar de la acusada, que se localizó allí, pudo quedar impresa cuando ella les ayudó a poner los trozos del plato roto en el recipiente aludido.

—Yo no sé cuándo quedó impresa la huella dactilar allí. No vi ninguna, por mi parte. Lo que le estoy diciendo es lo que sé por mí misma. Yo soy la persona que se ocupó de coger los trozos que quedaron del plato.

—¿Usted sabe que la acusada sirvió los platos de ensalada destinados a los dos hombres que se habían sentado en una mesa aparte?

—Sí.

—Gracias —repuso Mason—. Eso es todo.

Drew dijo:

—Con la venia de la Sala. Solicito un aplazamiento hasta las dos. A esta hora prestará declaración mi siguiente testigo, el toxicólogo.

—Son ahora las once y media —contestó el juez Crowder,

vacilante.

Mason se puso en pie.

—La defensa solicita un aplazamiento de las actuaciones hasta mañana por la mañana.

»Puedo declarar que estimo que el caso quedará visto para sentencia mañana por la tarde. La defensa tiene muy pocas pruebas que aportar.

El juez Crowder consideró cuidadosamente aquellos extremos.

—Tengo pendiente otro caso más breve del que podría ocuparme esta tarde, si la acusación está de acuerdo. ¿Qué opina acerca de la concesión de la libertad bajo fianza a la procesada el representante de la oficina del fiscal del distrito?

—Creo que debería ser cancelada, permaneciendo la acusada bajo custodia.

Mason manifestó:

—El único objeto de la fianza es asegurar la presencia de la acusada en la Sala. La acusada ha entregado cien mil dólares en efectivo, desde luego, pero es que además posee otros bienes.

El juez Crowder se quedó pensativo.

—Ha de reconocer usted, señor Mason, que en esta etapa de la vista las pruebas aportadas por la acusación resultan bastante convincentes.

—Siempre ocurre lo mismo con las pruebas presentadas por la acusación, señoría —señaló Mason.

El juez Crowder continuaba mostrándose caviloso.

—Bien —dijo—. Prorrogaré los beneficios de la fianza hasta mañana. ¿Cree usted que el caso podrá quedar visto para mañana por la noche, señor Mason?

—Por nuestra parte, señoría, creo que podrá ser tomada una decisión hacia las cuatro y media. A menos que la argumentación de la acusación se prolongue mucho. La nuestra no va a durar más de quince minutos.

—Pues entonces —decidió el juez Crowder—, tendremos un aplazamiento. Se aplaza la vista de la causa hasta mañana por la mañana, a las nueve y media. Se prorrogan los derechos de la acusada en lo concerniente a la fianza. Quiero que ambas partes comprendan que perdería la cantidad depositada en el caso de no hallarse ella presente en la Sala mañana, a las nueve y media.

Cuando el público desfilaba hacia la salida, Alexander Drew miró a Perry Mason, sonriendo.

—Ya ha visto usted lo que piensa el juez sobre las pruebas aportadas por nosotros —dijo—. Y todavía no he terminado.

—Ni yo tampoco —replicó Mason.

Capítulo 19

Perry Mason, Della Street y Paul Drake fueron a comer a su restaurante preferido, a razonable distancia del Palacio de Justicia.

Drake preguntó a Mason:

—¿No cree que se las habría arreglado mejor con un jurado?

Mason denegó moviendo la cabeza.

—Las pruebas son abrumadoras —declaró Drake—. El caso es que Bill Anson fue envenenado. Entre las personas que había en el jardín la noche de la cena, la única que podía tener motivos para acabar con él era su esposa, Selma.

»Tome ese hecho y únalo a los otros que concurren en este asunto. No veo para el juez Crowder más salida que la de declararla culpable. Crowder es un hombre justo, tiene que serlo. Y no lo va a sacar de ahí apelando a sus condiciones de orador.

—Ni siquiera pienso intentarlo —dijo Mason—. Hablaré durante quince minutos. Son suficientes a veces para resolver un caso.

—Yo creo que en estos instantes ese hombre se inclina ya decididamente a un lado —opinó Drake.

—Pudiera ser —manifestó Mason.

Drake miró a su amigo, receloso.

—Perry: usted se ha escondido en la manga alguna carta decisiva…

—Dentro de la manga lo único que llevo es el brazo.

—¿Y qué más?

—¡Oh! Quizás un par de ases. Usted sabe que el villano de esta comedia es George Findlay. Ha puesto el hombre los ojos en una bonita herencia y no quiere que suceda nada que le impida disfrutar de ella.

—¿Entonces?

—Por tal motivo anda preocupado ante el empeño que he puesto

en que Selma Anson recobre su libertad. Si pasa esto, pudiera ser muy bien que ella se trocase en la señora de Delane Arlington. La esperada herencia sufrirá una merma considerable, si es que no se ve privado de ella por completo.

—Todo eso es evidente —contestó Drake—. Yo creo que todo el mundo lo ve, esto es, quienes han tenido algún contacto con los que se enfrentan en la Sala.

—El quid de la cuestión radica en que el juez Crowder llegue a verlo también —indicó Mason.

—No sé cómo va a conseguir que el juez Crowder centre su atención en ese extremo, ni qué podrá sacar en limpio de lograr tal cosa.

—Findlay no es de las personas que se sientan a esperar para ver qué pasa. Si cree que existe una posibilidad de que la acusada sea declarada inocente, intentará asegurarse su condena recurriendo a lo que sea.

—¿Y bien?

—Si podemos sorprenderlo, el juez Crowder no pasará el detalle por alto, por muy poco expresivo que fuese.

—En definitiva, algo tiene bajo la manga…

—Es posible —repuso Mason, poco explícito—. A nuestro favor, lo mejor que tenemos es la declaración que ha hecho hace unos instantes… ¿Qué otra persona podía tener motivos para matar a Bill Anson… si exceptuamos a su esposa?

—¿Y es ésa una declaración a vuestro favor? —inquirió Drake, asombrado.

—Exactamente. Y va a ser la base de mi argumentación ante el juez Crowder.

Drake miró a Mason, más desconcertado que nunca.

El abogado echó su silla hacia atrás, cogiendo la cuenta de la comida.

—Vámonos —dijo.

Ya en el despacho del abogado, éste se dirigió a Della.

—Son las dos y media, Della. Telefonee a Pinky Brier y pregúntele si está disponible.

—¿Vamos a ir a algún sitio?

—No —repuso Mason—. Pero me gustaría saber si está disponible. Pregunte por ella. Dígale a quien se ponga al aparato

que no se trata de nada importante, que deseamos tan sólo saber dónde para.

Della Street marcó un número y estuvo hablando unos momentos. Seguidamente, se volvió hacia Perry Mason.

—Pinky —declaró— salió para Las Vegas, Nevada, hace cosa de una hora. Llevaba a bordo de su avioneta dos pasajeros, un hombre y una mujer. ¿Significa eso algo para nosotros?

—¿Le sugiere eso algo, Della?

Della Street obsequió a su jefe con una expresiva mirada, que evidenciaba su admiración.

Mason se limitó a sonreír, agradecido.

Capítulo 20

A las nueve y media, cuando el juez Crowder y el público se hubieron sentado, entró en la Sala Hamilton Burger, el fiscal del distrito, quien se acomodó junto a Alexander Drew.

El juez Crowder observó la aparición de Burger con aparente sorpresa.

—¿Tiene usted algún asunto que tratar por separado con la Sala, señor fiscal del distrito?

—No, señoría —repuso Hamilton Burger—. Ha surgido en este asunto una cuestión de tanta importancia que deseo presentarla personalmente.

—Siga.

—Con la venia de la Sala —dijo Burger, poniéndose en pie, adoptando un aire muy digno—. Ha sido requerida mi atención sobre una nueva prueba de gran importancia que ha surgido en el presente caso. Por un procedimiento u otro, el abogado defensor, Perry Mason, ha tenido noticia de este descubrimiento antes que la policía, y creo que él ha dado algunos pasos para impedir que sea presentada aquí tal prueba.

—Usted acaba de formular una acusación muy grave —consideró el juez Crowder.

—Nos encontramos en condiciones de demostrar la veracidad de la misma —aseguró bruscamente Hamilton Burger.

—¿Quiere usted hacer una declaración formal? —inquirió el juez Crowder.

—Voy a referirme a los hechos, señoría. Tenemos razones para creer que Delane Arlington encontró una importante prueba, no localizada anteriormente. Sabemos que consultó el caso con su sobrina Daphne. Ésta, a su vez, habló con Perry Mason. Obra de Mason es que el testigo, Delane Arlington, tomara una avioneta,

trasladándose a otro Estado, saliendo del ámbito jurisdiccional de esta Sala. A su regreso, esta mañana, se negó a hablar de los distintos aspectos del caso con nuestros agentes, así como del carácter de la prueba a que he aludido.

»La policía, por consiguiente, se ha hecho por su medio de detalles generales sobre aquélla. Se trata del hallazgo de un frasco del producto comercial conocido con el nombre de «Plumafirme», el cual estaba en un pequeño armario instalado en el recinto del jardín de Delane Arlington, donde tuvo lugar la cena fatal.

»Nada justifica la presencia en aquel sitio de un producto de este tipo, empleado, como ya se sabe, en las tareas de conservación de los animales disecados. Por tanto, nos hallamos ante una abrumadora prueba, de la que no podemos disponer porque alguien se empeña en entorpecer la acción de la justicia.

—¿Sabe usted dónde se encuentra en los momentos actuales esa prueba? —preguntó el juez Crowder.

—Solicito la interrupción de estas actuaciones durante el tiempo que sea necesario para dar con ella —indicó Hamilton Burger—. Quiero hacer subir al estrado a algunos testigos y pido a la sala que dadas estas circunstancias quede la acusada bajo custodia, privándosela del derecho de la libertad bajo fianza.

El juez Crowder, muy grave, miró ahora a Mason.

—Señor Mason: ¿desea usted contestar a esas acusaciones?

—No, señoría. Todo lo que solicito es que la decisión sobre la cuestión de la fianza sea aplazada, esperándose a que sea presentada la prueba.

El juez Crowder movió la cabeza.

—No me he sentido muy conforme desde ayer por la mañana con lo que está ocurriendo en este caso. Creo que la acusada debiera permanecer bajo custodia. En efecto, la Sala va a cancelar su derecho a disfrutar de libertad bajo fianza.

»Y ahora, señor Burger, continúe.

—Requiero la presencia de Daphne Arlington.

Daphne Arlington subió al estrado de los testigos, dando a conocer su nombre y señas. Mencionó también el parentesco que le unía a Delane Arlington.

—¿Es verdad que su tío la abordó ayer para notificarle que había encontrado en el recinto del jardín de la casa algo que le

producía una gran preocupación? —preguntó Hamilton Burger.

—¡Protesto, señoría! El señor fiscal habla así basándose en rumores.

Hamilton Burger frunció el ceño.

—No he formulado ninguna pregunta sobre la prueba ahora. Simplemente, intento llegar a una conversación que me justificara al llamar a Delane Arlington al estrado.

—Sigo oponiéndome a eso por lo que antes he dicho. Si el señor fiscal quiere preguntar a la testigo si Delane Arlington formuló alguna declaración sobre una prueba por él localizada, lo que debe hacer primeramente es llamar a Delane Arlington, valiéndose de esta testigo para rematar sus afirmaciones.

—¿Hay algo que objetar a la presencia de Delane Arlington en el estrado? —inquirió el juez Crowder.

—Yo preferiría proceder de otro modo —respondió Hamilton Burger—, pero si la Sala lo quiere así obraré conforme a sus deseos. Puede usted retirarse, señorita Arlington. Requiero ahora la presencia de Delane Arlington en el estrado.

Arlington se presentó inmediatamente.

—¿Se llama usted Delane Arlington? ¿Es usted el propietario de la casa en que tuvo lugar la cena a que nos hemos referido tantas veces todos en este caso?

—Un momento —dijo Mason—. ¿Puedo preguntar a la acusación si el objeto de este interrogatorio es reforzar su postura contra Selma Anson, la acusada?

—Desde luego —replicó secamente Hamilton Burger.

—Entonces —declaró Mason—, quiero señalar que este testigo disfruta del privilegio de no poder ser llamado al estrado.

—¿Qué quiere usted decir? —saltó el juez Crowder.

—Delane Arlington es el esposo de la acusada —replicó Mason.

Durante unos momentos hubo un silencio impresionante en la sala. Luego, Hamilton Burger, rojo como la grana, gritó más que dijo, dirigiéndose al abogado:

—De manera que ésa es la razón de que insistiese usted tanto en mantener a la acusada en libertad bajo fianza. ¡Usted se ha valido de ardides legales para obstruir la acción de la justicia!

El juez Crowder golpeó la mesa varias veces con el extremo del lapicero que tenía en las manos.

—Yo me ocuparé de esta cuestión, señor fiscal —dijo.

—Creo que lograré aclarar la situación planteada —manifestó Perry Mason—, si se me permite formular una declaración.

Volvió a hablar el juez Crowder:

—No estoy del todo inclinado a escuchar su declaración ahora, particularmente si me atengo al hecho de que a la Sala no le agrada nada la situación planteada. Aprovecharse de la ventaja que supone hallarse en libertad bajo fianza una persona acusada de un delito para casarla con uno de los testigos de la acusación es algo censurable, que pervierte los fines de la justicia. Me propongo estudiar tal cuestión muy atentamente, considerando el punto de vista de la ética profesional, amén de otros. Ahora, si desea hacer alguna declaración con relación a estos hechos, está usted en libertad de proceder así.

—Quiero hacer una declaración, en efecto —contestó Mason—. Quiero declarar que Delane Arlington y Selma Anson no han contraído matrimonio con el fin de poner obstáculos a la administración de la justicia. Llevan tratándose ya algún tiempo. Estimo que de no haber sido por el interés que la acusada suscitó en Arlington, este juicio no habría tenido lugar nunca. Para mostrar mi buena fe ahora diré que si bien la ley otorga al testigo el privilegio de no declarar, yo aconsejaré al mismo que renuncie a dicho privilegio. Pedimos que a este hombre se le permita testificar. Deseo que la Sala comprenda que se trata de un acto voluntario por parte de la acusada y su esposo, y que nos hallamos ante la mejor respuesta a la sugerencia por el fiscal del distrito formulada de que el casamiento se llevó a cabo con el deliberado propósito de perjudicar los intereses de la justicia. Este matrimonio ha sido la culminación de unas románticas relaciones entre estas dos personas.

»Quiero abreviar para evitar a este testigo más molestias y al mismo tiempo prestar toda mi ayuda al fiscal del distrito con el fin de llegar a la estricta verdad del caso. Señalaré que ayer por la mañana el testigo visitó el lugar de su jardín en que cenaron todos la noche de autos y al inspeccionar el interior de un pequeño armario situado junto al fregadero encontró un frasco de «Plumafirme», lleno a medias.

»Señalaré que el testigo, impresionado, trastornado más bien, a causa del hallazgo, puso el frasco en manos de Daphne, quien, a su

vez, me lo entregó a mí.

»Obra, pues, en mi poder dicho frasco. Con verdadero placer lo ofrezco ahora a la sala como prueba de la defensa, si así me es permitido…

—¡Como prueba de la defensa! —exclamó Hamilton Burger, asombrado.

—Exactamente —dijo Mason—: como prueba de la defensa.

Delane Arlington, desde el estrado, miró perplejo al abogado.

Mason mostró un frasco medio lleno de polvos blancos, acercándose al testigo.

—¿Es éste el frasco que usted entregó a Daphne, señor Arlington?

—Un momento —medió Hamilton Burger—. Doy por cierta la afirmación de la defensa en el sentido de que el testigo es el esposo de Selma Anson. Temo ahora que un error técnico pudiera hacer aportar al caso una prueba que decidiera la culpabilidad de su mujer.

—Verdaderamente, esta situación no es nada corriente —manifestó el juez Crowder.

—Perfectamente —respondió Mason—. Voy a presentar esto ahora como una prueba de la defensa.

»Quiero declarar nuevamente que el casamiento de Delane Arlington con la acusada fue el resultado de una romántica relación.

»Como la Sala verá luego, no hay ninguna razón para que la defensa intente impedir la presentación de esta prueba. ¿Por qué había de proceder así si nos favorece?

»Para identificar este frasco como prueba de la defensa, deseo interrogar a varios testigos.

»Requiero en primer lugar la presencia del teniente Tragg.

Tragg tomó asiento en el estrado de los testigos en medio de un silencio que denotaba el expectante interés del auditorio.

—Hace algún tiempo usted inspeccionó el recinto del jardín de Delane Arlington, donde en el curso de una cena el esposo de la acusada ingirió el veneno que había de producirle la muerte, encontrando el plato que ha sido presentado en este caso como prueba, ¿no es así?

—Sí, señor.

—En la época en que usted llevó a cabo la inspección, ¿registró

todo el recinto?

—Sí, señor.

—¿Cabe la posibilidad de que usted, en el curso de su inspección, dejara de ver un frasco de «Plumafirme» como el que tengo en la mano, localizado en uno de los estantes de un armario situado junto al fregadero, en la cocina del aludido recinto?

—¡Un momento! —medió Hamilton Burger—. Me opongo a que esta prueba sea manejada por la defensa; me opongo también a que se halle bajo su custodia. Se trata de una prueba de la acusación y Dios sabe la cantidad de huellas dactilares que habrán sido borradas del frasco a causa de los manoseos de que ha sido y está siendo objeto.

—Ésta es una prueba de la defensa —declaró Mason, serenamente.

—Vamos a ver —dijo el juez Crowder—. Al testigo se le ha hecho una pregunta. Oigamos ahora su contestación.

—Muy bien —dijo Mason—. Conteste a mi pregunta, teniente. ¿Pudieron ustedes no haber visto por cualquier razón esta prueba?

—He de responder tajantemente que no —manifestó Tragg—. Nosotros inspeccionamos el recinto centímetro a centímetro, prácticamente. Ese armario sería abierto y su interior quedaría iluminado por los haces luminosos de nuestras linternas, revisando todos sus rincones. Yo personalmente, revisé los muebles, estudiando hasta sus grietas y juntas.

—Muchas gracias —repuso Mason—. Eso es todo.

—¿Quiere usted interrogar al testigo? —preguntó el juez Crowder a Hamilton Burger.

—No —contestó Hamilton Burger, desconcertado—. De momento, no.

—Requiero ahora la presencia de Rayburn Hobbs en el estrado.

Hobbs, que se encontraba en la Sala, avanzó, ocupando su sitio allí.

—Le enseño a usted un frasco que contiene «Plumafirme» y quiero preguntarle si lo ha visto antes.

—Lo he visto antes, sí.

—¿Cuándo?

—En las primeras horas de esta mañana.

—¿Qué hizo usted?

—Marqué mis iniciales en el frasco, las grabé en el mismo, para así poder identificarlo. Sometí su contenido al análisis espectroscópico para comprobar si descubría alguno de los productos químicos utilizados normalmente por nosotros para identificar nuestro preparado.

—¿Encontró usted alguno?

—No.

—¿Y qué es lo que eso indica?

—Indica que este preparado fue elaborado y vendido por nosotros en el curso de estos últimos seis meses. Además, la etiqueta procede de una serie nueva casi igual a las antiguas, figurando en el ángulo superior derecho un número clave en caracteres muy pequeños, lo cual revela que dicha etiqueta fue adherida al frasco dentro de los últimos tres meses, ya que nunca utilizamos las de esta clase con anterioridad a tal período de tiempo.

—Puede usted interrogar al testigo —dijo Mason al fiscal del distrito.

Hamilton Burger vaciló un momento antes de preguntar:

—¿Está usted completamente seguro de lo que dice?

—Completamente seguro —respondió Hobbs.

Hamilton Burger se sentó.

—Eso es todo.

—Requiero ahora la presencia de Thomas Z. Jasper —dijo Mason.

Jasper ocupó el estrado en medio de un gran silencio. Los labios del juez Crowder se distendieron en una leve sonrisa.

—Quiero que eche usted un vistazo a su alrededor. ¿Sería capaz de localizar entre el público aquí presente los rostros de algunos de sus clientes…? Un momento, por favor. Mildred Arlington y George Findlay: les ruego que se queden, que se sienten de nuevo. No abandonen la Sala.

Jasper manifestó:

—Esas dos personas me son conocidas, señor Mason.

—¿Dónde las conoció?

—La joven se presentó en mi establecimiento hace unos catorce meses, para comprar «Plumafirme».

—¿Se acuerda de ella pese al tiempo transcurrido?

—Se me quedó su rostro grabado en la mente porque vi en

seguida que no sabía absolutamente nada acerca de taxidermia. Me pidió «Plumafirme». Le pregunté si compraba el producto para alguna amiga, contestándome que no, que era para ella.

—¿Y qué me dice del caballero que continúa en pie, como si fuese a iniciar una carrera?

—Ese caballero entró en mi establecimiento hace cosa de una semana, adquiriendo un frasco de «Plumafirme».

Mason preguntó a Hamilton Burger:

—¿Quiere usted interrogar al testigo?

Burger apartó la vista del testigo para fijarla en George Findlay, quien, lentamente, se había vuelto a sentar, mirando después a Mildred Arlington, en cuyo rostro había una expresión de desafío.

—Renuncio al interrogatorio —dijo.

—Requiero ahora la presencia de Delane Arlington —manifestó Mason.

—Como testigo de la defensa —subrayó Hamilton Burger.

—Como testigo de la defensa —corroboró Mason.

Delane Arlington, que parecía sentirse un tanto confuso, ocupó el estrado de los testigos.

—Señor Arlington: usted era muy aficionado a la ensalada de cangrejos que preparaba su sobrina Mildred.

—Sí, en efecto.

—Cada vez que con motivo de una cena especial en el jardín de su casa Mildred o Lolita hacían ese plato, usted solía consumir una buena ración, ¿no es así?

—Así es, en efecto.

—Bueno. Ahora quiero que reflexione. Sitúese en el momento en que se supone que William Anson ingirió el veneno. ¿Se acuerda usted de Selma Anson en el acto de llevar a la mesa en que se hallaba en compañía del señor Anson dos platos de dicha ensalada?

—Lo recuerdo todo con precisión. Yo… Si quiere que conteste a estas preguntas con entera sinceridad, yo seré sincero. Recuerdo, sí, que ella nos sirvió aquellos dos platos.

—Ahora le ruego de nuevo que reflexione antes de darme una contestación. ¿Recuerda haber dicho a William Anson unas palabras semejantes a éstas: «Me han puesto demasiada ensalada en el plato. Ya que a usted le agrada tanto, le cambio el mío por el suyo».

El testigo frunció el ceño, quedándose en actitud cavilosa. De

repente, su faz se iluminó. Levantando la cabeza, dijo:

—¡Cielos! ¡Sí! Eso es exactamente lo que pasó. Recuerdo que Anson me comunicó que le gustaba extraordinariamente aquella clase de ensalada. Era su plato predilecto. Entonces, le dije: «Aquí tiene mi plato. Así su ración será mayor».

—¿Intercambiaron a continuación sus platos?

—Sí, señor.

—Gracias a lo cual —afirmó Mason—, usted salvó la vida.

»Quiero ahora presentar este frasco «Plumafirme» como prueba por parte de la defensa, haciendo resaltar que no solamente se ha producido un intento de mostrarnos a la acusada como autora de un crimen, sino que además queda demostrado que el envenenamiento de William Anson fue accidental. La dosis del veneno fatal había sido puesta en el plato con destino a Delane Arlington.

»Había allí una persona tan sólo que pudiera tener motivos para envenenar a William Anson: Selma, la acusada. Pero había varias personas que pudieran tener motivos para querer envenenar a Delane Arlington y una de esas personas era su acrimoniosa sobrina Mildred.

Mason se volvió hacia Hamilton Burger.

—¿Tiene usted que formular alguna pregunta a este testigo?

Hamilton Burger, que estaba hablando en continuos susurros con su ayudante, respondió:

—Renuncio al interrogatorio.

Mason tornó a hablar:

—La defensa no tiene ya más argumentación que formular.

Hamilton Burger, a disgusto, evidentemente, pronunció las mismas palabras por lo que respecta a la acusación.

El juez Crowder manifestó:

—La sala declara a la acusada no culpable. Queda en libertad, debiendo procederse a la devolución de su fianza. La sala ordena a Mildred Arlington y George Findlay queden bajo custodia. Se llevará a cabo una nueva investigación. Sobre Mildred Arlington pesa ahora la acusación de asesinato, quedando George Findlay acusado de complicidad después del hecho.

»Se levanta la sesión.

El juez se puso en pie, disponiéndose a retirarse.

El público estalló en una salva de aplausos.

El juez Crowder giró levemente, como si por un momento hubiera pensado en contener aquella demostración de entusiasmo. Pero, inmediatamente, al ver a Selma y Delane Arlington estrechamente abrazados, sonrió, continuando su camino.

Mason recogió sus papeles, guardándolos en la cartera de mano. Todos le felicitaban. De pronto, su mirada tropezó con la de George Findlay.

El abogado le dedicó una ligera reverencia.

—Es usted todo un Cupido. Muy descuidado, pero al fin y al cabo un Cupido. Ha dado lugar, involuntariamente, a un enlace matrimonial. Buenos días, señor Cupido.

George Findlay, iracundo, quiso abrirse paso entre los que le rodeaban para agredir a Mason. Pero uno de los ayudantes del sheriff lo sujetó fuertemente por un brazo, diciéndole:

—No haga tonterías, amigo. Procure calmarse. Recuerde que está bajo custodia.